

ARTURO BENAVIDES SANTOS, MAYOR INVALIDO

# *Seis Años de Vacaciones*

RECUERDOS DE LA GUERRA DEL PACIFICO 1879-84



De 20 años, al terminar las vacaciones.

Inscripción N.º 69

3.<sup>a</sup> EDICION

---

Otras obras del autor:

**HISTORIA COMPENDIADA DE LA GUERRA  
DEL PACIFICO**

\$ 6.—

---

**JUAN Y JUANITA**

Novela histórica (1879-84)

\$ 5.—



## DEDICATORIA

A los jóvenes varones de mi patria y especialmente a los cadetes y alumnos de las escuelas del Ejército y Armada, a los conscriptos de ambas ramas de la defensa nacional, y en especial a los maestros de instrucción primaria, dedico este libro en que narro lo que ví durante la Guerra del Pacífico.

ARTURO BENAVIDES SANTOS.

## AGRADECIMIENTOS

Por creer que cumplo un deber, me doy el placer de dejar constancia en esta tercera edición de mis agradecimientos:

A S. E. el Presidente de la República por haber adquirido, cuando era Ministro de Guerra, cuatrocientos ejemplares de la primera edición, destinando una parte a los suboficiales del Regimiento Lautaro.

Al Ministro de Marina señor Carlos Frodden, que adquirió cien, para que los cadetes de la "Baquedano" los distribuyeran en su viaje de instrucción.

Al Ministro de Relaciones Exteriores señor Jorge Matte G., que compró cien para uso del Ministerio.

Al diario "El Pacífico" de Tacna, que lo publicó como folletín.

A los diarios "El Mercurio", "Diario Ilustrado", "La Nación" y a casi todos los de provincias, y a casi la totalidad de las revistas del país, por los favorables juicios críticos que han emitido sobre este libro.

A las siguientes personas que por la prensa o por cartas lo han encomiado: Señoritas Lucila Godoy (Gabriela Mistral), Teresa Ossandón y Jennie Mac Smith, del Santiago College; Ilustrísimos Obispos Rafael Edwards y Eduardo Gimpert; al Prebendado señor Roberto Tapia; a los RR. PP. Luis Canudas, Rector del Colegio San Ignacio; Tomás Agüero, dominico; Julio Montalva y Tomás Alarcón, jesuítas; a los presbíteros señores B. Abarzúa, Abel A. Are-




llano y Alfredo Silva Santiago; a los señores N. Martínez Subiria (Hugo Wast) novelista argentino; Luis Jorge García, coronel argentino; John D. Fits Gerald, de la Universidad de Illinois; Bernardo de Almeida y Herreros, Embajador de España; Emilio Rodríguez Mendoza, Embajador en España; Oscar Urzúa, Vice Presidente del Senado; Alejandro Bezanilla Silva, ex-ministro de la Corte Suprema; Hernán Díaz Arrieta (Alone); Pedro B. Gálvez (Pedro Sánchez); Egidio Poblete (Ronquillo); Virgilio Figueroa (Virgilio Talquino); Luis Cruz Almeida; Alberto Cumming; Angel Guarello, Aquiles Vergara; Javier Vial Solar, Abraham Gacitúa, Samuel Ossa Borne, Alejandro Valenzuela, Gustavo Salas, Juan de D. Gallegos, Alejandro Echavarría; a los señores generales Orozimbo Barboza, Desiderio García Vidaurre, Aurelio Carvallo, Jorge Lorca Prieto, Quintiliano Barboza, Pedro J. Muñoz Feliú y J. M. Navarrete; a los almirantes señores Javier Martín y A. Searle Lorca; al T. C. señor Oscar Escudero, al capitán señor Miguel Guillen, y a los doctores señores Julio Puga Borne, Luis Aguirre Cerda y Juan B. Céspedes; y a los centenares de personas que me han felicitado verbalmente por haberlo escrito, que no nombro por el temor de incurrir en omisiones.

Muy agradecido también quedo al Director de Educación Primaria señor Vicente Riquelme, por haber propuesto al Ministerio la compra de dos mil quinientos ejemplares de la segunda edición, y al Ministro señor Pablo Ramírez por haber aceptado que se compraran.



---



## PROLOGO

Hasta hace pocos años sólo de vez en cuando recordaba que cuando niño fuí al Perú, durante la Guerra del Pacífico incorporado al Regimiento Lautaro que fué el último que se retiró de territorio enemigo a fines de 1884.

La causa de este olvido la atribuyo a no haber frecuentado, hasta hace poco, círculos militares y a las intensas actividades civiles a que me he dedicado; y aunque durante la contienda del 91 volví al Ejército, de él pronto me retiré por haber quedado inválido.

Al regresar a Chile en 1921, después de diez años de ausencia del país y más de treinta de Santiago, ingresé al Círculo de Oficiales Retirados; y ya en contacto con los viejos soldados y con ellos charlando sobre episodios de la guerra, fuí recordando la actuación del Ejército que hizo esas campañas, y especialmente las de mi Regimiento; y me pasó lo que le pasa al que se pone ante un cuadro que le era familiar, pero que no veía muchos años; que al principio lo ve borroso, pero que al fijarse lo va percibiendo más claramente. Así a mí con respecto a la guerra. Si se nombra una batalla o expedición y concentro mi atención, percibo con nitidez su conjunto y sus detalles.

Cuando refería a amigos de confianza, civiles, esta particularidad, y especialmente cuando narraba algunas expediciones de las que ellos no tenían conocimiento que se hubieran efectuado, me instaban a que las escribiera y resolví complacerlos, tras mucho titubear por mis deficientes dotes de escritor, por estimar que por causa de haber perdido gran parte del pueblo su legendario patriotismo, Chile está al borde del abismo; y puede rodar a él si enérgicas medidas no se toman para contrarrestarlo, aunando todos los hombres patriotas sus esfuerzos, dando al olvido diferencias y hasta agravios; por creer que el recuerdo de las heroicidades del Ejército que hizo la campaña de la Guerra del Pacífico podrían avivar el amor a la patria, especialmente en los jóvenes llamados a servirla en las instituciones armadas; y porque con pena he comprobado que la actual generación, incluso personas que se creen instruídas, ignoran la magnitud de esa guerra y lo que sufrió el Ejército expedicionario que la hizo, y me ha parecido útil que recuerde esas circunstancias a sus compatriotas un testigo ocular que da fe de lo que vió.

Procuré escribirlo omitiendo mi actuación, pero no me fué posible persistir en tal propósito por comprobar que repetiría malamente lo que eminentes escritores han relatado con galano estilo. Y adopté el plan que he seguido, aún a riesgo de ser tildado por algunos de inmodesto y presuntuoso, por no encontrar manera de hacerlo en otra forma.

Intitulo el libro "Seis años de Vacaciones" porque en realidad para mí lo fueron.

---



---

## CAPÍTULO I.

### ANTES DE VACACIONES

Cuando en 1878 Chile sostenía sus derechos sobre la Patagonia, que la Argentina también pretendía, el Intendente de la provincia de Valparaíso, mi ciudad natal, don Eulogio Altamirano, visitó la Escuela Superior de que yo era alumno; y al imponerse que en mi sección se estudiaba la Constitución Política, cuyo Art. 1.º como es sabido, indicaba entonces como límite de Chile por el oriente, la cordillera de los Andes, preguntó a un alumno por ese artículo, el cual lo recitó sin falta alguna; pero al preguntarle en qué fundaba entonces Chile su pretensión a la Patagonia no supo responder. Hizo igual pregunta a varios otros y tampoco le respondieron satisfactoriamente, porque nada se nos había explicado al respecto. No obstante, cuando me hizo a mí la pregunta, respondí lo que había oído a mi padre, cuando conversaba con sus amigos, y diserté sobre el particular con cierta suficiencia. Le agradaron probablemente mis respuestas al Intendente, pues continuó examinándome sobre las atribuciones de los diferentes poderes del Estado, formación de las leyes, etc., y a todo respondí bien.

Al retirarse de la escuela, dejó constancia en el libro que para el efecto había, de su visita, del exa-



men que había hecho y encomiaba a la dirección y a mí. Y llevó su gentileza y bondad a tal extremo para conmigo, que al día siguiente me envió como premio especial un ejemplar de la Constitución comentada, con una hermosa dedicatoria que hasta ahora conservaría como preciada joya, si un incendio en casa no lo hubiera reducido a cenizas.

---

Yo había ingresado a esa escuela el año 1876 en que cumplí once años, y no había estado en ninguna otra. Una hermana mayor que hace pocos años murió me había enseñado ramos elementales.

Dirigía la escuela don Jerónimo Lagunas, modesto y distinguido maestro que creo no habrá sido superado por nadie en su misión educacionista. Leer, escribir, las cuatro operaciones de aritmética, en enteros, quebrados y decimales, y el catecismo de la doctrina cristiana; aprendían los alumnos de esa escuela casi a la perfección. "Sabiedo bien el niño de 14 a 15 años, lo que aquí enseñó de preferencia", oí en cierta ocasión que el señor Lagunas decía a mi padre, "todo le será fácil". Y después de tantos años estoy de ello persuadido.

Tenía organizada la escuela como una compañía de infantería, era de ella instructor militar un sargento del Regimiento de Marina, los mismos niños elegían los oficiales y clases; a modo de verdadera arma usábamos un riflecito de madera, y como uniforme una gorra especial, regalos del anterior Intendente don Francisco Echaurren, por ningún otro igualado en la República.

Dos o tres veces en el año salíamos a Viña del Mar o Playa Ancha en correcta formación y allí éramos

revistados por las autoridades. Para tales actos se nos preparaba haciéndonos ejecutar diarios ejercicios.

En mi larga y accidentada vida, y juzgando por los resultados obtenidos por casi todos los alumnos de esa escuela, muchos de los cuales salían de ella para ocuparse, logrando algunos ejercer altos cargos públicos; creo que la educación e instrucción que en esa escuela se daba era insuperable para formar ciudadanos útiles a la patria, a sus familias y a sí mismos.

De mí puedo afirmar que el leer muy bien, lo digo sin jactancia, desarrolló el deseo de leer mucho, y mediante ello aprender diversidad de materias. La buena letra, que también tenía, me impulsaba a escribir, y como escribía lo impreso desde cierta ocasión que más adelante diré, aprendí o perfeccioné variados conocimientos; especialmente los gramaticales necesarios para poder escribir con relativa corrección.

Mis conocimientos en matemáticas, no obstante ser elementales, me han permitido expedirme satisfactoriamente en todas las variadas actividades a que me he dedicado; y mi complexión robusta estoy cierto que la debo, en gran parte, al sistema implantado en esa escuela para la educación física.

Los principios religiosos inculcados por mis padres y querida hermana que se encargó de mi educación infantil, fueron afirmados en esa escuela con el estudio del catecismo de la doctrina cristiana, y robustecieron en mí la convicción de que soy responsable de mis actos, y que tengo un alma que salvar porque hay otra vida inmortal, y en ella premio o castigo.



Y la instrucción cívica y militar que allí recibí, me han capacitado para servir a mi patria con entusiasmo y ofrendarle mi vida.

Consigno estos recuerdos como homenaje de gratitud al director de esa escuela, don Jerónimo Lagunas, y del inteligente y celoso Intendente don Eulogio Altamirano que me alentó con su especial premio.

---


Y de ello hago mención circunstanciada, para demostrar que con razón esperaba divertidas vacaciones en Quilpué, pueblo donde ordinariamente las pasaba mi familia.

¡Si pensando en ellas brincaba de alegría!. . .

Sólo una nubecilla turbaba mi ánimo: que al año siguiente tendría otros maestros y otros discípulos; pues mis padres habían determinado mi ingreso al Liceo para que fuera bachiller; . . . y después abogado; . . . y diputado; . . . y según una de mis hermanas, mujer al fin, y cual todas tentadora, Presidente de la República. . .

---





## CAPÍTULO II.

### LA GUERRA

¡No pasé las vacaciones que esperaba! . . .

¡No fué ese año mi familia a Quilpué! . . .

¡Dejó de hablarse de la Patagonia! . . .

Los diarios venían llenos de informaciones sobre cuestiones con Bolivia. Se decía que esta nación quería violar los tratados que había suscrito.

Todas las tardes llegaba mi padre de su oficina con "El Mercurio", y antes de comer se reunía la familia para oír su lectura, que la hacía mi hermano mayor o yo; y tema de las conversaciones familiares y de nuestras relaciones eran los acontecimientos que se desarrollaban, de los cuales los muchachos nos imponíamos con avidez.

En Febrero se habló de la expedición reivindicadora de Antofagasta mandada por el coronel don Emilio Sotomayor. El relato del desembarco de las fuerzas chilenas en ese puerto, la fuga de los bolivianos y poco después el combate de Calama, los leíamos repetidas veces y entre los muchachos los comentábamos animadamente.

Empezaba a decirse que podría llegar el conflicto hasta la guerra con el Perú; y los acontecimientos que se iban verificando producían verdadera fiebre patriótica.

---

Cuando por fin se declaró la guerra al Perú y Bolivia el 5 de Abril de 1879, el entusiasmo fué indescriptible y en los alumnos del Liceo y Escuela Superior desbordante.

Corríamos en grupos de la Intendencia a los cuarteles y desde éstos a los diarios, y a las plazas donde el pueblo se aglomeraba a oír a improvisados oradores que eran muy aplaudidos.

Don Víctor Aquiles Bianchi era el orador favorito de los niños, y en cierto día en que desde el tabladiño de la Plaza de la Victoria declaró que se incorporaría al Ejército, su resolución causó tal entusiasmo en el incalculable público que lo escuchaba que se le tomó en brazos y se le paseó por calles y plazas. Y el entusiasmo llegó al delirio algunos días después cuando vestido con uniforme militar arengó al pueblo y anunció que era el abanderado del Regimiento Artillería de Marina.

Y los que acudían a los cuarteles pidiendo se les admitiera de soldados eran tantos, que los centinelas no podían impedir la invasión en masa de la muchedumbre.

Mi hermano mayor, de 17 años, y alumno del cuarto año del Liceo, dijo un día durante la comida que deseaba ir a la guerra, e insinuó a mi padre que le consiguiera lo nombraran subteniente; replicándole éste que el que deseaba defender la patria no debía preocuparse de grados, y que el puesto más honorífico, y único que debía pretenderse, era el de soldado.

Aunque los deseos que yo tenía de participar en la contienda eran grandes, no creí prudente manifestarlos entonces.



Algunos días después pidió mi hermano a mi padre su consentimiento para enrolarse de soldado, recibiendo por respuesta un seco, "lo pensaré".

Tanto mi hermano como yo estábamos ya en el Liceo desde mediados de Marzo, él en cuarto y yo en primer año.

---

Poco después de declararse la guerra el gobierno peruano expulsó del territorio del Perú a todos los chilenos que en él residían dándoles breve plazo para salir del país. Para efectuarlo tuvieron que abandonar sus bienes y embarcarse en los vapores que hacia Chile se dirigían, hacinados como ganado.

Como al llegar a Valparaíso muchos manifestaron deseos de enrolarse en el ejército, el gobierno decretó el 2 de Mayo de 1879 la formación del Batallón Lautaro con la base de esos repatriados; elevándolo poco después a regimiento con los que quisieron enrolarse de las brigadas cívicas de San Felipe y Limache, que se disolvieron.

---

Un día oigo que un suplementero grita "¡Combate de Iquique!" "La Esmeralda voló la Santa Bárbara...!"

No diré corrí, volé a la Intendencia en busca de noticias.

La plaza estaba materialmente repleta de gente que comentaba la noticia.

Los muchachos del Liceo y de las escuelas andaban todos por allí, pues nadie asistió ese día a clases.

De vez en cuando desde los balcones de la Intendencia se imponía al pueblo de las noticias que llegaban, y oradores improvisados dirigían la pa-



labra a corrillos que los rodeaban, en diez, quince o veinte partes a la vez, disgregándose de unos para incrementar otros, cuando algún orador se expresaba en forma más galana o patriótica.

A la tarde llegué a casa sin libros, agitadoísimo, cansado como perro perdido de su amo y con un hambre voraz.

No fuí reconvenido, ni se me insinuó tampoco en los días siguientes que debía ir al Liceo; y lo que me llenó de contento fué que se me permitió salir a saber noticias.

Mi padre comprendió sin duda, que al ordenarme ir a clases se exponía a ser desobedecido, y que era necesario abrir esa válvula a mi entusiasmo guerrero.

La relación del sublime combate de Iquique y del heroico sacrificio de Prat, Serrano y Aldea, era el tema de todos los comentarios; y creo que ningún niño en ese tiempo dejó de aprender de memoria la arenga de Prat.

Algunos días después llegó la "Covadonga". Desde la mañana yo estaba con otros niños en el muelle a fin de ver, desde bien cerca, a Condell, oficiales y marinería que debían desembarcar. Cien veces se nos hizo retirar y otras tantas estábamos en las primeras gradas del muelle.

En el trayecto que Condell debía recorrer hasta la Intendencia y su casa, se erigieron hermosos arcos.

Cuando Condell llegó al muelle, la emoción que experimenté no la sé describir; creí que llegaba un semidiós. Y en ese instante resolví ser soldado, aun contrariando a mi padre, a quien tanto respetaba, y a mi madre a quien amaba hasta la veneración.

---

Algunos días después mi padre con aire grave y triste, llamó a mi hermano mayor y a mí, y dirigiéndose a mi hermano le dijo que había reflexionado sobre el pedido que le había hecho de ser soldado, que no cumpliendo todavía 18 años no tenía obligación de servir aunque la patria estuviera en guerra; pero que le daba su consentimiento, que le repetía lo que ya le había dicho antes que no debían solicitarse grados, y que aunque tenía parientes y amigos que podrían conseguirle fuera subteniente, no lo intentaría; agregándole que podía enrolarse de soldado en el Regimiento Lautaro que recién se estaba formando con repatriados del Perú. Y dirigiéndose a mí con tono severo, me dijo: "Tú todavía no cumples 15 años, no debes ni pensar en ser soldado, no te admitirían y te pondrías en ridículo si lo intentaras; debes contraerte al estudio". Y recalcando las frases, agregó: "del Liceo me han informado que te portas mal, que no quieres estudiar, que en vez de dar tus lecciones respondes que quieres ir a la guerra; si así sigues portándote me veré en el caso de castigarte duramente".

El tono que empleó severo a la vez que afectuoso, me impresionó, y le prometí que acataría sus órdenes.

Le pedí me permitiera no ir al Liceo hasta que mi hermano se enrolara de soldado, y lo consintió.

Esos días los aproveché en asistir a reuniones populares, en visitar los cuarteles para ver a los aspirantes a soldados, en ir a las imprentas a husmear noticias y en concurrir a las mil manifestaciones de delirante patriotismo que a cada hora se sucedían.



Cuando, por fin, se enroló mi hermano, quedé desolado...

---

Triste, pero resignado volví al Liceo.

Mi padre había impuesto al rector y profesores de mis deseos y desistimiento.

Fuí recibido afablemente por ellos; y los alumnos de todos los años buscaban mi compañía para que les refiriera la entrada de mi hermano al Ejército; y algunos, con tono que me irritaba, me preguntaban si yo iba a imitarlo (1).

Mi propósito de estudiar me duró poco.

Quería contraerme al estudio y no podía; y después de algunos días volví a tomar la resolución de ser soldado.

Para conseguirlo me tracé un plan: forzar, por decirlo así, a mi padre para que me diera su consentimiento, pues por nada del mundo me habría enrolado sin tenerlo.

Tenía muy presente lo que una vieja sirvienta que en casa había, nos había dicho de lo desgraciados que son los niños que salen a correr tierras sin el permiso y bendición de sus padres.

Intenté, en fin, lo que ahora se llamaría la resistencia pasiva, o huelga de los brazos caídos, que yo entonces sintetizaba: "porfiar con majadería".

Cada vez que se me llamaba a dar lección respondía: "no la sé, no quiero estudiar, deseo ser soldado". Naturalmente, las notas eran pésimas y estaba expuesto a ser expulsado.

---

(1) Durante la guerra, 104 alumnos del Liceo se enrolaron en diferentes cuerpos.

El cuartel del Lautaro estaba en el cerro del Barón y allí iba casi todos los días a ver a mi hermano, que pronto ascendió a sargento 2.º, y esas visitas avivaban mi entusiasmo.

---

Una tarde de los primeros días de Julio conseguí éxito en mis esfuerzos.

Mi padre me llamó y dijo: "Si quieres ser soldado solicítalo en el Lautaro; si no obstante tu edad te reciben yo no me opondré, aunque con derecho podría hacerlo, pero confío en que si no te admiten te resolverás a estudiar".

Se lo prometí sin restricciones mentales; pero resuelto a insistir tanto, que creía seguro el éxito.

Al día siguiente me encaminé al cuartel, pero con tan mala fortuna que en el camino un perro me mordió; y aunque la cosa fué sin importancia debí volver a casa porque el perro me destrozó la ropa.

Tuve que oír los comentarios burlescos, y el que todos me dijeran que el mordisco era aviso de Dios para que desistiera de ser soldado. Pero persistí en mi propósito y como habían llevado en esos días el Regimiento a Quillota fuí a esa ciudad a enrolarme.

Me presenté a la mayoría, y en cuanto expuse mis deseos, el segundo jefe del Regimiento, comandante don Eulogio Robles, me aceptó y destinó a la cuarta compañía del segundo batallón.

Allí me entregaron a un cabo para que se encargara de mi instrucción militar, quien creía que instruir era sinónimo de reconvenir, y en todo veía faltas y por todo me reconvenía. No obstante, yo no cabía en mí de gozo ¡era al fin soldado!...

¡Muy poco me duró la alegría!...



Al subsiguiente día fuí llevado con otros ante el doctor para que nos examinara, y a mí me declaró inhábil para el servicio por ser muy niño. . .

Me quitaron el rifle y me despidieron. . .

¡Me consideré afrentado!

Pero no desistí, y rogué tanto a una tía materna que vivía en Quillota y era amiga del doctor, que éste reconsideró su dictamen y fuí nuevamente aceptado el 22 de Julio del 79.

¡No me hubiera cambiado por el hombre más feliz! . . .

¡Cómo deseaba que mis hermanos menores, y los niños del Liceo y Escuela Superior me vieran!

¡El más glorioso general no tenía seguramente, más amor a su uniforme y grado que el que yo tenía por el de soldado del Lautaro! . . .

¡Mis vacaciones se prolongaban, y las imaginaba con hermosas perspectivas! . . .

---

---

### CAPÍTULO III.

## QUILLOTA

Al Regimiento Lautaro se le acantonó en Quillota, a fin de atender en ciudad sana y de tranquilo vecindario, a su instrucción, y poder marchar cuanto antes al norte a reforzar al Ejército de operaciones.

A mí se me destinó a la tercera compañía del segundo batallón, de la que era capitán don Juan Cortés, que fué reemplazado en el mismo Quillota, por el capitán don Alberto Nével.

En el trato que los oficiales me daban yo notaba algo anormal. A veces recargaban mi servicio en forma injusta, y con frecuencia me hacían víctima de desusadas severidades, que momentos después atenuaban con demostraciones de afecto. “¿Está arrepentido de ser soldado?” “¿Quiere volver a su casa?” Eran preguntas que con frecuencia me hacían agregando que la vida en campaña era muy penosa, y que si lo deseaba podrían conseguirme que se me diera de baja.

A estas preguntas yo siempre contestaba negativamente, y las insinuaciones de dejar el servicio de las armas las agradecía sin aceptar.

Después supe la causa de tan extraña conducta. Mi buen padre y el comandante Robles, a quienes



unía antigua amistad, que yo ignoraba existiera, habían urdido el plan de hacerme pesada la vida militar a fin de impulsarme a pedir mi retiro de las filas; y para conseguirlo solicitaron el concurso de los oficiales y clases de mi compañía; pero el plan les fracasó porque los soldados y demás oficiales del cuerpo, que ignoraban el complot, contrarrestaban sin saberlo, con sus delicadas atenciones, las severidades obligadas que conmigo usaban los oficiales y clases de mi compañía.

---

El pueblo todo de Quillota se esmeraba en hacer grata la permanencia del regimiento en su bella ciudad, y la sociedad quillotana abrió sus hogares a los oficiales y les prodigó grandes agasajos.

Y extremó sus atenciones con los cinco militares de mi familia, que en el regimiento habíamos; por ser quillotanos desde el siglo XVII todos mis antepasados de origen paterno y materno.

Revistábamos entonces en el Lautaro mi tío don Félix Santos del Real, que se retiró poco después por enfermo, mi cuñado don Guillermo Gordon Valdés, que también se retiró al terminar la primera campaña; y mi primo don Joaquín González Santos, mi hermano Francisco y yo que permanecemos en el regimiento hasta la terminación de la guerra.

Mi cuñado señor Gordon tenía un mérito especial.

Al declararse la guerra estaba en Iquique ya de novio con una de mis hermanas.

Motivaba su permanencia en ese pueblo la necesidad de atender algunos intereses que en él tenía, que deseaba realizar para contraer matrimonio.

La declaratoria de guerra allí lo encontró, y fué expulsado, como todos los chilenos que en el Perú residían, en brevísimo plazo.

Al llegar a Chile contrajo matrimonio, y en plena luna de miel, se incorporó al Lautaro como subteniente y marchó a la guerra, regresando cuando después de la toma de Arica se creía seguro firmar la paz.

---

En Agosto la instrucción del regimiento era satisfactoria, y habríamos podido marchar al campo de la guerra; pero no se daba la orden de efectuarla, por temor que le pasara al Lautaro lo que al regimiento Carabineros embarcado en el "Rimac", que fué apresado por el "Huáscar"; y mientras tanto continuaba con entusiasmo su entrenamiento.

Sus jefes, coronel don Mauricio Muñoz y comandante don Eulogio Robles, estaban reputados como los mejores instructores del Ejército de línea; el mayor movilizado don Ramón Carvallo Orrego sorprendía a los jefes de línea con sus conocimientos militares, su intuición militar mejor dicho, como lo demostró durante la guerra mandando hasta una importante división; y el capitán ayudante don Augusto Nordenflich unía a sus vastos conocimientos militares, su arrogante figura, su vibrante voz y amable trato. Cuando lo veía a caballo mandando el cuerpo, o como ayudante de los jefes, yo lo admiraba tanto que mi mayor anhelo entonces era conseguir parecermele, regresar de la guerra como capitán ayudante y tener un caballo como el suyo.

---



Mientras se daba al regimiento, ya apto y listo para partir, la orden de marcha, los lautarinos procuraban pasar alegre vida; y a juzgar por lo que veía, creo que no quedó ninguno sin comprometerse más o menos seriamente con alguna quillotana.

Cuando algún oficial con los cuales casi diariamente me encontraba en uno u otro salón de nuestras relaciones, bromeando me preguntaban si tenía algún amorcito, me ruborizaba y no sabía qué responder.

Me gustaban tanto todas las que veía, que imaginaba que a todas las amaba, y me proponía decírselo a alguna; a cualquiera, pero cuando llegaba la oportunidad de hacerlo no me atrevía.

Hubo una por fin, por la que dejé de fijarme en otras.

Era como de trece años, preciosa cual botón de rosa al comenzar a abrirse, y la menor entre varias hermanas ya casaderas.

Vivía su familia al frente de mi tía doña Tránsito Santos de Vergara, donde yo alojaba y pasaba todas las horas libres del servicio, y con frecuencia se juntaban ambas familias en las tardes y noches, pues la amistad que las unía databa desde las mocedades de los antepasados.

Cierto día me imaginé que mi primo Joaquín quería cortejarla, por haber dicho en la tertulia de familia, que era la más bonita de las hermanas; y me desagradó tanto el pensarlo, que delante de todos le manifesté que no debía intentarlo, porque a mí me correspondía por ser ambos los menores.

Rieron de la razón que daba, pero a partir de ese

día tanto a ella como a mí nos embromaban por nuestro amor, aunque nosotros no hablábamos de él.

Sólo una vez paseando en la plaza, donde la banda del regimiento tocaba retreta, al corear los músicos la frase "Nos vamos al Perú", de un paso doble que siempre tocaban, le pregunté si me recordaría cuando efectivamente me hubiera ido. "A toda hora", me respondió con voz tan emocionada que apenas la oí...

¡Murió pocos meses después de la partida del regimiento!...

---

Con frecuencia los parientes y amigos de confianza íbamos después de retreta al mercado, que se acostumbraba abrir de noche, a comer los buñuelos, ordinariamente llamados "picarones".

Un día del mes de Agosto nos dieron un supe de cinco pesos a cuenta de nuestro sueldo (un soldado ganaba entonces \$ 11), que cuidadosamente guardé, a fin de gastar parte de los primeros pesos por mí ganados en pagar los picarones, aprovechando alguna ocasión en que me lo permitieran.

El 28 de agosto, día en que cumplí 15 años, mi tía me festejó preparando una comida especial a la que invitó al círculo íntimo de nuestras relaciones, y después fuimos a la retreta y a los picarones, ¡y yo los pagué!...

¡No pudieron entonces impedirlo!...

Y como era el primer consumo ajeno que pagaba con dinero por mí ganado, reventaba de satisfacción.

---

Un pequeño perro, blanco con manchas negras, que se conocía era de los llamados de presa, apareció



un día en el cuartel y con gran algazara fué acogido por los soldados, y adoptado como propiedad del regimiento.

Se le puso por nombre "Lautaro" y todos lo acariciaban y cuidaban.

---

Por esos días, y por varios, un sacerdote fué al cuartel, en la mañana y en la tarde, a platicarnos temas religiosos. Cuando llegaba, los sargentos de semana formaban a los que querían oírlos y los conducían al patio designado con tal fin.

No creo que ninguno se excusara y casi todos los oficiales también concurrían.

Después de cuatro o cinco días fueron varios a oír en confesión, a los que no iban a las iglesias a efectuarlo.

Y un Domingo, como se acostumbraba todos los días de fiesta, fué el regimiento a la iglesia parroquial a oír la Santa Misa y comulgar los que lo habían solicitado, que fueron casi todos.

Fué la comunión una imponente y conmovedora ceremonia.

Primero avanzaron hasta el altar los jefes, y al arrodillarse dejaban en tierra sus espadas que llevaban desenvainadas.

Después las compañías con sus oficiales. Se acercaban al altar por grupos, rendían armas, y recibían la Sagrada Forma.

Terminadas las comuniones un sacerdote pronunció una corta alocución en que recordó lo que Chile debía a la Virgen del Carmen, y varios recorrieron las filas colocando el escapulario de la Virgen.

Las niñas quillotanas se habían ocupado desde varias semanas antes en hacerlos, esmerándose en algunos que resultaron primorosos, destinados a determinados oficiales y clases.

Y todas esas ceremonias se verificaron con naturalidad tal que ahora no sería concebible.

Creo que nadie pensó en rehusar el escapulario.

Era entonces nuestro pueblo profundamente creyente.

Terminadas las ceremonias religiosas salió el regimiento a la plaza donde las familias habían preparado un abundante y apetitoso desayuno, que fué servido por las niñas quillotanas al aire libre.

---

Creo que fué el 10 de Octubre cuando llegó a Quillota la noticia de la toma del "Huáscar".

Inmediatamente de saberla se dió puerta franca y en la plaza se congregó todo el pueblo, que alborozado se imponía de los telegramas que llegaban y comentaban las incidencias del combate.

Las familias fraternizaban con oficiales y tropa como si todos se conocieran de largo tiempo y se encontraran en un salón.

Creo que nadie quedó sin abrazar a todos los que cerca tenía.

Se quemaron grandes cantidades de cohetes, se vivaba hasta enronquecer a Latorre y demás marinos, y en la noche se improvisaron animadas tertulias.

---

Pocos días después de la toma del "Huáscar", se dió orden de que el regimiento se alistara para marchar al norte.



Yo no sé describir las escenas de patriotismo y entusiasmo que entonces presencié—¡tan emocionantes eran!

Debían tomarse los trenes que conducirían al regimiento a Valparaíso antes de aclarar.

Se dió la orden de que la víspera todos se despidieran de sus relaciones y familias, y con tal fin todo ese día hubo puerta franca, pero con orden estricta de llegar al cuartel a la lista de retreta.

No todos cumplieron, pero ninguno desertó.

Hasta momentos antes de partir el tren llegaban algunos, y varios en tal estado que casi no podían tenerse en pie; y amigos o parientes los acompañaban para solicitar que no fueran castigados.

Recuerdo que uno llegó muy ebrio acompañado por dos mujeres, madre e hija, que lloraban inconsolables. “Si güelbo vivo liaseguro que me caso” decía a la madre “y si me toca la mala y la largo” dijo a la joven, “leejaré dicho a mi capitán que el montepío es pa voz, mi china linda”; y dándole un estrepitoso beso tambaleándose subió al tren.


¡Los últimos abrazos, los postreros besos, cesaron por fin!...

Sonó el pitazo de la locomotora, la banda rompió con la marcha “Nos vamos al Perú”, coreada por todo el regimiento y el tren salió lentamente de la estación!...

Cuando los que estaban en las ventanillas tomaron sus asientos, las conversaciones cesaron...

No imaginaba entonces, que hombres tan enérgicos pudieran llorar... ¡y muchos lloraron!...

---



## CAPÍTULO IV.

### DE PASO POR VALPARAISO

Llegó el tren que conducía al Lautaro a Valparaíso como a las 10 de la mañana; porque en las estaciones del trayecto, especialmente en Limache, se le hicieron grandes ovaciones.

Se había dispuesto el embarque inmediato al vapor que debía conducirnos al norte, a fin de evitar el alojamiento en Valparaíso; pero para no privarnos del placer de ver nuestras relaciones y parientes, y poder despedirnos de ellas aunque fuera sólo con las miradas, ya que de otra manera no era posible, se dispuso que el tren sólo llegara a la estación Barón y desfilar por la ciudad hasta el muelle.

Yo imagino que además de esas razones los jefes así lo dispusieron para darse la satisfacción de presentar en revista, por decirlo así, al pueblo de Valparaíso el regimiento que allí se formó con muchos de sus hijos; y que pudiera ese viril pueblo comprobar que no era inferior a los mejores de línea.

---

El regimiento desfiló por sus principales calles en columnas de cuartas compañías y en correctísima formación, que casi todos respetaban, no obs-



tante los deseos que algunos manifestaban de querer abrazar a sus parientes y amigos al divisarlos en las filas.

En las veredas estaba medio Valparaíso ovacionándonos y desde los balcones nos arrojaban flores.

Cuando todo el regimiento coreaba a la banda al tocar la famosa marcha "Nos vamos al Perú", las aclamaciones eran ensordecedoras.

---

El respeto a la formación he dicho que no todos lo observaron.

Los alumnos del Liceo, de la Escuela Superior y mis hermanos menores en cuanto me divisaron se abalanzaron sobre mí; y unos me pedían les prestara el rifle un momento para calcular su peso; otros tocando la canana, mochila, morral o caramañola, me preguntaban su nombre y para qué servían.

Yo sólo les respondía que no se podía hablar en las filas, y seguía la marcha con seriedad; pero ellos sin hacer caso a mis insinuaciones y desobedeciendo las órdenes de despejar que tanto el oficial como el sargento les daban, siguieron tras mí en desordenado pelotón casi todo el trayecto.

Al enfrentar la casa de una de mis tías, ubicada en el trayecto, mis hermanas y varias parientas y amigas hicieron también irrupción en la columna y se despidieron de mí con efusivos abrazos y besos, dirigiendo de paso picarescas frases al oficial que no quería permitir le desorganizaran las filas más aún de lo que estaban.

Yo iba orgullosísimo y tan contento que no hubiera cambiado mi título de soldado del Lautaro por el más honroso cargo civil.

---

Mientras esperábamos en el muelle las lanchas en que nos embarcaríamos llegó mi padre que iba a despedirme...

Fué un momento que jamás olvidaré...

Con afable aunque serio tono me dijo: "espero que cumplas siempre con tu deber"...

Y tras corta vacilación agregó: "aunque te cueste la vida"... y con paso acelerado se retiró...

La emoción que se apoderó de mí y las lágrimas que vertí duraron cortos instantes.

---

Se comenzaba en esos momentos el embarque en las lanchas, y me divertían mucho las peripecias que se sucedían, especialmente para impedir que se embarcaran mujeres.

Un gran número de ellas querían a toda costa hacerlo, no obstante las estrictas órdenes prohibiéndolo, y se valían de variadas estratagemas para conseguirlo, siendo lo más común vestirse de soldado.

Algunas lo consiguieron y sólo fueron descubiertas durante o después del viaje.

Recuerdo que a una la descubrió un sargento muy severo, pero al intentar hacerla salir de la lancha, unos soldados fingieron haber perdido el equilibrio y cayeron con el sargento al fondo.

Otros soldados aprovecharon el momento para ocultar a la dama, y consiguieron embarcarla mediante esa jugarreta.

---

Mi compañía tuvo que permanecer como una hora en las lanchas que ocupaba. Había ocurrido algo inesperado.



En el vapor que debía conducir al regimiento no había un hombre más; y mi compañía, y creo que otra, todavía no se embarcaban.

Después de algunas consultas entre las autoridades se dió orden de embarcarnos en el "Toltén", pequeño vapor de ruedas.

Algunos compañeros, soldados como yo, que me trataban a veces como a superior, y otras como a hijo, me acomodaron en cierta parte de cubierta donde se podía evitar el mareo.

---

Estábamos terminando nuestra instalación cuando llegó mi madre.

Me traía un canasto con innumerables cosas; desde buena ropa interior de abrigo y variadas conservas, hasta las más apetitosas frutas y golosinas.

La noté más delgada y pálida, pero no me atreví a decírselo por creerme culpable...

Ya se había despedido de mi hermano...

Durante la media hora aproximada que a bordo permaneció, estuvo sentada sobre unos cables y yo a sus pies apoyando mi cabeza en su falda, para disfrutar del deleite que experimentaba cuando pasaba sus manos por mis cabellos.

No hablamos de despedida, ni de peligros, ni me dió consejos...

Cuando no me acariciaba la cabeza o las manos, mondaba callada alguna fruta que me ofrecía.

Al indicarle un oficial que debía retirarse porque ya el barco se aprestaba para zarpar, me dió un estrecho abrazo y al oído me dijo: "Tenle mucho miedo a las mujeres"...

Y se alejó sin derramar una lágrima...

Algunos años después supe que al llegar a casa había caído gravemente enferma y que en sus delirios me nombraba.

---

Las maniobras del "zarpe" del vapor me hicieron olvidar a mi madre, familia, amigos y parientes.

Ya navegando participé de las conservas, frutas y dulces, que mi madre me había dejado, a los buenos compañeros que me habían tomado bajo su protección, los que me acomodaron en abrigada parte de cubierta donde me tendieron mullida cama formada con mis frazadas y capote...

Las enormes ruedas del vapor comenzaron a moverse y Valparaíso se fué alejando...

Momentos después comenzaron a encenderse las luces en la ciudad, pudiendo contemplar gozoso el imponente aspecto que presentan los cerros vistos de noche desde a bordo.

Al perderlos de vista me recogí y quedé dormido pensando en mi padre, en mi amadísima madre..., en mis hermanos y hermanas...; y en las batallas donde yo me portaría tan valiente que me ascenderían rápidamente, para regresar como capitán ayudante; y que al verme en un precioso caballo todos los niños de la Escuela Superior y del Liceo me envidiaban...

Y entre dormido y despierto oía que el regimiento coreaba la marcha "Nos vamos al Perú".

---



---

## CAPÍTULO V.

### SERENA

Como a la media noche desperté sobresaltado.  
Estaba lloviendo.

Tuvimos que levantarnos apresuradamente para no mojarnos e impedir que se mojara el equipo y las armas.

Algunos se quejaban, pero la generalidad tomamos el percance por el lado divertido, y nos acomodamos lo mejor que pudimos bajo el toldo de lona que apresuradamente colocaron algunos marineros.

Antes de entregarnos nuevamente al reposo distribuí otra parte de las golosinas que mi madre me había llevado a bordo, y después de corto rato de bromas y alegre charla nos dormimos.

---

En Coquimbo y Serena a donde fuimos destinados, ignoro por qué causa, nos recibieron como vencedores.

Todas las familias se esmeraban en hacernos agradable nuestra estada en su bella ciudad, y a fe que lo consiguieron. Jefes, oficiales y tropa la recordábamos siempre con agrado y gratitud.

---

Algunos días después de nuestra llegada a La Serena, un acontecimiento trascendental para mí, se realizó en forma que me hizo tener gran júbilo.

Se dió una orden del día disponiendo que las clases y soldados que desearan ascender, debían presentarse a la mayoría a dar examen de ordenanza militar.

Esta orden no fué bien recibida por la generalidad; porque, decían, no se habían enrolado para estudiar como niños, sino para defender la patria en los campos de batalla.

Yo estimé que no tenían razón; y sin comunicar a nadie mi intención me puse a estudiar.

Cuando aprendí las obligaciones del soldado, centinela y cabo, que fué a los pocos días, me presenté a la mayoría.

Estaban en ella el coronel Muñoz, varios oficiales y el comandante Robles, que al verme me pregunta con aspereza a qué iba; y al responder que a dar examen empezó a interrogarme.

Pude contestar al pie de la letra los cinco o seis artículos que me indicó, dándome sólo el número.

Durante el examen noté que el coronel Muñoz miraba con insistente atención al comandante Robles y a mí, y de pronto interrumpe el examen y me ordena retirarme a esperar órdenes.

A poco me hace llamar y al estar en su presencia me hizo varias preguntas sobre lo que haría en determinados casos si fuera cabo.

Debieron satisfacerle mis respuestas, pues con afable tono me dijo que mi examen había sido muy bueno, que estaba contento de tenerme en el regimiento, y que me haría cabo primero.



Y llevó su bondad hasta darme a elegir compañía e instarme a dar examen de sargento.

Ese incidente fué la última tentativa del comandante Robles para hacerme más pesado de lo que es el servicio de la patria.

No obstante las molestias y sufrimientos indebidos que por tal causa pasé, tanto a él como a mi padre les perdoné el complot que tramaron para hacerme desistir de ser soldado, comprendiendo que el móvil que los guiaba era lo que creían mi conveniencia.

Mi ascenso a cabo primero, sobre todo por las honrosas condiciones en que se efectuó me causó más alegría, creo que las que experimentan los cadetes al recibir el nombramiento de subteniente, y lucía mi jineta de cabo con más satisfacción que ellos su flamante uniforme.

A partir de ese día experimenté también el agrado de que mi servicio se hiciera sin recargoy de que los oficiales, clases y soldados me demostraran particular afecto. "Mi cabito, Arturito" o el diminutivo del apodo "Cartucho", que me habían puesto, era el tratamiento que casi todos me daban.

A los pocos días dí examen de sargento y fuí aprobado; pero por no haber vacantes no se me ascendió. El coronel Muñoz dió orden a los capitanes de que en la primera vacante que se produjera me propusieran.

Y mi vida trascurría alegremente...

Jamás muchacho alguno ha pasado mejores vacaciones.

Las familias más destacadas me invitaban a su mesa y salones...

¡Era el niño mimado!...

---

A poco perdí mi alegría...

También tuve que sufrir...

Una tarde se me ordenó salir en comisión con cuatro soldados a buscar a los que habían faltado a lista.

Encontré a uno ebrio y ordené a dos soldados que lo condujeran al cuartel.

Los moradores de la casa en que estaba, y especialmente las mujeres que en ella habían, me rogaban que lo dejara, súplicas a las que yo no accedía.

Pero porfiaban tanto que para justificar mi insistencia, les dije que no quería sufrir el castigo de 25 azotes que se habían aplicado a un cabo, por haber incurrido en la falta que me instaban cometiese; y para persuadir de que era verdad lo que decía dí el nombre del infortunado cabo que los había recibido después de ser rebajado; y sin oír más súplicas ordené se condujera al ebrio al cuartel.

Poco antes de retreta el ex-cabo azotado con tono airado me increpó por haber hecho público el castigo que había sufrido; y me amenazó con acusarme, asegurándome él y otros soldados y clases que yo tendría que recibir el mismo castigo, pues esa era la pena que tenía el que divulgaba a los extraños los castigos que en el cuartel se aplicaban.

Comprendí que había hecho mal, pedí perdón al ofendido, pero éste se mantuvo inflexible en su resolución de acusarme, y creyendo que tendría que recibir ese atroz castigo sufrí terribles congojas.

Al día siguiente volví a pedirle perdón y a rogarle que no me acusara, replicándome que mi castigo sería menor que el de él, ya que yo solo sufriría el



dolor sin pasar la vergüenza de que gente extraña quedara de ello impuesta, como a él le pasaba por mi causa.

Cuando dieron puerta franca me fuí al jardincito que había en el centro de la plaza, y allí lloré e imploré a la Virgen del Carmen que me librara del castigo que creía merecido. La Virgen me oyó y al llegar al cuartel el ex-cabo ofendido me dijo que había desistido de acusarme.

Lo abracé y juré que sería siempre su muy agradecido amigo; ofrecimiento que partía del fondo de mi alma porque creía, y aún creo, que mi falta era tan grande que merecía si no ese castigo otro muy severo.

---

Como todos los militares lo saben, diariamente un oficial y una clase hacen una visita a los enfermos en los hospitales.

A poco de haber ascendido me correspondió ese servicio con un oficial que era amigo de mi familia.

La mayor parte de los enfermos que visitamos lo eran de enfermedades vergonzosas.

El oficial parece que se complacía en que yo viera lo repugnante y dolorosas que eran esas enfermedades, y me explicaba las causas y me recomendaba cuidado.

Me dí cuenta entonces del consejo de mi madre que tan extraño me había parecido; y, naturalmente, le tomé gran miedo a las mujeres; exagerado tal vez en el primer tiempo, pero que me preservó de los peligros en que caen desgraciadamente tantos jóvenes y niños.

---

Algunos días después recibimos orden de alistarnos para marchar al norte.


Como en Valparaíso y Quillota todas las clases sociales de La Serena y Coquimbo, nos despidieron con grandes manifestaciones de afecto.

Al salir del cuartel en La Serena para ir a la estación yo marchaba en fila exterior, y tal vez por esa causa se me hicieron manifestaciones especiales. Muchas señoras me abrazaban y besaban, y me era imposible llevar las flores y variados obsequios que se me hacían, viéndome obligado a rogar a varios soldados que me ayudaran a cargarlas.

Durante la navegación, fuí, como siempre, objeto de delicadas atenciones de parte de mis compañeros y oficiales. Un bote colgante de la borda del vapor, donde me permitieron acomodarme, ha sido uno de los más agradables alojamientos que he tenido en mi vida...

---





CAPÍTULO VI.

ANTOFAGASTA

La partida de La Serena se efectuó a mediados de Noviembre de ese memorable año 1879.

Al primer batallón lo destinaron a Tocopilla, y al segundo, al cual yo pertenecía, a Antofagasta.

Cuando desde a bordo contemplé los áridos cerros de la costa, y la pobre edificación de las casas que formaban la población de Antofagasta sentí como angustia; e igual sensación debieron experimentar casi todos, pues absortos los miraban.

Aunque todos sabíamos que ahí comenzaba el famoso desierto de Atacama, creo que a gran parte les pasaría lo que a mí: que no había imaginado que hubiera cerros distintos a los de Valparaíso, siempre cubiertos de vegetación, y los que mirábamos no tenían ni una brizna de verdura.

El cuartel en que se nos alojó, era un gran galpón de planchas de fierro acanalado.

El calor en el día era muy grande, pero se permitía salir a las horas en que no había ejercicio a descansar donde el calor no fuera tan sofocante, y con frecuencia se llevaba a las compañías a bañarse al mar.

En las noches mortificaba el frío y las pulgas.

Era tan enorme la cantidad que había de estos

bichos, que tomando un puñado de la tierra suelta, que como único pavimento tenían las cuadras, se las veía moverse.

No obstante, al llegar la noche los soldados se chanceaban y tomaban la cosa por el lado risible, no por el quejumbroso, y se entregaban al reposo tendidos en el suelo abrigándose con sus frazadas y capotes: no había colchones ni nada con qué reemplazarlos.

---

Al segundo día de estar en Antofagasta uno de los soldados que me distinguía con su afecto me dijo regocijado: "mi cabito, esta noche dormirá sin que las pulgas lo molesten"...

Al llegar la hora de recogernos me señaló una hamaca de marinero que tenía dispuesta en forma de poder izarla.

Entre risas y bromas me acosté en ella completamente desnudo y bien tapado con frazadas prolijamente espulgadas.

Y ante la expectación de los soldados, y de algunos oficiales que regocijados presenciaban la manobra, fuí izado hasta como tres metros del suelo.

Las risas y bromas continuaron hasta el toque de silencio.

Y los ocho o diez días que en Antofagasta estuvimos, yo dormí colgado en la hamaca entre el techo y el suelo.

Respondan los muchachos que lean estas líneas, si en sus mejores vacaciones han experimentado el placer de dormir como yo dormía entonces.

---

A los ocho o diez días de estar en Antofagasta se nos dió orden de marchar al interior hacia Carmen Alto.



La marcha se hizo a pie, y aunque la distancia era relativamente corta, fué para la generalidad penosa, pues la efectuamos bajo los quemantes rayos solares, por un camino de arena y tierra movediza, y envueltos permanentemente en una espesa nube de polvo que sofocaba.

Yo comencé la jornada con gran contento, porque deseaba desvanecer la creencia que todos tenían de que no iba a soportar la marcha; pero después de un trayecto que creo no alcanzaría a dos leguas, mi capitán me dió orden de que esperara unas carretas que venían algunas cuabras a retaguardia con el equipo del batallón; y en una de ellas continué la marcha tendido en mullido lecho que sus conductores me prepararon, después de haberme obsequiado con apetitosa merienda.

Uno de los conductores recordando sin duda algún alegre paseo decía: "vamos como pa Renca" ... y cantaba graciosas tonadas.

Al incorporarme en Carmen Alto al batallón, supe que la marcha había sido muy fatigosa por el calor y el polvo; pero a todos los hallé animosos y alegres.

---

Nuestra permanencia en Carmen Alto no tuvo nada de particular.

Diariamente salíamos a la pampa a hacer ejercicios, retirándonos del cuartel cinco o más kilómetros, a fin de acostumbrar a la tropa y oficiales a las marchas por el desierto.

Durante los descansos nos entreteníamos en buscar moluscos petrificados, que habían en relativa abundancia en el arenoso suelo.

La comida de la tropa y oficiales era buena y abundante, y éstos me invitaban a la de ellos y me sentaban en sitio aparte, pero en la misma pieza o local.


Con esta medida evitaban que pudiera decirse había familiaridad entre oficiales y tropa, lo que estaba absolutamente prohibido.

Y mientras fuí cabo y sargento así lo hicieron y nunca hubo reclamación de la tropa por esta preferencia, ni tampoco reconvención de los jefes.

Permanecemos en Carmen Alto dos semanas aproximadamente, y volvimos a Antofagasta a principios de Diciembre, donde nos embarcamos siempre con rumbo a más al norte.

---





CAPÍTULO VII.

TARAPACA

Mientras el Lautaro estaba en La Serena, Antofagasta y Tocopilla, nuestro ejército asaltó y tomó a Pisagua, venció en Dolores, se batió en la estrecha quebrada de Tarapacá hasta quedar vivos sólo unos pocos, pereciendo la mayor parte como héroes, peleando hasta el fin; o como mártires, quemados después de heridos; y trepó al empinado cerro de los Angeles aventando a sus defensores; victorias todas que dieron a Chile la posesión del rico departamento (1) peruano de Tarapacá.

Al segundo batallón del Lautaro mandado por el comandante Robles lo destinaron a ocupar Iquique, evacuado esos días por las fuerzas peruanas que lo guarnecían, quedando siempre el primer batallón, al mando del coronel Muñoz en Tocopilla.

La ocupación de Iquique se efectuó con tal tranquilidad que parecía llegábamos a pueblo chileno.

Los extranjeros residentes se manifestaban satisfechos o contentos, los naturales resignados y nuestros soldados fraternizaban con todos.

En Iquique se nos dió como cuartel uno que había sido ocupado también como tal por los peruanos, denominado Mercado Nuevo, y desde la llegada

---

(1) Los departamentos peruanos equivalían a nuestras provincias y sus provincias a nuestros departamentos.

el batallón reanudó los diarios ejercicios, que ordinariamente se efectuaban por compañías, llevando cada capitán la de su mando donde lo creía conveniente.

---

Dos o tres días después de la llegada las compañías hacían ejercicios de armas en las inmediaciones del Cementerio.

Cuando se dió descanso casi todos nos dirigimos a él y lo recorrimos en todas direcciones.

De pronto alguien gritó: "Aquí está la sepultura de Prat!"...

Corrimos todos en la dirección que se indicaba y nos detuvimos respetuosos a contemplar las tres sencillas cruces de madera pintadas de color blanco, que la mano piadosa de un español colocó en las sepulturas que les preparó. Una tenía el nombre del capitán Prat, otra la del teniente Serrano, y la tercera decía sencillamente "tripulantes de la Esmeralda".

Todos las mirábamos en silencio...

Luego uno se quita el quepí y todos lo imitan...

Después de algunos instantes alguien se arrodilla y los demás siguen el ejemplo...

Un momento después una voz dice: "Por el capitán Prat y héroes de la Esmeralda"; y recita la primera parte del Padre Nuestro, y todos coreamos la segunda parte...

Y tras cortos instantes de silencio, nos fuimos retirando.

No creo haya llegado al trono del Altísimo una plegaria más sencilla y sentida que la de los humildes soldados del Lautaro en esa ocasión...

---



De Iquique mi batallón fué por mar a Pisagua y desde este puerto a pie al cantón salitrero Santa Catalina donde se reunió con el primer batallón, que hacía poco había llegado de Tocopilla, donde había hecho una interesante expedición al Toco efectuando a pie una larga y fatigosa marcha por el desierto.

La marcha de Pisagua a Santa Catalina, por la pampa salitrera fué penosa; pero afortunadamente no se sufrió sed, ni hambre, ni excesivo cansancio. Los primeros cuerpos que llegaron, sí que tuvieron que sufrir esos tormentos.

A bordo se me embromó diciéndome que como a mí se me conducía en carreta estaba alegre y no me preocupaba de la marcha que íbamos a hacer, pero que otra cosa sería si las hiciera como los demás.

Aunque esas bromas no eran con mal espíritu me mortificaban, y quise que no se repitieran más. Para conseguirlo rogué al capitán que me dejara hacer la marcha con todos, y como todos, y accedió a mi súplica.

Cuando llegamos a Santa Catalina, donde ya se encontraba el primer batallón, reprimí el vivo deseo que tenía de reposar porque estaba muy cansado; y jactándome de que no lo estaba me dediqué a visitar a los parientes y amigos, yendo de una compañía a otra, procurando demostrar que estaban equivocados los que creían que no podría resistir las marchas.

El regimiento permaneció en las salitreras hasta mediados de Febrero de 1880 acampado en las oficinas llamadas Jazpampa, San Antonio, Angelita, Santa Catalina, Dolores y otras, cambiándose las compañías con frecuencia de campamento.

La comida era abundante y bien preparada, el agua que se usaba de mar resacada o de pozos, y se distribuía muy medida, había pocos enfermos, alojábamos en rucas formadas por costras de caliche, colocadas a modo de adobes, y todos se manifestaban contentos.

Tema de frecuentes conversaciones eran las expediciones que habían hecho los dos batallones separadamente. El primero en Tocopilla, Toco, y una breve expedición a Pacocha y Moquegua, que más adelante referiré, y el segundo en Antogagasta e Iquique.


En las noches las tropas se juntaba en grupos más o menos numerosos, a oír cuentos que algunos soldados relataban, aprendidos en sus pueblos o por ellos inventados, y algunos los improvisaban a medida que los decían. Los de un soldado Rodríguez, apodado "El Cabro", eran graciosísimos, aunque a veces tan intencionados y de doble sentido que resultaban colorados. Las innumerables aventuras de él con doña Mariquita Muñoz, viuda y joven todavía, madre de una joven a quien él amaba, que las recitaba con voz monótona, a modo de canto, atraían a la rueda que se formaba para oírlo hasta a algunos oficiales y jefes.

Por fin se dió orden de marcha a Pisagua, para en ese puerto embarcarnos con rumbo a Pacocha.

Nos íbamos aproximando al teatro de la guerra.

---





## CAPÍTULO VIII.

### PACOCOA - MOQUEGUA

Durante el tiempo que el primer batallón ocupó Tocopilla, expedicionó al Toco, y el penúltimo día de Diciembre se embarcó y efectuó una rápida expedición a Pacocha y Moquegua, al mando del coronel don Arístides Martínez, que llevaba entre sus ayudantes al comandante de ingenieros militares don Federico Stiven.

Al llegar el vapor a Pacocha antes de amanecer, a fin de que los peruanos no se dieran cuenta de que se intentaba desembarcar, el comandante Stiven con unos pocos hombres del Lautaro desembarcó por donde nadie pensaba y cortó el telégrafo. En seguida lo efectuó el Lautaro por el muelle sin encontrar resistencia.

En la estación del ferrocarril se encontraron varias locomotoras a las que faltaban diferentes piezas. Un saigento del Lautaro, de oficio mecánico, que se puso a las órdenes del comandante Stiven, con varios soldados, también mecánicos, revolviendo la maestranza las encontraron, y se procedió a alistar dos locomotoras.

---

En ese intervalo ocurrió una lamentable desgracia.

Al descargar las armas, que en previsión se había ordenado cargar cuando se desembarcó, a un soldado se le salió el tiro y mató a un sargento de apellido Domínguez, joven y muy estimado de los jefes.

Al hechor se le mandó a bordo, y se le siguió un sumario, comprobándose que el hecho fué casual.

---

Como a las dos horas de desembarcar, el Lautaro ocupaba dos trenes, dirigido el primero por el comandante señor Stuen, y cayó de sorpresa sobre Moquegua.

Fué tan inesperado el arribo a la ciudad, que varias familias peruanas que supieron la llegada de un regimiento, creyéndolo peruano, fueron a darles la bienvenida, desmayándose varias señoras y niñas al notar la equivocación.

Al día siguiente, a media tarde, emprendió la pequeña columna el regreso a Pacocha, en los mismos dos trenes en que había venido.

Se había avanzado como una hora y el primer tren se desrieló en una curva al lado de un precipicio. Habían sacado los peruanos dos rieles, que afortunadamente dejaron cerca, creyendo sin duda que el tren rodaría al precipicio. El comandante Stuen comenzó la tarea de reparar la vía, y cuando el sol comenzaba a declinar, se continuó la marcha.

En la próxima estación, donde debían tomar agua las locomotoras, el enemigo había vaciado el estanque e inutilizado la bomba sacándole piezas importantes.

Se ordenó que salieran patrullas a tomar a todas las personas que encontraran y a poco llegaron con varios peruanos y chinos. Cuando estuvieron en la



presencia de los jefes, se les dijo que si no aparecían pronto las piezas de la bomba, todos serían fusilados.

Momentos después se presentó un fornido chino y dijo que él indicaría dónde estaban, pero a condición que se le hiciera soldado de nuestro regimiento. Se accedió a su pedido, y como dijera llamarse sólo Aján, se le hizo comprender que debía tomar un nombre y eligió el de Ignacio, en honor del capitán don Ignacio Díaz Gana.

Reparada la bomba se continuó la marcha a Pacocha, sin otra novedad. En este puerto se inutilizaron las locomotoras y se retornó a Pisagua, consiguiéndose el objetivo de la expedición que era imponerse de cómo estaba el ejército peruano por esos lados.

Vicuña Mackenna denomina a esta acción: "Expedición a Ilo y Calaverada a Moquegua".

---

El chino Aján, que tan importante servicio prestó al Lautaro en la expedición a Moquegua, fué uno de los mejores soldados del regimiento, hizo la campaña hasta el fin y se encontró en todas las acciones de guerra en que el Lautaro estuvo.

Tenía una especialidad: la de buscar y conducir al cuartel a los faltos a listas. Cada vez que al regimiento se daba suples faltaban a lista muchos soldados, y como Aján nunca faltó ni se embriagaba y tenía mucha fuerza, siempre se le indicaba para la comisión de llevar al cuartel a los que faltaban, que ordinariamente se encontraban ebrios. Por porfiados que fueran tenían que doblegarse ante Aján, pues los tomaba de un brazo y no los soltaba hasta dejarlos en el cuartel.

De vez en cuando lo suelo ver, muy anciano ya y casi ciego; y siempre se presenta con sus viejos camaradas a los actos públicos a que concurren los veteranos, de quienes es muy estimado.

---

Ya no teníamos como comandante al coronel Muñoz. Estando en Tocopilla con el primer batallón, se le destinó a reemplazar en el comando del segundo de línea al héroe mártir Eleuterio Ramírez, y reorganizar al regimiento que quedó aniquilado en Tarapacá. Al Lautaro vino de comandante el coronel don Orozimbo Barboza, quien se hizo cargo del regimiento en Pacocha, puerto del departamento peruano Moquegua; donde se estaba concentrando a gran parte del ejército.

---

El caserío del puerto tenía edificación insignificante, de manera que el alojamiento fué pésimo.

A mi regimiento se le dió una serie de pequeñas y sucias casitas y algunas carpas, a uno y otro lado de una calle que quedó como patio, donde formaban las compañías para pasar listas y otros actos del servicio.

Los oficiales ocupaban, naturalmente, las mejores; pero debían acomodarse los de cada compañía en una sola pieza, y destinar otra para comedor de los de cada compañía, que estaban arranchados juntos. Uno de los asistentes hacía de cocinero y pedía en crudo las raciones de todos.

Lo que mortificaba mucho eran las moscas y zancudos.

Imagínese una alta cifra de millones, multiplíquese por otra cantidad parecida, y se tendrá una idea aproximada de las moscas y zancudos que en Pacocha nos mortificaban...



Para comer había que ir haciendo a un lado las que en el plato había, no tirarlas, pues entonces nada habría quedado en él...

Y ni la tropa ni los oficiales murmuraban...

Todos procuraban mantener el buen humor...

---

En este pueblo recibí la jineta de sargento segundo. Ya he dicho que a instancias del coronel Muñoz dí examen de sargento y salí aprobado, y que por no haber entonces vacantes ordenó a los capitanes que me propusiesen en la primera que se produjese.

Un día el capitán de la segunda compañía del segundo batallón, don José Miguel Vargas, que era amigo de mi padre, me preguntó si quería pasar a su compañía, de sargento segundo. Aunque tenía motivos de gratitud para con todos los oficiales, clases y soldados de la tercera compañía, donde había comenzado mi servicio y sentía separarme de ellos, acepté el ascenso y traslado. Afortunadamente fuí bien recibido en mi nueva compañía.

---

Poco después de la ocupación de Pacocha parte del ejército avanzó a pie hasta Moquegua, con tan grandes penalidades que el jefe estimó necesario hacer disparos de artillería para conseguir que la infantería no se dispersase, como lo había intentado en busca de agua.

---

En el valle de Moquegua se produce una excelente uva, con la que se fabrica un vino semejante al oporto y al jerez.

Una tarde el subteniente de mi compañía don Clodomiro Hurtado, me llama a su pieza donde estaba

reunido con otros oficiales, y me ordenó hacer unos documentos instalándome en una pequeña mesa.

Un amigo de Moquegua le había regalado un barrilito con vino, estaban probándolo y me obsequiaron con una copa preguntándome que tal lo encontraba. Les respondí que nunca había tomado un vino tan agradable, que parecía miel con aguardiente. Varias veces interrumpieron mi trabajo ofreciéndome mas vino, que yo aceptaba gustoso...

.....  
Desperté en mi cama con gran dolor de cabeza, el cuerpo adolorido y la boca pegajosa...

Llamé al cabo de cuartel, quien me informó que eran como las diez de la mañana, que la compañía estaba en ejercicios, y que el cabo de cuartel saliente me había entregado como arrestado...

Comprendí entonces mi situación ¡me había embriagado!...

Yo no recordaba sino que había estado en la pieza de los oficiales escribiendo, y que en ella había tomado un exquisito vino.

Cuando llegó el regimiento de ejercicios un oficial de otra compañía me hace llamar, y con gran solemnidad me anuncia que se le ha nombrado fiscal para procesarme por desertor al frente del enemigo y desacato al subteniente Hurtado.

Comprendí la jugarreta que se me quería hacer, y para divertirlos y divertirme me hice el desolado; y presté y firmé declaraciones, ratificaciones, nombré defensor, etc.; y hasta concurrí como reo a un Consejo de Guerra formado por varios oficiales.

---



Por esos días se efectuó una rápida expedición a Mollendo, al mando del coronel Barboza, compuesta de una parte del Lautaro y del 3.º de línea.

Yo no formé parte de ella, pero a su regreso, que lo fué pocos días después, oí relatar a los que la hicieron las incidencias del desembarco y breve ocupación de ese puerto.

Los arequipeños creyeron sin duda que esas fuerzas eran las avanzadas del ejército que marchaba sobre Arequipa. En todo caso, quedarían desconcertados, lo que, supongo, fué el fin perseguido por el general, como también explorar sus posiciones y defensas.

---

Me ocurrió en ese pueblo un incidente, que, aunque nimio, lo relato, pues siempre que lo recuerdo me produce agrado, aunque entonces me fué motivo de gran confusión.

Nos habían dado un suople de diez pesos.

Después de mucho cavilar y de recorrer la parte del pueblo donde estaban sus habitantes y sus comercios, buscando algo que comprar, sólo me llamó la atención una exquisita chancaca de Paita.

Pregunté el precio, me indicaron uno que estimé barato, y pedí que me vendieran los diez pesos que tenía.

Pero yo entendí que el precio era por cada trocito redondo, tan exquisita la había encontrado, y resultó que me habían dado el precio de un mazo de pancitos.

Cuando me fueron alineando en el mostrador gran cantidad de mazos, comprendí mi equivocación, pero no me atreví a confesar mi error, y cargué con toda la chancaca.


Casi todos los oficiales, y hasta el coronel Barboza, fueron a la carpa que yo ocupaba a preguntarme si era buena, si la había comprado para revenderla y otras bromas.

---

A fines de Abril volvimos a embarcarnos sin saber dónde desembarcaríamos, pero sin ignorar que el objetivo era tomarnos Tacna y Arica.

---





## CAPÍTULO IX.

### I T E

Después de varios días de penosa navegación llegamos a la caleta Ite. Con mucha dificultad se desembarcó, pues el mar estaba tan bravo que ni se pudo fondear, y fué necesario dejar a bordo el equipo.

Suponíamos que en tierra hubiera casas o ranchos, y nos equivocamos, Ite-mar es la mar embravecida continuamente; e Ite-tierra son cerros de arena casi pegados al mar. A mi juicio a ese paraje no le cuadra ni siquiera el nombre de caleta.

La fuerza que desembarcó se componía del Regimiento Lautaro, el 3.º de línea, artillería con caballos y alguna caballería, no recuerdo de qué cuerpo.

---

Se dió a la tropa un trozo de carne cocida, una cebolla cruda, y una o dos galletas de marinero; provisiones que debíamos guardar en los morrales; y otra ración igual y un poco de caldo como almuerzo. Se ordenó también llenar las caramañolas con agua, que creo se trajo de a bordo, recomendando beberla sólo en caso de sed excesiva.

La división se dividió en dos columnas que marcharon paralelamente, pero separadas varias cuerdas o kilómetros. Al mando de ambas iba el coronel de mi regimiento, don Orozimbo Barboza.

---

Como a las diez de la mañana se emprendió la ascensión de los escurridizos cerros que afortunadamente no eran muy altos: cien a ciento cincuenta metros.

Al llegar a su cima después de fatigosísima marcha divisamos el plumizo desierto que se extendía hasta el horizonte en todas direcciones. Su vista oprimía el ánimo e infundía pavor.

Tras un corto descanso, con gran sorpresa nuestra, se nos ordenó armar pabellones con los rifles, sacarnos el equipo y retroceder.

A media falda del cerro que con tanta dificultad subimos, estaba la artillería atascada en la arena, hundidas las ruedas hasta cerca de los ejes, y con los caballos desenganchados, pues al hacer esfuerzos para tirar las piezas se hundían en la arena hasta cerca del pecho.

A fin de sacarla y subirla se prepararon sacos vacíos trigueros que se colocaron a modo de rieles, y los lautarinos emprendimos la penosa tarea de sacar la artillería de donde estaba hundida, y arrastrarla hasta la cima del cerro. Para facilitar la operación se nos dividió en dos pelotones para cada pieza destinados uno a tirarla y otro a colocar los sacos, recoger los que atrás iban quedando, y corriendo volver a colocarlos adelante a fin de seguir formando rieles de sacos, y no perder el gran esfuerzo que había que emplear para ponerlas en marcha.

Mediante ese penoso trabajo se pudo conseguir que la artillería repechase el arenoso cerro.

Todas estas maniobras las dirigía un oficial de marina.

Yo quedé como todos muy cansado pero contento por haber trabajado como los demás.



Terminamos esa faena a media tarde, y tomando nuestras armas y equipo, continuamos la marcha por el desierto hasta bien entrada la noche.

---

Aunque los oficiales por órdenes de los jefes se hacían hasta majaderos recomendando economizar el agua, a casi todos se nos acabó en las primeras horas de esa noche y a algunos antes.

Al hacer alto para dormir algunas horas, cada cual comió la parte que quiso de la carne y cebolla que llevaba y se acomodó como mejor pudo para dormir.

El frío era muy intenso y espesa camanchaca (1) nos impedía ver a pocos metros.

Yo me junté con el primero y demás sargentos de mi compañía, y formando apretado grupo, nos entregamos al reposo. Por haberme dejado en el centro de ellos no sentí frío, y luego me dormí.

Nos pusimos en marcha antes de aclarar; y se nos dijo que tendríamos agua a medio día, pues algunos arrieros que la conducían debían alcanzarnos más o menos a esa hora.

Luego salió el quemante sol que a poco reverberaba en la arena; y el calor fué aumentando hasta ser intensísimo.

Momentos después la arena no se podía tocar: quemaba.

Al comenzar la marcha, los soldados se manifestaban animosos, pero a poco cesaron las conversaciones, y después de algunas horas se marchaba sin orden, y algunos murmuraban.

La sed se hacía por momentos más y más intensa.

Mi capitán Vargas me prestó su caballo, pues yo iba muy fatigado.

---

(1) Neblina,

Como al medio día el aspecto del paraje fué cambiando, y comenzó a diseñarse en el horizonte algo que parecía un muro verde que cerrara la plomiza llanura.

“¡El río!”... “¡El Sama!”... Alegremente decían unos a otros, y comenzaron las conversaciones y las bromas.

---

La marcha se aceleró, reorganizadas las filas, y todos creían que en dos, o a los más tres horas, llegaríamos al río.

El sol quemaba materialmente, produciendo dolorosas escoriaciones en la piel, y no corría ni la más ligera brisa que refrescara la atmósfera de fuego...

Volvieron a desorganizarse las filas y a poco se marchaba en desorden...

Para engañar la sed algunos introducían balas en la boca y otros bebían su propia orina...

Yo intenté también hacerlo agregándole un trozo de chancaca que me quedaba, que pacientemente disolví, pero no pude beberlo, pues al intentarlo me dieron náuseas. Un soldado me los pidió, y como si hubiera sido cristalina y fresca agua, con ansias los bebió...

---

Como a las tres de la tarde no pude continuar la marcha; caí, y aunque hice esfuerzos no pude levantarme...

¡Y nadie podía prestarme ayuda!

El capitán Vargas me había pedido su caballo para hacerlo cargar con los rifles de varios soldados que estaban muy cansados...



Mi capitán, algunos oficiales, clases y soldados afligidos me rodearon, y conocí que sufrían por no poder valerme...

Después de algunos momentos en que deliberaron sobre lo que debieran hacer, mi capitán con tono emocionado y tuteándome me dijo: "Te vamos a hacer una ramadita para que no te dé el sol y puedas dormir, y en cuanto lleguemos al valle, que será en una o dos horas, te mandaré un caballo para que sigas la marcha: ten ánimo y sé valiente".

Con dos rifles y el mío hicieron un pabellón, le colocaron una frazada para hacer sombra, y con ternezas de madre me acomodaron en el improvisado refugio, y se alejaron.

Cuando me ví solo creí que me iba a morir... y lloré, y recé, y pensando en mi amada madre y en mi padre, hermanos y amigos me dormí...

---

Desperté cuando el sol se aproximaba al horizonte...

Quise incorporarme y no pude...

El profundo silencio y soledad en que estaba me dieron miedo, y volví a llorar y a rezar...

Después de algunos minutos divisé dos jinetes en un punto del horizonte; y temiendo fueran enemigos de un tirón deshice el pabellón y cargué mi rifle. ¡Mi vida les costaría cara!...

Afortunadamente me había equivocado, pues los dos jinetes que se acercaban eran el coronel Barboza y su asistente, que habiéndome divisado, hacia mí se dirigieron.

Contestando a las preguntas que el coronel me

hizo, lo informé de lo que pasaba, y de que probablemente luego llegaría el caballo que mi capitán Vargas me había prometido mandar.

“Lo voy a llevar yo a la grupa”, me dijo, y ordenó al asistente que me ayudara a subir; pero viendo que no podía pararme se bajó del caballo, y pasándome un poco de agua me dijo que me enjuagara la boca.

La mirada que le dí lo hizo comprender sin duda lo que pensaba; pues sonriendo me dijo que después me daría más para beber, pero que con lo que me daba sólo limpiara la boca.

Así lo hice, y tomé después con cortos intervalos tres traguitos más que me vivificaron.

Subió en seguida el coronel a caballo, y yo a la grupa ayudado por su asistente; y emprendimos la marcha cuando el sol se ocultaba en el horizonte.

¡Qué espectáculo tan hermoso es una puesta de sol en el desierto!

Aunque es inaudito atrevimiento intentar describirla sin tener dotes para ello, voy a procurar hacerlo a fin de dar pálida idea de lo que entonces ví.

Cuando uno de los bordes del sol coincide con la línea del horizonte, parece que adquiriera un tamaño inmensamente mayor que el ordinario con que lo vemos, que su color también fuera diferente pero infinitamente más bello, y que el enorme círculo de la atmósfera que lo circunda se incendiasse, y entrasen en ignición colosales cantidades de las materias con que se fabrican los fuegos de artificio. Y el espectáculo perdura en la atmósfera hasta varios minutos después que el sol se ha ocultado completamente.



Después de un largo trayecto que no puedo precisar ni aproximadamente, el asistente dijo al coronel que perdían el rumbo y nos cargábamos a la izquierda, replicándole el coronel que no, después de mirar una brújula.

Un rato después volvió el asistente a hacerle la misma observación y el coronel a darle [igual respuesta.

Al repetirle el asistente por tercera vez la observación, el coronel detuvo su caballo y le dijo que allí alojaríamos para al día siguiente orientarse mejor.

El asistente desensilló y cuando comenzaba a tenderle la cama al coronel, jovialmente le dijo: "Como el sargento Benavides está enfermo voy a convidarlo con cama; arréglala de manera que podamos acostarnos los dos". Le expresé mi agradecimiento, y aseguré que me encontraba bien y que podía dormir cerca de ellos, pero él insistió.

Con la montura y varias mantas y frazadas arregló el asistente la cama; y en ella se acostó el coronel jefe del regimiento, y para los pies el sargento rezagado. ¡Y entonces no se jactaba de democracia!...

Ya acostados, y antes de entregarnos al reposo, sacó el coronel de un morral una tortilla que partió en tres pedazos iguales, y reservándose una parte, nos dió las otras dos al asistente y a mí. Tomamos en seguida un poco de agua y nos dispusimos a dormir.

---

Cuando al día siguiente desperté, el coronel ya se había levantado y alejado hasta un montículo distante como una cuadra, y miraba con el antejo. Después de un momento me hizo señas llamándome.

La actitud del coronel y el espectáculo que se ofreció a mi vista me consternaron. Varias decenas de rifles y gran cantidad de equipo se encontraba tirado en una gran extensión.

Los tormentos de la sed desesperaron a muchos soldados, y arrojando armas y equipo se dirigieron por el camino que les pareció más corto al río Sama.

“Hagamos pabellones con las armas mi sargento” me dijo el coronel, “para que sea fácil encontrarlas cuando envíe a buscarlas; pero antes diga al asistente que se apure y que cuando todo esté listo nos avise”.

Habíamos formado como ocho o diez pabellones, o sea recogido y juntado como treinta a cuarenta rifles, en uno de los cuales pusimos una banderola que también encontramos tirada, cuando el asistente nos llamó.

El coronel no despegaba los labios y sólo cuando nos reunimos con el asistente que tenía preparado café, dijo: “¡Pobrecitos, cómo estarían cuando botaron hasta los rifles!”...

---

Me dió instrucciones sobre la ruta que debía seguir, diciéndome que la siguiera con ánimo mientras tuviera fuerzas, me prometió mandarme un caballo para continuar la marcha, vertió un poquito de agua en mi caramañola recomendándome beberla sólo en caso de mucha necesidad, y se alejó a trote largo.

El asistente al despedirse me dió un pedazo de tortilla.

Continué la marcha lentamente, pero con ánimo; y como era fácil perderse por no haber camino señalado; y porque las huellas de los soldados que por



ahí habían pasado eran en todas direcciones, no perdía de vista el punto que el coronel me había señalado como dirección.

Momentos después de la separación del coronel Barboza salió el sol; y como el día anterior el calor recrudeció muy pronto.

No obstante, sólo descansaba breves momentos y caminaba lo más ligero que podía.

Cuando me encontré muy fatigado bebí un poco de agua y comí parte de la tortilla.

Recobré fuerzas y emprendí nuevamente la marcha.

Repetí el refrigerio una vez más y se me acabaron el agua y la tortilla.

El sol quemaba tanto que casi no podía andar, pero continuaba lentamente casi arrastrándome.

La faja verde que en el horizonte se divisaba no se acentuaba, pareciéndome que a medida que yo avanzaba ella retrocedía...

---

Por fin divisé a un jinete que traía un caballo de tiro.

¡Era el socorro que me enviaba mi capitán Vargas!

Me reuní con el soldado que venía a auxiliarme, bebí agua hasta satisfacerme, pero a cortos tragos como se me había recomendado, comí algo y continué la marcha a caballo.

Después de dos horas aproximadas llegamos al valle como a las cinco de la tarde.

---

Ahí supe que los sufrimientos de la tropa y oficiales en esa marcha fueron horribles...

Los que yo pasé estuvieron considerablemente atenuados con las atenciones y cuidados que todos me prodigaron en consideración a mi edad.

¡Los que ellos pasaron no pudieron ser aliviados por nadie!...

Se aseguraba por esos días en el campamento que dos soldados se habían suicidado durante la marcha, enloquecidos por la sed...

¿Era verdad?...

Creo que esto no podrá comprobarse oficialmente; pues el fallecimiento por múltiples consideraciones debe haberse explicado como natural.

---

El recibimiento que el capitán Vargas, oficiales y tropa de mi compañía, y de algunos de las otras, me hicieron cuando llegué al valle fué tan afectuoso, que pronto olvidé los malos ratos y hasta me alegré de haberlos pasado, ya que me habían proporcionado tan gratas compensaciones.

“Mira”, me dijo el capitán Vargas a poco de llegar, señalándome un tarro puesto sobre el fuego, que su asistente atentamente cuidaba, “es una cazuela de chanchito y no tardará mucho en estar lista. Te convido”. Pregunté al asistente si tendría tiempo de bañarme, y como me dijera que sí, pedí a un soldado que ya había explorado los alrededores que me condujera a algún sitio apropiado. En un remanso del río y bajo unos hermosos árboles me dí un delicioso baño.

Al volver la cazuela estaba lista, y mi capitán Vargas me sirvió un buen plato, y me repitió, y agregó un trozo de asado y varios camotes asados al rescoldo. Fué una comida exquisita y opípara.




Después de ella me acosté en una cama que cerca de la del capitán me preparó su asistente.

Desperté al toque de corneta, y como estaba oscuro creí fuera para la lista de diana, pero estaba equivocado.

¡Era la retreta del día siguiente!...

¡Había dormido de un tirón más de veinticuatro horas...!

---



## CAPÍTULO X.

### Y A R A S

La parte del valle del río Sama donde mi cuerpo acampó se llamaba Yaras.

Hasta dos días después de la llegada de los primeros soldados, continuaron llegando otros a incorporarse al regimiento; pues desesperados por la sed se habían dirigido al punto que cada cual creyó estaba más cerca; y resultó, naturalmente, que se dirigieron a puntos separados unos de otros por varias leguas. Para darse cuenta de esto hay que considerar que el desierto porque se marchaba se veía limitado en una enorme extensión por el que parecía muro verde, que era el valle fertilizado por el río Sama, y que no había camino trazado que seguir.

Para organizar el campamento se ordenó levantar grandes ramadas para cada compañía, como de cuatro metros de fondo, abiertas al frente en toda su extensión; y otras más pequeñas, al lado de las anteriores, para los oficiales. Se aprovecharon para formarlas, los árboles y arbustos del valle y el conjunto resultó pintoresco y agradable.

---



En los dos o tres primeros días de nuestra llegada, cada cual se arreglaba como podía para proveerse de alimentos. Ordinariamente, se juntaban cuatro o más para proporcionárselos en común, encargándose unos de buscar provisiones, otros leña, y el más hábil en el arte culinario de la preparación de los alimentos.

Los soldados denominaron "carretas", a estas pequeñas comunidades y el nombre fué tan bien acogido, que hasta los jefes lo usaban. No llamaba la atención que oficiales preguntaran a los soldados "¿con quién formas carreta?" como podrían haberle dicho "¿a qué escuadra perteneces?"

Yo no formé carreta con nadie. Me agradaba más aceptar invitaciones o hacerme invitado a diferentes carretas. Podría haberseme apodado "el sargento de los siete cocineros"; pues comía en diferentes partes y en todas era bien acogido y amable y abundantemente regalado.

Durante los dos o tres primeros días, todos comían bien, y algunos hasta con glotonería. Carne de cerdo, cordero, ternera y hasta aves y variadas verduras, especialmente camotes figuraban alternados en las comidas de casi todas las carretas.

Después esta clase de comestibles escaseó; al tercer día quedaba muy poco ¡si quedaba! y después del cuarto, se extinguieron en absoluto.

¡Y no llegaban víveres!

---

Se decía que en Ite nada se podía desembarcar por la braveza del mar, y comenzó a sufrirse hambre...  
Algunos comían carne de burro... Era frecuente encontrar cabezas y cueros de estos animales entre los árboles del monte.

Yo, no obstante el hambre que sentía, no podía resolverme a comer carne de esos cuadrúpedos...

Un día uno de los oficiales de mi compañía me llamó aparte, y misteriosamente me dijo que al capitán le había obsequiado un cuarto de cordero un amigo de otro regimiento, y que esa tarde lo iba a comer acompañado de los oficiales de la compañía y de algunos otros; y terminó su confidencia instándome a ir como por casualidad a participar del banquetito.

Acudí a la hora con gran apetito y comí un buen trozo.

Antes de retirarme mi capitán Vargas me anunció con sigilo que el amigo que le había obsequiado la carne de cordero que comíamos le iba a mandar todos los días un pedazo, y me invitó a ir en las tardes a participar del regalo; invitación que agradecido acepté.

¡Algunos días después supe que la carne que me había deleitado era de burro!...

¡Y los esperados víveres no llegaban de Ite!...

---

Mortificaba también, especialmente a los oficiales, el forzoso desaseo personal, pues no había cómo cambiar la ropa interior por haber quedado a bordo el equipaje, y no haberse desembarcado todavía.

A poco la tropa fué invadida por legiones innúmeras de piojos, no obstante haberse organizado un servicio para lavar la ropa, permaneciendo desnudos mientras la lavaban y se secaba; plaga que también hizo víctimas entre algunos oficiales, y según oí decir hasta algunos jefes hospedaron a los repugnantes bichos.



Yo también fuí víctima del asqueroso insecto; y me afligió mucho cuando lo comprobé. Afortunadamente, el compasivo soldado de la 3.<sup>a</sup>, que siempre me valía, lo notó, y se ofreció para lavar la ropa interior y extirpar los que hubieran en la exterior; operación que yo no habría podido ejecutar por el asco que me producía.

Nos fuimos al río y allí me desnudé, y mientras el soldado ejecutaba la repugnante tarea que se había impuesto, yo dormí una agradable siesta absolutamente desnudo, y sólo tapado con una frazada llevada con tal fin.

¡Y el equipaje todavía a bordo!...

¡Era desesperante!...

---

Durante esos días los fumadores sufrieron mucho; y para engañar el vicio reemplazaron el tabaco por hojas de algodón.

Algunos se dedicaron a preparar esas hojas, y se decía entre los conocedores que lo hacían hábilmente; y que uno de los soldados lo ejecutaba tan bien que pudo hasta comerciar con su imitación a tabaco.

Sólo el coronel Castro del tercero de línea, que acampaba cerca del Lautaro, fumaba puros. Dicen que cuando otros jefes lo interrogaban al respecto, respondía que el que fumaba en ese momento era el último que le quedaba.

Algunos soldados lo seguían en los majestuosos paseos que daba deleitándose con su puro, para recoger el pucho cuando lo tirara; el que cuidadosamente picaban para hacer cigarrillos, o dar mejor sabor a las hojas de algodón.

---

Por esos días los jefes y oficiales estaban preocupadísimos y no hablaban sino de la braveza del mar en Ite, que no permitía desembarcar ni el parque; grave peligro, pues no se tenía más municiones que las que cargaba la tropa en sus cananas. ¡Si el enemigo lo hubiera sabido!...

Por fin, después de ocho o diez días, tal vez más, no lo recuerdo, llegaron algunos víveres, y se organizó el servicio de rancho preparado para todos y todo se regularizó. Con gran regocijo comenzamos a comer pan, frejoles y charqui, y poco después, carne fresca de vacuno; y a veces como postre, ulpo de harina tostada, y en el desayuno café.

Desgraciadamente, los artículos no eran de buena calidad; pero, aunque algunos le hacían repulgos, eran devorados.

---

Por esos días llegaron todos los cuerpos destinados a formar el ejército que debía tomarse a Tacna, que formaban sus campamentos en diferentes partes del valle.

Se hacían ejercicios con regularidad.

Con permisos especiales se permitía salir de la zona que a cada cuerpo se había destinado, a visitar a los amigos de otros regimientos, y todos aprovechaban esa facilidad cuando les correspondía.

El movimiento de jefes y oficiales que llegaban a pie o a caballo, a visitar a sus amigos, o para transmitir órdenes, daba gran animación al campamento.

Durante las retretas, casi siempre tocadas por las bandas, se formaban animados grupos que recordaban la lejana patria, y a sus padres, hermanos, esposas e hijos, o a sus novias y amigos.

---



En las tardes, a la hora de la siesta, siempre se veía a algunos escribiendo. Los que no sabían escribir se valían de los que sabían, y era servicio que nunca se negaba.

Yo llegué a ser el secretario de gran número de analfabetos, y no sólo de mi compañía, sino de muchos de las otras.

Por las confidencias que me hacían pude aquilatar los sentimientos de esos bravos muchachos; rudos exteriormente cual ásperos guijarros desprendidos de duro granito, y con sentimientos tan sencillos, nobles y delicados, que sin esfuerzos, si la ocasión se presentaba, podrían llegar al más alto grado de heroísmo, sin sospechar que ejecutaban acción meritoria.

Un mocetón como de 22 años, siempre alegre y bromista, escribiéndole a su madre me dictaba: "si en la batalla que vamos a tener, la largo, sepa mamita que para Ud. será mi último pensamiento, y que al dar la última boquiá, tendré bien agarrao el escapulario de la Virgen del Carmen como me lo ha recomendao, pa de un salto treparme al cielo" ...

"No se olvide ponerle, me decía otro, al escribirle a una tal Juanita, amiga de su infancia, que si muero, le encargo que quiera y cuide a mi mamita; y que si libro en cuanto llegue al sur me caso con ella, como se lo ai prometió" ...

A qué seguir. Todas las cartas que tuve ocasión de escribir como secretario de analfabetos, demostraban nobles sentimientos, y tan acrisolado patriotismo, que se explican los innumerables actos heroicos que se ejecutaban como cosa natural, y que así se procedía porque no era concebible ejecutarlos en otra forma.

---

Por esos días falleció en el campamento el Ministro de la Guerra en campaña don Rafael Sotomayor.

Se temió que esa desgracia pudiera ser causa de retardos en emprender la marcha sobre Tacna, vivísimo deseo de todos, pues la estada en el campamento ya cansaba. Afortunadamente, por el sensible fallecimiento del Ministro, nada se alteró en el plan de operaciones que los jefes se habían trazado.

Los funerales que se le hicieron fueron imponentes. Todo el ejército formó para rendirle los últimos honores, y sus restos mortales fueron trasladados una tarde, casi de noche, a Ite.

---

Desde la llegada de los cuerpos al campamento, la instrucción de la tropa y oficiales proseguía sin descanso. Ejercicios diarios por compañías, batallones o regimientos, se alternaban con el tiro al blanco.

Se habían formado cuatro divisiones. Al Lautaro se le destinó a la cuarta que era mandada por el coronel Barboza, sin dejar el mando del Lautaro.

No recuerdo si pocos días antes o después del fallecimiento del Ministro, muchos jefes y oficiales a caballo, y tropa de caballería, al mando y bajo la dirección del mismo general en jefe, hicieron un reconocimiento a las posiciones enemigas.

Todo demostraba que pronto marcharíamos sobre Tacna.

---

El 24 de Mayo fué día de gran actividad en el campamento.

Después del desayuno, los jefes pasaron revista de armas y municiones a todas las compañías.

Poco después de terminada la revista se repartió harina flor.



Con este motivo las "carretas" funcionaron a fin de hacer tortillas de rescoldo. Los afortunados que pudieron proporcionarse sartenes, o algo que las reemplazara, saborearon deliciosas sopaipillas; y hasta hubo algunos que se dieron el lujo de comerlas pasadas por miel, adquiriendo la chancaca de algunos comerciantes que seguían al ejército.

La harina que a mí me correspondió la dí a una "carreta", que me la devolvió en forma de dos riquísimas tortillas, de no menos de veinte centímetros de diámetro, que guardé cuidadosamente.

En varias otras "carretas" fuí obsequiado con sopaipillas pasadas, café con leche condensada, que era un lujo, y variados comestibles.

Yo siempre tenía buen apetito; y, ya lo he dicho, se me trataba como niño regalón. ¡Lo que entonces comí fué para reventar!...

En la tarde, a fin de dejar todo listo para emprender marcha al amanecer del día siguiente, se nos dieron trozos de carne cocida y cebolla cruda, que debíamos llevar en los morrales, previniéndose que en todo el día siguiente no habría rancho.

---

El oficio de secretario de analfabetos lo desempeñé ese día bajo un árbol, retirado un tanto del campamento, sentado en el suelo y teniendo como mesa-escritorio un tambor.

Mi faena se prolongó hasta muy entrada la noche, alumbrado con un "chonchón" la última hora; pero como siempre la desempeñé con gusto.

¡Si era tan espléndidamente retribuído con golosinas, atenciones y hasta mimos!...

En la mañana de ese día llegó al campamento un sacerdote y se instaló bajo un algodonero, a cien metros aproximadamente de donde yo tenía mi improvisado escritorio.

Fué muy visitado por oficiales, clases y soldados. Unos llegaban arrogantes, como queriendo decir a los que los miraban: "no crean que voy porque esté agobiado con algo gordo... nó"...

Otros se acercaban cabizbajos y pensativos...

Pero todos se retiraban radiantes de gozo; y algunos instaban a otros a ir donde el "padrecito"...

---

Al declinar la tarde saboreamos un abundante y sabroso rancho, se tocó retreta más temprano que de costumbre, y recién entrada la noche, silencio.


Y aunque muy pocos se recogieron a dormir, hubo silencio, sólo interrumpido por el rasguído de las plumas de escribir al deslizarse en el papel.

Esa noche se escribieron muchas cartas!...

¡Cuántos no pudieron recibir las respuestas!...

---





CAPÍTULO XI.

BATALLA DE TACNA

El 25 muy de mañana, después de un abundante desayuno-almuerzo, y provistas las caramañolas de agua, emprendimos la marcha por el desierto que nos separaba de las posiciones que debíamos atacar y tomar... ¡Nadie concebía que eso no debía ocurrir indefectiblemente!

La marcha fué muy ordenada, y aunque el movido suelo, y el ardiente sol molestaban, las filas no se desorganizaron; y, sin excesivo cansancio, pudimos hacer alto al caer la noche.

Estábamos al frente de las posiciones enemigas.

---

A mi regimiento se le hizo avanzar momentos después un poco más para hacer el servicio de gran guardia, no sé si de la división o del ejército.

Veinte o treinta hombres de cada compañía, con un oficial, un sargento y dos cabos, se pusieron a las órdenes de un capitán para el servicio de centinelas avanzados.

Al resto del regimiento se le ordenó reposar vestido, con sus armas al brazo, y tapados con los capotes y frazadas que cada cual llevaba.

El frío era muy intenso...

Yo hubiera querido recorrer los grupos pasando a todas las compañías, pero no me fué permitido, y a regaña-dientes me dispuse a hacer lo que todos: sentarme en el suelo formando con los más inmediatos grupos de dos, cuatro o más; y conversar, comiendo parte de las provisiones que se llevaba en los morrales.

Pero la idea de pasar esa noche sin ver a mi hermano, que ya era subteniente del primer batallón, me contrariaba.

Pensaba en eso cuando mi capitán me llama y dice: "Con grandes precauciones para no llamar la atención, y sin demorarse más de diez minutos, puede ir al primer batallón".

En la breve conversación que con mi hermano tuve, recordamos a nuestros padres y hermanos y con un fuerte abrazo nos separamos. Alcancé también a saludar y despedirme de mi cuñado subteniente don Guillermo Gordon, y de mi primo, el ya también subteniente don Joaquín González Santos.

Al incorporarme a mi compañía los grupos habían disminuído; los que quedaban hacían encargos a sus amigos para el caso de tocarles dar la vida al día siguiente; y los más dormían abrazados con sus rifles.

Me sentí solo, extraña emoción se apoderó de mí y me dieron ganas de llorar ...

Uno de los soldados de los que era secretario, que me veía titubear tratando de elegir sitio donde reposar, me llama e indica uno a su lado. Me ayudó a mover el suelo a fin de hacer una especie de zanja en que me tendí, y una almohada de arena. Comí un



pedazo de tortilla, y arrebujado en mi capote y frazada y con mi rifle al lado me dispuse a dormir.

Como notara el soldado que no conciliaba el sueño me dijo: “no esté tan pensativo mi sargento, duerma, mañana será otro día y nadie sabe lo que pasará...; y no hay que afligirse por lo que no ha pasado”... Y dándome el ejemplo se acomodó para dormir.

Yo lo imité, y el “Acordáos” a la Virgen del Carmen que todas las noches rezaba lo comencé, pero no recuerdo haberlo terminado. ¡Me dormí profundamente!...

---

Cuando desperté estaban casi todos en pie y conversaban animadamente al pie de los pabellones que se había dispuesto se formaran.

Todavía no salía el sol...

Se pasó lista...

Alguien me dió un delicioso café, así me pareció a lo menos, que devoré con un buen trozo de tortilla que me quedaba...

¿Se dió a todo el regimiento o alguien hizo un poco y me participó? No lo recuerdo.

Comenzaron a oirse lejanos cañonazos...

“La primera división ya ha entrado en batalla”, decían varios.

“Entuavía no”, dijo uno con gran énfasis; “si es la artillería que salúa”... “Si peliamos a lo caballero”.

A poco se oyeron disparos de fusilería y aumentó el de la artillería.

“Ahora sí que ha comenzado la función”, dijo un sargento que se las daba de muy entendido en materias guerreras, por haber servido en las campañas

de la Araucanía. “Lueguito no más veremos, agregó. quienes son valientes y a quienes les tiritita la barba”, y me miraba como queriendo decirme: “Yo creo que Ud. tiritará”...

A poco se oyeron los disparos de artillería y fusilería más próximos y abarcando mayor extensión...

“Ya deben haber entrado al baile la segunda y tal vez la tercera división”, anunciaba con suficiencia el sargento que había estado en Arauco...

---

Se presentó al frente del regimiento el coronel Barboza, en un magnífico caballo, y se le reune el comandante Robles, también a caballo.

Conferencian breves minutos y al separarse se toca llamada de capitanes, y cuando éstos regresaron a sus compañías ordenaron romper pabellones y formar. Momentos después el corneta modula “izquierda y marcha”.

El fuego de la artillería e infantería que aumentaba a nuestra derecha y se sentía más cerca, empieza también a nuestro frente.

El sol comienza a quemar.

Después de un avance de varias cuadras se toca “alto la marcha”, e instantes después “columnas cerradas por compañías”.

Los comandantes van a recibir las últimas instrucciones del comandante Robles.

Se ordena botar los rollos, que según el chispeante y malogrado escritor señor Daniel Riquelme, significa: “Escupirse las manos y apretarse los calzones”; rollos formados por el capote y frazada, de los que debía hacerse cargo la banda de músicos.



Terminada esta operación se organizaron las filas, la banda rompe con los acordes de la canción nacional y el regimiento con un ¡Viva Chile!

Sólo veíamos al frente una llanura estéril, limitada como a los mil metros por una línea más oscura. Eran las trincheras enemigas, formadas con sacos de arena, desde las cuales los enemigos nos hacían fuego de mampuesto, sin alcanzarnos, pues no estábamos todavía a tiro de rifle, cuyo alcance entonces era de 600 metros.

Como al centro de las trincheras se divisaba un fortín, desde donde nos hacían fuego de artillería.

A la derecha de nuestro regimiento y en dirección a las trincheras avanzaba el "Zapadores", y por la izquierda el "Cazadores del Desierto", que se había agregado a la 4.<sup>a</sup> división.

La primera y segunda compañía del primer batallón se desprenden del regimiento, destinadas a proteger varias piezas de artillería, que avanzaban a tomar posesión de una loma.

---

En ese preciso instante, "Lautaro", que ya era un fornido y hermoso perro de gran alzada, se lanza como una exhalación hacia el frente. Había divisado un zorro.

La persecución y caza seguimosla con viva ansiedad y el retorno de "Lautaro" a las filas, momentos después, ostentando en el hocico el cadáver del zorro, nos produjo gran júbilo, pues todos consideramos que su victoria era augurio de la nuestra.

---

Momentos después el regimiento se despliega en guerrillas y avanza hacia las trincheras en correcta formación y cargándose a la izquierda hasta ponerse en línea de tiradores.

En los ejercicios, a mí se me designaba casi siempre como guía central, y entonces también me correspondió serlo. Como tal, llevaba una pequeña banderola azul con una estrella, que para poder disparar debía sacar del rifle cuando comenzara el fuego.

Poco antes de ordenarse el avance mi capitán se me acerca, me señaló un punto en las trincheras hacia el cual debía dirigirme, y al separarse de mí me acaricia una mejilla.

Emprendimos la marcha sin disparar...

Por la extrema izquierda, y al parecer saliendo de las trincheras, apareció una columna de caballería enemiga... "Son los Colorados de Daza", oí que decían algunos. "Parece que quieren flanquearnos", agregaron varios...

Unos minutos después apareció por nuestra retaguardia caballería chilena, que al galope se dirigía hacia la enemiga.

Saludamos con vivas a nuestra caballería, y ésta nos retribuyó el saludo también con vivas y agitando sus sables desenvainados...

La caballería enemiga huyó sin aceptar combate con la nuestra...

Las guerrillas de mi regimiento continuaron avanzando sin disparar, aunque el fuego de la artillería y fusilería enemiga se hacía por momentos más y más nutrido...

Los oficiales nos anuncian que se iba a ordenar "fuego en avance", que procuráramos conservar



en cuanto fuera posible la formación, que no descuidáramos echarnos a tierra al disparar, aprovechando las sinuosidades del terreno, para presentar poco blanco al enemigo, y, sobre todo, que hiciéramos bien las punterías...

De las trincheras enemigas que atacábamos, aunque sin disparar todavía, arrecia el fuego, pero no veíamos tropas enemigas.

Por fin se deja oír el toque <sup>de tambor</sup> "fuego en avance"...

Yo me había formado la idea de que en toda batalla debía necesariamente llegarse hasta el entretrovero cuerpo a cuerpo, y me proponía a afrontar valientemente el encuentro. Los grabados de batallas y algunas narraciones que había oído, habíanme hecho formar tal idea. En cuanto lleguemos a las trincheras, pensaba, comenzará la batalla... Tal vez ya estarán en ella, me decía, otros regimientos...

Cuando se tocó "fuego en avance", muchos nos persignamos. Yo agregué mentalmente la oración a la Virgen denominada "Acordaos", que era mi favorita, y animoso emprendí la marcha, gritando constantemente: "atención al guía central", y agitando la banderola, que estimé innecesario por el momento sacar del rifle, aunque me privara de disparar. ¡Ya aprovecharía bien las municiones cuando llegáramos a las trincheras!...

El fuego era vivísimo y rápidamente nos aproximábamos a los enemigos, que era el momento en que yo creía había que desplegar valor y audacia, para herir y defenderse.

Así pasaron una o más horas... no lo sé...

Iba jadeante, pero no dejaba de avanzar, gritando: "atención al guía central", y de agitar la banderola...

¡Se oye el toque de “calacuerda”!...

Sentí como un estremecimiento en todo el cuerpo, pero sin vacilar y gritando una vez más “atención al guía central” emprendí veloz carrera, y de un salto me trepé a la trinchera dispuesto a ser valiente...

¡Qué decepción!...

¡La batalla había terminado!...x

---

Entonces divisé por primera vez a los enemigos. Huían en desorden, arrojando sus armas y vistosos uniformes, en dirección a Tacna, cuyo verde valle se divisaba.

Tras mí y seguramente antes que yo, en otros puntos atacados por otras compañías del regimiento, saltaron muchos, y a poco todos.

Conocí entonces el placer de ser aclamado, no dándome cuenta en el primer momento por qué. “Viva el sargento Benavides”, decían algunos, y otros “Viva el subteniente Benavides”, para demostrar, probablemente, que creían merecía serlo.

Los oficiales, mi capitán y hasta el Comandante Robles me felicitaron.

Fuí, en fin, tratado como un héroe, con grande y verdadera admiración mía, pues creía, con toda verdad lo repito, que la batalla iba a comenzar cuando terminó. ¡No tuve tiempo de sentir miedo!...

---

Al pasar lista momentos después, las respuestas “presente” se alternaban con “yo lo ví caer herido” o “yo lo ví muerto”...

Al ímpetu con que mi regimiento atacó las líneas enemigas, al avance ocultándose y al disparar tendidos se atribuyó el que tuviera relativamente pocas bajas.



De los oficiales sólo fué muerto el subteniente don Adolfo Tobar; heridos los capitanes señores Nicomedes Gacitúa y José Zárate, y los subtenientes señores José de la Cruz Barrios y Severo Ríos.

De la tropa murieron veintiséis y fueron heridos ochenta.

---

“Lautaro”, que durante la batalla se mantuvo en las primeras filas y pasaba de una a otra compañía como activo ayudante de campo, fué también herido.

Nos impusimos con gran regocijo que la victoria había sido total, que el enemigo había sido aniquilado, que hubo momentos en que nuestras filas flaquearon, que eran mucho los miles de enemigos muertos y heridos, que entre los dos o más miles de prisioneros, habían varios generales y jefes, y que nuestras pérdidas habían sido también muy grandes, contándose entre ellas varios altos jefes y muchos oficiales.

El capellán señor Eduardo Fabres, el mismo que oyó confesiones en Yaras, recorrió las filas durante la batalla, y en el parte de ella fué recomendado por el coronel Barboza.

También lo fueron varios oficiales y clases del regimiento y especialmente el sargento señor Lorenzo Lazo, al que varios cascos de metralla destrozaron la banderola que llevaba, continuando él tranquilamente guiando a su compañía.

Y mis jefes, siempre bondadosos conmigo, también me recomendaron en el parte que sobre la batalla pasaron al general en jefe.

Como no entra en mi propósito describir batallas, sino lo que yo ví en ellas, omito hacerlo; pero me

doy el agrado de consignar que, con excepción del 2.º de línea y de Zapadores, toda la infantería que entró en combate era de guardias nacionales movilizadas.

---

En la noche hacía mucho frío y no teníamos frazadas ni capotes con qué abrigarnos. Se hicieron grandes fogatas para calentarse.

Algunos soldados encontraron no sé donde varios zapallos, que pusieron a asar...

Yo pedí uno, y, acostándome cerca de una fogata lo usé como almohada. Al procurar cambiar de posición, pues sentía mucho frío por un lado y calor por otro, noté una molestia en un pie.

Rogué a un soldado que me tirara la bota, y al sacarla notamos sangre y un coágulo semiseco dentro de ella.


Sin yo sentirlo, una bala me había tocado la pierna izquierda, ¡la misma pobre pierna que algunos años después perdí en otra batalla!, y la sangre que la pequeña herida vertía se fué apozando en la bota.

Fué herida tan pequeña, tan de lujo, que cicatrizó con dos o tres ligeras curaciones, y es por ella que figuro en las nóminas de heridos de esa batalla.

Al día siguiente entramos a Tacna.

---





## CAPÍTULO XII.

### ASALTO Y TOMA DE ARICA

Al día siguiente se trasladó mi regimiento desde las trincheras tomadas al enemigo, donde pernoctamos la noche de la batalla, a Tacna, y algunos días después a Pocollay, aldea situada a seis u ocho kilómetros de Tacna, sobre el camino a Bolivia.

Permanecimos en Pocollay muy pocos días, y volvimos después a Tacna, dirigiéndonos directamente a la estación del ferrocarril, donde se nos tenía preparado rancho; e inmediatamente después de consumirlo tomamos varios trenes, que nos condujeron a las inmediaciones de Arica.

---

Para tomarse este puerto fortificado y guarnecido por una división como de tres mil hombres, se había designado a la nuestra, que en Tacna quedó de reserva, compuesta de los regimientos Buin, 3.º y 4.º de línea, a la que se agregó el Lautaro y el Batallón Bulnes.

En el puente Chacalluta, distante 10 kilómetros aproximados al norte de Arica, descendimos del tren. En este punto acampaba la división.

Cuando el regimiento llegó a ese campamento, estaban ya en él instalados los regimientos Buin, 3.º y 4.º, una parte de Cazadores y de Carabineros, de caballería, y algunas baterías de artillería.

El mando de la división se había confiado al coronel don Pedro Lagos.

Se acampaba al aire libre, teniendo carpas de lona sólo algunos jefes.

El campamento quedaba cerca del mar y no había ni siquiera un pobre caserío.

El puente de Chacalluta, lleva este nombre del estero o río que atraviesa, que entonces estaba absolutamente seco.

Cerca del campamento y distante como 800 metros de la orilla del mar, había un casco de buque muy deteriorado, arrojado allí hacía muchos años, por un terremoto.

Voy a procurar describir la región sólo por mis recuerdos, y sin saber si ha sufrido modificación.

La línea férrea que venía de Tacna bordeaba el mar desde unos diez kilómetros antes de llegar a Arica. A la izquierda de la vía férrea habían pequeños cerros de arena, que no creo distaran mil metros de la orilla del mar.

Avanzando desde Chacalluta en dirección a Arica y como a dos o tres kilómetros antes de este puerto, se llegaba a terreno fértil hasta muy cerca de la playa. Era el valle Azapa.

---

La defensa de la plaza consistía en dos fuertes denominados Santa Rosa y San José, que cerraban, por el norte, el camino a Arica; más al poniente tenían el 2 de Mayo; en los cerros que rodean la ciudad por el poniente, el Ciudadela, y otros de menor importancia; y por el sur, el famoso Morro, cerca del cual está la ciudad; que es un imponente cerro de piedra, como de 150 metros de altura, cortado casi



a pique por el lado del mar, que se estrella rugiente contra él, levantando enormes columnas de blanca espuma.

Parece verificarse un duelo que dura siglos entre la fuerza inerte del Morro, que dice "de aquí no pasarás", y la potente fuerza del mar, que replica "te derribaré".

Por la contestación que el coronel Bolognessi, jefe de la plaza, dió a nuestro parlamentario que fué a exigirle su rendición: "Quemaré hasta el último cartucho", se creía que la batalla iba a ser muy reñida.

---

La víspera del 7 de Junio avanzamos sobre los fuertes Santa Rosa y San José hasta ponernos a tiro de rifle, y volvimos al campamento sin empeñar combate. Al mismo tiempo los buques de nuestra escuadra bombardearon la plaza.

Parece que el movimiento fué con el objeto de llamar la atención del enemigo hacia ese lado, o un reconocimiento.

Ese día, o el anterior, el Buin, 3.º y 4.º movieron su campamento hacia el poniente.

La tarde del 6 se dió orden de forrar las vainas de las bayonetas y las caramañolas; y después del rancho nos recogimos como de costumbre a descansar.

---

Dormíamos profundamente cuando se ordena despertar a la tropa a la voz, unos a otros, sin tocar cornetas y recomendando silencio.

Se forman las compañías y se pasa lista en voz baja.

Los capitanes vuelven de dar cuenta y ordenan silencio absoluto y pena de la vida al que encendiera fósforos.

A la voz, no a corneta como era costumbre, se ordena marcha.

Los fuegos del rancho quedaban encendidos y se dejó en el campamento la banda de músicos.

De los otros regimientos que formaban la división nada sabíamos.

Unos decían que se iba a intentar tomar la plaza, otros que sólo era un simulacro, pero esto dicho muy bajo y sólo a los vecinos.

Después de algunas cuadras de avance se ordena desplegar las compañías en guerrillas, de cerro a mar, correspondiéndole al primer batallón al lado del mar y al segundo el de tierra.

A mí me correspondió de guía izquierdo, es decir el punto más avanzado hacia tierra. La extrema derecha de las guerrillas pisaban en la playa la arena mojada por las olas.

La obscuridad era absoluta.

La marcha por la arena muy pesada.

---

Mi comandante Robles, llevando de la brida su caballo, marchaba cerca de mí. Hubo un momento que caminábamos casi al lado uno de otro.

“¿Tienes hambre?”, me dijo de improviso. No, mi comandante, le respondí, sorprendido porque me tuteaba y por la pregunta.

Guardó silencio y después de un momento me dice: “¿Tienes frío?” No, volví a decirle. “Te lo pregunto, me dijo, porque me han recomendado mucho que te cuide”. “Tu tía, (se refería a mi tía doña Tránsito Santos de Vergara, de la cual y de su esposo era viejo amigo), me escribió hace pocos días, volviendo a repetirme lo que cien veces me ha dicho de palabra y por escrito, que te cuide”. “Se imaginará,



agregó, que puedo tenerte como las tías chochas tienen a sus sobrinos regalones; y si sufres hambre o frío no sería raro que me culpara a mí"...

Yo le estoy muy agradecido, mi comandante, le repliqué, por sus atenciones y cuidados, y por mí lo sabe también mi tía.

"Cuando le escribas, refiérele la conversación que hemos tenido momentos antes del combate de Arica", me dijo, y guardó silencio.

La marcha se hacía más pesada momento a momento...

El comandante Robles, siempre cerca de mí, trataba de percibir la distancia que nos faltaba que recorrer, y en silencio marchamos varias cuadras más.

De pronto, me dijo: "¿Tienes miedo? La batalla creo que va a ser reñida". Le prometo, mi comandante, le respondí, que aunque lo tuviera me dominaría, para que nadie pueda decir que me he portado mal. "Bien, me agrada oírte, eres valiente"...

---

Marchamos otro trecho en silencio...

La aurora comenzaba a despuntar...

Los dos fuertes que debíamos atacar se divisaban al frente imponentes por su tamaño.

Las guerrillas del Lautaro se extendían de cerro a mar en perfecto despliegue, y en cuatro escalones, distantes unos de otros de 60 a 100 metros.

Primero uno, y después otro, dos ayudantes del cuerpo vinieron a pedirle órdenes, o a comunicarle algo al comandante.

"Que se acelere la marcha lo más posible, pero sin perder la formación y procurando no ser vistos y

estar alertas para el asalto", oí que decía a uno de los ayudantes.

Nos acercamos como hasta 200 metros de los fuertes, en profundo silencio...

El primer escalón, eran cuatro y yo iba en el segundo, ya debía estar a la distancia ordenada para emprender el asalto. Los demás a retaguardia y el mío, acelerábamos la marcha; y se nos decía por los oficiales que de un momento a otro recibiríamos la orden de asaltar los fuertes por sorpresa...

---

La claridad del alba ya permitía ver a regular distancia y divisamos fogonazos de rifles en el Morro...

Se ordena acelerar aún más la marcha y comenzamos a trotar...

Un estampido horrible, como de mil cañones de grueso calibre disparados al unísono, seguido segundos después por otro tan fuerte como el primero; y un movimiento de tierra, a manera de fortísimo terremoto, nos deja como sordos y derriba por tierra a todo el regimiento. Al mismo tiempo vimos como unos altos cerros al frente de nosotros.

Mi comandante Robles cayó como todos y su caballo salió disparado. Me levanté rápido y lo ayudé a levantarse.

Los dos fuertes habían hecho explosión por una enorme carga de dinamita colocada con ese objeto...

Pero los encargados de ejecutar la operación cumplieron mal la orden que tenían, de abandonar esos fuertes sólo momentos antes de ser asaltados; y de hacerlos estallar cuando ya estuviéramos en ellos, a fin de terminar con todos los asaltantes de una vez...



La precipitación para huir hizo que erraran el golpe por uno o dos minutos.

No fué que se retrasara el Lautaro, nó, fueron ellos los que se adelantaron impulsados por el miedo...

---

Repuestos de la sorpresa tras cortos minutos, continuamos la marcha en dirección a Arica.

Los enormes hoyos que quedaron donde habían estado los fuertes que debíamos tomar y que, indudablemente, habríamos tomado, nos obstruían el camino y hubo que flanquearlos.

Pudimos comprender entonces la muerte que habríamos tenido si tardan segundos más en hacerlos estallar. Rieles retorcidos como viruta y cañones trozados como si fueran de cartón, estaban diseminados; y el hoyo que quedó era de diámetro y profundidad colosal.

A partir de ese momento, el avance hacia Arica se prosiguió con mucha cautela, pues todo el campo estaba sembrado de bombas que estallaban al pisarlas.

La indignación que en la tropa producían los métodos que empleaban los peruanos, tan contrarios al modo de ser chileno, que ataca de frente y a cara descubierta, era muy grande.

Mientras tanto, el fragor del combate en los otros fuertes llegaba hasta nosotros, y apresurábamos la marcha lo más que podíamos a fin de tomar parte más activa en el asalto a la plaza.

No lo conseguimos...

A poco divisábamos la bandera chilena flameando en el Morro.

La plaza estaba tomada.

---

El Manco Capac, buque de acero considerado como una potente fortaleza flotante, que estaba cerca de la playa por donde el Lautaro marchaba, nos hizo varios disparos, y cuando vió que la bandera chilena flameaba en el Morro, sus tripulantes le abrieron las válvulas, se embarcaron en los botes, y se alejaron de él a presenciar sin riesgo alguno, cómo se hundía en el océano.

La baladronada del comandante del Manco Capac de disparar con las enormes balas redondas de su artillería, a un regimiento desplegado en guerrillas que debía suponer no podría hacernos daño, es comentada irónicamente por el comandante Robles en el parte que pasó sobre la actuación del regimiento de su mando en la forma siguiente:

“El Manco nos hizo cuatro disparos con su más gruesa artillería, como lo hubiera ejecutado para echar a pique a un formidable blindado, pero no rompió una astilla siquiera del blindaje del Lautaro”.

Momentos después nos abrazábamos en las calles de Arica con los del 4.º, que habían tomado el Morro, con los del 3.º, que tomaron el Ciudadela y otros; y con los del Buin y Bulnes, que habían servido de reserva al 3.º y 4.º

---

Los dos muertos y seis heridos que mi regimiento tuvo en la acción, lo fueron por efecto de los fierros lanzados por la explosión de los fuertes, y por las bombas diseminadas en el campo por donde marchamos.

Tal fué lo que yo ví y como actué en el “Asalto y Toma de Arica”, cuyo episodio principal lo constituye el asalto al Morro, efectuado por el 4.º de línea.

---




Los peruanos han propalado la especie de que fusilamos a los prisioneros. No es verdad.

La tropa estaba indignada por las bombas de que habían sembrado el campo, máxime cuando se supo que los fuertes estallados lo habían sido desde la ambulancia peruana; lo que significaba procurar aniquilarnos sin correr riesgo; y habrían concluido con todos si los jefes y oficiales no lo impiden; pero lo impidieron; y prueba lo que asevero los 118 oficiales prisioneros y como 600 de tropa.

En la tarde de ese día, al pasar por frente a una casa, dos oficiales de mi cuerpo que estaban sentados a la puerta me llaman e invitan a pasar en ella la noche, acompañándolos.

Dentro de la casa habían doce a quince oficiales peruanos prisioneros, y varios oficiales hacían en ella guardia para custodiarlos alternándose para hacer de centinelas, y cuando algunos soldados querían entrar, los oficiales lo impedían, diciéndoles que en esa casa ellos alojaban. Y durante la tarde y noche varias veces me mandaron a tranquilizar a los oficiales prisioneros.

---



## CAPÍTULO XIII.

### T A C N A

Al día siguiente del asalto y toma de Arica, poco después de la diana y todavía sin desayunar, se nos dió orden de marcha.

Con la pesada tarea del día anterior y la mala noche, la tropa estaba todavía fatigada; y la marcha hasta el campamento de Chacalluta, aunque corta, cansó bastante.

Ahí tomamos dos o tres trenes que nos esperaban, en el que también se embarcaron los enseres del regimiento y útiles de rancho; y retornamos a Tacna.

Salimos de Arica casi sin conocerla.

Durante la marcha a Chacalluta, y en el tren, se comió lo que cada cual tenía; pero no se pasó hambre porque en Arica casi todos pudieron proveerse de algunos comestibles, tomándolos de varios almacenes de provisiones que se requisaron.

Yo recibí varios obsequios de galletas, sardinas, ostras, conservas y variados comestibles.

En Tacna acampamos esa noche; y al día siguiente después de diana y rancho, emprendimos marcha destinados a Pachía, distante como cinco o seis leguas de Tacna, sobre el camino a Bolivia. En Pocolay, donde acampaban otros regimientos, almorzamos; y en Calama, donde habían otros, comimos,



pasamos la noche y desayunamos al día siguiente, y, en seguida, emprendimos marcha a Pachía. donde se organizó el campamento.

---

El comandante Robles ocupó una casita de tres piezas comunicadas, teniendo puerta a la calle sólo una, y las otras ventanas al campo, con barrotes de fierro.

El mueblaje de la primera pieza constaba de una mesa y varias sillas de paja, y ahí estaba la mayoría del cuerpo; la segunda era su dormitorio, y sólo había en ella su catre de campaña, una o dos sillas de paja y un cajón que hacía de lavatorio; y en la tercera dormía su asistente y estaba su silla de montar, una maleta y pequeños cachivaches.

Cuando comenzaba a animarse el campamento, el comandante Robles me hace llamar y me dice que va a ocuparme en algunos trabajos de escritorio, y para que a ellos les prestara toda atención me ordenó llevar mi equipo al cuarto donde dormía el asistente, para que allí durmiera yo también.

No le repliqué, pero obedecí de muy mala gana tan desagradable orden. Al toque de silencio debía estar en la pieza, y el comandante venía a ser como centinela de vista apostado en la pieza por donde necesariamente debía pasar si quería salir. Le tomé mala voluntad, no obstante las demostraciones de afecto que me había hecho cuando marchábamos al asalto de Arica; pero después le he agradecido lo que entonces hizo. ¡Sabe Dios de cuántos peligros me libró! . . .

Salvo ese desagrado, los días se deslizaban felices para mí. Los largos ejercicios no me fatigaban; a

las guardias les encontraba atractivos que me alegraban; y el tratamiento de "mi sargento" me enorgullecía.

Los días se me hacían cortos y las noches más cortas aún, y siempre despertaba con sueño.

---

Por esos días ocurrió un acontecimiento que apenó mucho a todo el personal del regimiento.

El capitán don Bernabé Chacón, el teniente don Ramón Luis Alvarez, el subteniente don Clodomiro Hurtado y el doctor señor Pedraza salieron a cazar por las inmediaciones de Pachía, llegando hasta un lugarejo cuyo nombre no recuerdo. Para descansar un rato y darlo a sus cabalgaduras, desmontaron, aflojaron las cinchas a los caballos y los dejaron pastar.

De improviso fueron rodeados y tomados prisioneros por un destacamento enemigo que por ahí merodeaba, con excepción del doctor Pedraza, que alcanzó a escapar, por haber tenido la precaución de mantener listo su caballo y tomado de las riendas.

Llegó al campamento a la carrera y sin kepí, y dió la fatal noticia.

Inmediatamente salió caballería en persecución de los enemigos pero no los alcanzaron.

---

A mediados de Julio se decía que una columna enemiga estaba en Tarata y que era avanzada de un ejército boliviano que tenía intenciones de atacarnos.

Se ordenó alistarse al segundo batallón de mi regimiento; y con caballería y artillería de no recuerdo qué cuerpo, ni cuántos fueran; y todos, al mando del coronel Barboza, emprendimos marcha al interior, en dirección a Tarata.



Pasamos por las aldeas de Caliente, que tenía unos baños termales, Yarapalca, Palla-gua, Turacachi y Estique, en todas las cuales acampamos uno o dos días. El camino era muy escarpado y angosto y siempre de subida.

Hacía mucho frío en las noches y teníamos que dormir vestidos y al aire libre, sólo cubiertos con nuestras frazadas y capotes.

Después de cinco o seis días de marcha llegamos a las inmediaciones de Tarata el 21 de Julio.

Las avanzadas anunciaron que había tropas enemigas, y se ordenó despliegue en guerrillas y avanzar para tomar la ciudad.

El enemigo opuso resistencia por cerca de una hora, pero lo rodeamos y tuvieron que rendirse los que no huyeron. Tomamos varios prisioneros, entre otros al jefe, coronel Prado, hijo del Presidente del Perú, el cual dió palabra de honor de no tomar más las armas durante la guerra, palabra que no cumplió.

Por nuestra parte tuvimos cuatro o seis muertos y algunos heridos.

Me doy la satisfacción de hacer notar que el Lautaro fué el único cuerpo que se encontró en las tres acciones de guerra libradas en las provincias cuya nacionalidad todavía está pendiente.

Se ordenó también un avance sobre Ticaco, donde había tropas, que dispersamos, haciéndole algunas bajas.

Limpia de enemigos armados toda la región, regresamos a Pachía, con más facilidad por marchar de bajada; y sin más molestias que el frío en la noche y de carecer de ropa interior para mudarnos.

---

A poco salir de Tarata noté una molestia en el dedo índice de la mano izquierda, a que no dí importancia al principio creyendo que pronto pasaría.

Pero no fué así y al llegar a Pachía no podía mover el brazo. El cirujano del cuerpo diagnosticó un panadizo y recetó algo para disolverlo. Como no se disolvía y el dolor era muy grande, el practicante dijo al doctor que él creía que lo que tenía era un "pique". Se llama así un pequeño bicho parecido a una pulga, que se introduce entre las uñas y hace ahí sus crías. Me zajaron y efectivamente encontraron el bicho, con una enormidad de huevecillos, envueltos en una especie de bolsa. El maligno insecto me había carcomido hasta el hueso y por esa causa me falta media falange de ese dedo.

Varios soldados fueron también víctimas de "piques".

---

Un día en que por estar con mucha pereza dí no sé qué disculpa para no salir al ejercicio de la mañana, la aproveché en adelantar un sueño por si se ofrecía una trasnochada. Todo buen militar, se decía entonces, debe tener varias comidas y sueños adelantados ¡por si acaso!...

Cuando las compañías regresaron de ejercicios yo me encontraba profundamente dormido, y fuí despertado por una alegre diana y gritos de vivas.

Me incorporo sorprendido y oigo que se viva al subteniente Benavides.

Creyendo fuera a mi hermano me levanto apresuradamente para imponerme de la causa.

¡Los vivas eran a mí!...



Se acababa de dar lectura a la orden del día en que se me daba a reconocer, "de orden del Supremo Gobierno", como subteniente...

Mi alegría puede colegirse, sabiendo que yo no esperaba ascenso ni a sargento primero.

En un instante los oficiales que vinieron a saludarme me transformaron. Unos me regalaban espada, otros tiros, y otros pantalones, y dorman, y hasta zapatos y ropa interior.

Aunque dicen los que lo saben que la mujer goza mucho con el traje de novia, yo creo que ninguna ha gozado lo que yo cuando me ví con la sencilla presilla de galón de oro en el hombro izquierdo y con mi kepí con un angostito galón de oro, insignias entonces de los subtenientes.

Cuando el coronel Barboza me hizo llamar momentos después para felicitarme, a él me presenté luciendo mi nuevo uniforme.

"Lo he llamado, me dijo, para felicitarlo por su ascenso, obsequiarle esta espada, y me pasó una, y darle una explicación. Su ascenso a subteniente sin pasar por sargento primero, lo ordenó el general en jefe por su comportamiento en la batalla de Tacna, y debía habersele dado a reconocer inmediatamente; pero el comandante Robles entendió mal la orden y mandó su propuesta a Santiago". Y poniendo su mano en mi hombro, agregó: "si no está invitado a almorzar yo lo invito"...

Titubeando por la emoción le manifesté mi agradecimiento y me excusé de aceptar la invitación por haber aceptado la de los oficiales de mi nueva compañía, la 3.<sup>a</sup> del 2.<sup>o</sup> que quería tanto, pues en ella había sido soldado y cabo.

Al llegar a la pieza de los oficiales se me presenta el soldado aquel que me servía de asistente voluntario cuando yo era soldado y cabo, que me auguraba sería subteniente, y que desde entonces me pedía lo nombrara mi asistente; y con semblante resplandeciente de alegría, cuadrado militarmente y con la mano en el kepí, en actitud de saludo, me dice: "¿Tiene algo que mandar a su asistente, mi subteniente? Ya he traído su equipo a la compañía".

Sólo un fuerte abrazo fué mi respuesta.

Y antes de pasar a almorzar fuí a abrazar a las clases, mis primeros amigos en el regimiento.

Sólo una idea me impidió ese día ser el mortal más feliz de la creación: que mis padres, y en especial mis hermanos menores y mis ex-condiscípulos, no me vieran.

Pero me propuse satisfacer en parte ese deseo haciéndome retratar.

---

Tres o cuatro días después de ascender a subteniente me correspondió la guardia de prevención.

Cuando de ella me recibí estaba arrestado un subteniente que tenía fama de violento, pero que era muy querido de todos por lo franco, jovial, valiente y otras buenas cualidades que tenía. Nuestras familias eran amigas desde hacía varias generaciones y nos conocíamos desde niños, aunque sin ser amigos íntimos, por ser él cuatro o cinco años mayor que yo.

Después de retreta comenzó a vestirse con cuidadoso esmero. Yo lo miraba alarmado, temiendo quisiera hacer una escapada. Efectivamente, poco después del toque de silencio tomó su espada y kepí y se disponía a salir.



—¿Qué intentas?, le dije. Parece que te olvidas que estás arrestado.

Entre serio y risueño me replicó que se conocía que yo era un oficial recluta, pues los antiguos cuando hacían guardia protegían las escapadas de sus compañeros arrestados.

Yo sabía que no decía verdad, y que si ello ocurría era rara vez, y en todo caso, conviniéndolo previamente y por causas que ambos consideraran justificadas, lo que entonces no pasaba; y resueltamente le dije que no salía.

“Cartucho de m... me dijo airado, tú no me impedirás que salga”, y se dirigió a la puerta.

Como yo le cerrara el paso sacó su espada e intentó atropellarme.

Yo saqué también la mía y se cruzaron nuestras espada y tirábamos y barajábamos golpes.

Unos momentos pasamos en tal guisa, pero comprendiendo que si así seguíamos una gran desgracia podía pasar, con súbita resolución tiré lejos mi espada y de un salto me le acerco y con mi brazo derecho lo abrazo, con el izquierdo tomé su espada por la hoja y haciendo un esfuerzo lo empujé y caímos los dos al suelo abrazados.

El tirón que dió para usar su espada me rebanó uno de los dedos de la mano izquierda, que comenzó a verter abundante sangre.

Acudió el sargento de guardia y el capitán de cuartel, que ordenó ponerle centinela de vista, y el practicante, que me hizo una curación.

Algunos oficiales impuestos del incidente auguraban un fuerte castigo para mi contendor.

Yo quedé con mucha pena, pues lo quería, no deseaba que lo castigaran y temía que los compañeros me censuraran.

Cuando el capitán del cuartel llegó a la mañana siguiente a presidir la lista de diana y se disponía a redactar el parte a la mayoría, dando cuenta del incidente, yo le rogué que no lo hiciera; e insté a los oficiales de semana para que unieran sus ruegos a los míos. Los compañeros accedieron, pero antes fueron donde el culpable a pedirle que me diera explicaciones.

Con la arrogancia que en todos sus actos demostraba y risueño semblante, se me acerca y dice: "No creí que fueras tan cumplidor "cartuchito"; no tenía intención de ofenderte, creí que te iba a imponer con mi audaz desfachatez; discúlpame."

Con todo gusto lo hice y nos dimos un abrazo.

El capitán de cuartel accedió al ruego que todos le hicimos de no pasar parte del incidente, y no se habló más de ello.

---

Voy a consignar como un agradable recuerdo la llegada al campamento del Regimiento Curicó.

Se ordenó tener rancho preparado para la tropa; muchos soldados salieron a encontrar a sus colegas a un kilómetro o más, llevándoles agua y cocaví, y varios oficiales también fueron a saludar e invitar a nuestro rancho a los oficiales curicanos.

Por uno o dos días en las ramadas o pequeñas piezas de los oficiales del Lautaro habían también del Curicó, fraternizando muchos hasta hacerse verdaderos amigos.

Entonces trabé amistad con un capitán, y después de la guerra me pasó con él algo curioso.

Siempre que nos veíamos nos saludábamos con afabilidad y hacíamos recuerdos de la campaña, pero yo no recordaba su nombre y no me atrevía a



preguntárselo; y estaba impuesto por la prensa, que había un diputado que descollaba entre sus colegas, al que no conocía personalmente.

Sólo poco antes del 91, en casa de una familia amiga, vine a saber que mi amigo el ex-capitán y el diputado a que me he referido, era una misma persona: don Anselmo Blanlot Holley.

---

Al siguiente o subsiguiente día de mi ascenso había conseguido de mi comandante Robles permiso para ir a Tacna a retratarme el día de mi cumpleaños. Era anhelo vivísimo que tenía para enviar a mi familia y amigos mi fotografía con uniforme de subteniente. Pero cuando fuí a anunciarle que quería hacer uso de la licencia se hizo el olvidadizo y sólo después de decirle que ya había escrito a casa, prometiendo mandar mi retrato consintió en que fuera a Tacna por sólo un día. "Sale el 27 temprano, me dijo, se retrata y pasea por la ciudad todo el día; en la noche aloja en la ambulancia, y para que pueda hacerlo sin dificultad le lleva al director una carta mía; y al amanecer del 28 regresa para almorzar con su hermano y amigos. Yo también quiero saludarlo ese día."

Descontento por lo corto del permiso, pero resuelto a aprovechar bien el tiempo para conocer Tacna y pasear bastante, salí de Pachía, caballero en buen caballo, al amanecer del 27 de Agosto.

Al llegar a Tacna me dirigí a la ambulancia, donde dejé mi caballo y entregué al director la carta del comandante Robles; después fuí a retratarme y, en seguida, a corretear por calles y plazas.

Al llegar la noche me recogí a la ambulancia, donde comí y pasé la noche, en una camilla que me proporcionó el doctor amigo del comandante Robles.

Como en la ambulancia donde alojé había dejado mi caballo, me fué fácil prepararme temprano para regresar a Pachía, a donde debía llegar a la hora del almuerzo.

Después de un substancioso desayuno, monté a caballo y salí de Tacna al amanecer a trote largo.

Cuando había recorrido algunas cuadras divisé un grupo de oficiales a caballo, que marchaba delante de mí y en la misma dirección que yo, pero al paso. Al acercarme más noté que era el general Baquedano, cuatro o seis ayudantes y algunos ordenanzas.

El encuentro me contrarió, pues si no podía pasarlo retardaría mi marcha, y no llegaría a tiempo al campamento.

La impaciencia me dominaba, y aprovechando que el camino en cierto punto se desviaba de la recta, me interné al galope por un desecho, tomando nuevamente el camino más adelante de donde iba el general y su comitiva.

Momentos después me alcanzó uno de los ayudantes y ordenó ir donde el general, que estaba enojado, según me dijo, porque le echaba tierra.

¡Lo iba a ver de cerca y hablar con él por vez primera!...

—¿De qué regimiento?, me interroga cuando estuve en su presencia.

Llevando la mano al kepí en actitud de saludo, le respondí: "Del Lautaro, con permiso en Tacna, voy de regreso, y temeroso de llegar tarde pasé ade-



lante de mi general para poder galopar y llegar a tiempo". Dí esa larga respuesta, que fuí preparando mientras a él me acercaba, porque había oído decir que le gustaba hablar poco, y con ella le evitaba hacerme otras preguntas

Me miró un momento fijamente, y luego me dijo: "Cuando el general, general, o cualquier superior, superior, va por un camino, camino, el subteniente no galopa, galopa, echándole tierra, tierra".

Sin replicarle lo saludé nuevamente y me retiré donde los ayudantes, todos ellos jefes y capitanes.

Uno acercó su caballo al mío y en entretenida conversación y a lento paso llegamos a Pocollay.

¡Nunca más hablé con el general!...

¡Cómo me gustaría ver su estatua en la Alameda!

El general se dirigía a ese campamento a revistar las tropas ahí acantonadas.

---

Continué mi marcha al galope y troté largo para llegar a Pachía a buena hora, como pude hacerlo, afortunadamente, sin otro percance.

Mi hermano y compañeros me esperaban con un sencillo, pero substancioso almuerzo, que resultó muy alegre porque al final concurrieron casi todos los oficiales, y con él celebré los 16 años que cumplía ese día, 28 de Agosto de 1880.

¡Ya llevaba más de un año de vacaciones!...

Pachía es una aldea edificada a ambos lados del camino Tacna-Tarata-Bolivia, con casitas de muy modesta edificación, varias de las cuales se requisaron para habitación de los jefes y de algunos oficiales. Para el alojamiento de la tropa se hicieron grandes ramadas.



AL CUMPLIR 16 AÑOS

Acampaba en Pachía el 3.º de línea, el Lautaro y el Curicó.

El rancho para la tropa era abundante y bien preparado, y a los oficiales se les daba su ración en



crudo. Ordinariamente se juntaban los oficiales de cada compañía para que se les cocinara en común, haciendo de cocinero alguno de los asistentes.

Se había permitido a varios civiles chilenos que comerciaran con las tropas, vendiéndoles comestibles, tabaco y los variados artículos que en ese tiempo vendían los buhoneros llamados "faltés"; y en el campamento se habían establecido varios. Les estaba prohibido vender licor, pero infringían la orden y algunos descaradamente.

También habían llegado varias camaradas; y como tales se habían agregado algunas peruanas, que eran muy bien recibidas por la tropa y hasta por los oficiales, con gran escándalo e indignación de las chilenas.

Una compañía de circo hacía frecuentes jiras al campamento, y cuando se ausentaba era para funcionar en los campamentos vecinos de Pocollay, Calama, etc.

En casi todos los cuerpos se habían organizado compañías de títeres por algunos soldados y clases aficionados, y creo que hasta algunos profesionales, y todas las tardes funcionaban. Entre los concurrentes solía haber algunos oficiales y hasta jefes. Eran funciones que divertían mucho a la tropa, especialmente cuando los muñecos caracterizaban a algún jefe u oficial. Recuerdo que en una de ellas se remedó al comandante Robles en cierta incidencia que había pasado uno de esos días. Estaba el comandante sentado en la puerta de su casita y fué un soldado a pedirle cinco pesos a cuenta de sus haberes. Consintió y le dijo que hiciera el recibo a caja para ponerle su visto bueno. Fué otro, y después varios más, y a todos les decía bueno. Corrió la voz de lo

que pasaba y se formó una larga fila de los que querían “echar un recibo a caja”. El comandante comprendiendo tal vez, que a todos no los podría complacer, escupe en una piedra y dice: “Pondré visto bueno a los recibos hasta que se seque el escupo” y entre firma y firma socarronamente miraba la fila de soldados y el escupo, demorándose en firmar cada recibo, según el titiritero, más que en escribir la relación de una batalla.

En otra ocasión uno de los muñecos imitó al oficial encargado del rancho, y otros al sargento y soldados rancheros, representando escenas muy celebradas.

Algunos preferían divertirse oyendo contar cuentos, teniendo algunos soldados excelentes disposiciones para contarlos y variadísimo repertorio.

A poco de llegar a Pachía los soldados acordaron ascender a “Lautaro” a cabo, por su comportamiento en la batalla de Tacna, y un día se le dió a reconocer y se le colocó la jineta en la pata derecha delantera. Con ese motivo se pasó una hora de gran alegría.

Los Domingos y fiestas se decía misa de campaña y a ellas asistían todos, de jefes a soldados; si no con devoción, con respeto y recogimiento.

Había pocos enfermos y reinaba alegría.

---

Tal era el estado del campamento al aproximarse el 18 de Septiembre, que ese año se celebró con variados entretenimientos.

Al salir el sol se tocó diana por las bandas, y la Canción Nacional al izarse la bandera, y se asistió a una misa de campaña.



El rancho de la tropa fué preparado especialmente figurando asados y empanadas.

Los oficiales, uniendo varias "carretas" improvisaron varios pequeños banquetes en los que se pronunciaron muchos brindis por la lejana patria y se recordaron a los parientes y amigos. Algunos se alegraron un tanto más de lo conveniente y uno que otro pasaron de la alegría al llanto, y cobraban sentimientos a sus más amigos...

En la tarde hubieron divertidísimas funciones de títeres y de acróbatas; y se bailaron animadas cuecas, haciendo de mujer algunos soldados.

Yo me divertí mucho, pero lo confieso, menos que cuando era sargento, cabo o soldado. Las exigencias y responsabilidades del rango me entraban.

---

Sin alternativas de importancia pasó Septiembre, Octubre y parte de Noviembre.

A partir desde el 18 de Septiembre el trabajo aumentó, preparándonos para la campaña a Lima.

Al ejército se dió otra organización.

Se formaron tres divisiones, con dos brigadas cada una. Al Lautaro, con el 3.º de línea y Curicó se les destinó a formar la 2.ª brigada de la 2.ª división, cuyo mando se confió al coronel Barboza, dejando el del Lautaro. Al comandante Robles se le dió la efectividad de teniente coronel y el comando del regimiento; se ascendió a teniente coronel 2.º jefe al mayor Carvalho Orrego y se nombró 3.er jefe al mayor señor Exequiel Villarreal

Un día por semana, en la mañana, había ejercicio por batallón, otro por regimiento y otro por brigada, y las demás mañanas y todas las tardes, por

compañías. En los ejercicios de guerrillas el Lautaro sobresalía, y así lo reconocían los jefes y oficiales de otros cuerpos.

Aunque yo era oficial de compañía, cuando el coronel Barboza mandaba los ejercicios del regimiento me hacía su ayudante, con grande contento mío, ¡si la meta de mis aspiraciones era capitán-ayudante! Pero no imaginé nunca que mandando la brigada pudiera acordarse de mí y darme ese placer. Quedé, pues, muy agradablemente sorprendido, cuando en el primer ejercicio de la brigada me hizo una vez más su ayudante. Parece que le agradaba verme colocar guías, yendo a la carrera de unos a otros. Al terminar ese ejercicio, viéndome excesivamente cansado, me prometió que para otro me proporcionaría caballo. Efectivamente, en el de la semana siguiente le serví de ayudante a caballo. ¡Yo reventaba de satisfacción!...

¡Ah! cómo habría gozado si mis ex-condiscípulos y hermanos menores me hubieran visto!...

---

En algunas tardes se reemplazaban los ejercicios por academias de oficiales y repaso de ordenanza a la tropa.

Por los efectos, yo creo que las academias de oficiales, especialmente sobre ordenanza militar, no se han hecho después como las que entonces en plena campaña se hacían.

Se nos señalaba de lección varios artículos, y en la reunión siguiente debíamos darlos. Muchos, yo entre ellos, los recitábamos de memoria y a la letra, pero no se reputaba falta no saberlos en esa forma, bastaba haberlos comprendido.



Cada artículo era desmenuzado, comentándolo. Las órdenes generales para oficiales eran especialmente estudiadas y comentadas. El artículo que voy a insertar, por el solo recuerdo que de él conservo, era materia de largas consideraciones, a fin de que los oficiales nos penetráramos bien de la importancia que tenía su observancia. Es a saber: "Las murmuraciones de que se altera el orden de los ascensos, que es corto el sueldo, poco el pre o el pan, malo el vestuario, muchas las fatigas, incómodos los cuarteles y otras que indisponen los ánimos, sin proporcionar ventaja alguna a los que compadecen, serán severamente castigadas. Se encarga muy especialmente a los jefes que vigilen, contengan y castiguen con severidad conversaciones tan perjudiciales".

Entonces ¡ay del que lo infringiera!...

A cualquiera otra falta se le podía encontrar atenuante, las contra este artículo no lo tenían.


El severo castigo caía sobre el culpable inexorablemente.

---

A mediados de Diciembre ya no se hablaba en el campamento sino de la próxima campaña a Lima.

---

---



---

CAPÍTULO XIV.

A B O R D O, R U M B O A L I M A

A mediados de Diciembre emprendimos marcha a Tacna y poco después a Arica por ferrocarril; y en este puerto nos embarcamos para expedicionar sobre Lima.

El regimiento constaba, como todos, de dos batallones de cuatro compañías, con ciento cincuenta hombres de tropa y 5 oficiales cada una; o sea, 1,200 hombres, 50 entre oficiales ayudantes y jefes, y 30 a 40 músicos. La dotación estaba casi completa, pues las bajas que había tenido desde su salida de Valparaíso fueron llenadas con los Cazadores del Desierto, batallón que se disolvió poco después de la batalla de Tacna.

El regimiento se embarcó en un buque a la vela llamado "Mateo Murzi". No tengo el dato sobre su tonelaje, pero por mis recuerdos puedo asegurar que era muy pequeño, y jamás olvidaré que cuando me correspondió saltar a bordo ya no había donde parar, no digo embarcar para ir con un minimum de comodidades, ni tampoco para acostarse; no, digo para parar a bordo a un hombre más; y todavía quedaban varias lanchas llenas de tropa con sus oficiales que también se embarcaron, es decir, que se encajaron en el barco a modo de cuñas.



En la cámara del capitán, que quedaba en popa y que era como de 6 a 7 por 5 a 6 metros, se instalaron los jefes y ayudantes, y a ella debían ir los oficiales a comer, unos en pos de otros, por no haber sino diez o doce y no todos sentados.

El techo de la cámara sobresalía de la cubierta poco más de un metro, con ventanas por tres de sus costados para recibir luz y aire; y el otro con dos empinadas escalas y la puerta de la cámara. Sobre ese techo debieron acomodarse todos los oficiales del regimiento. Y aseguro que no se infringió por ninguno el artículo de la ordenanza que prohíbe murmurar de lo incómodo de los alojamientos...

Y recuerdo que sonreían y hasta que se hacían bromas unos a otros...

Yo tenía un colchón del largo ordinario, como de 60 centímetros de ancho y cinco de grueso. Mi madre así lo hizo a fin de que pudieran tolerarlo por el poco volumen que enrollado tenía. A bordo del "Mateo Murzi" seis u ocho oficiales lo aprovechábamos a la vez, para que las caderas posaran en algo blando, y cuando alguno ya muy cansado quería darse vuelta, despertaba a los compañeros de cama para hacerlo todos a la vez.

En el trecho que quedaba en cubierta, a ambos lados de la parte de cámara que sobresalía de ella, se instaló la banda de músicos y los asistentes. ¡Imagínese cómo estarían cien o más hombres en una superficie que no alcanzaba a cincuenta metros cuadrados!... ¡Y afirmó que eran los mejores colocados de los que en el barco iban...!

La tropa de las compañías ocupaba la cubierta, la bodega, los botes, hasta algunas partes de las jar-

cias, todo espacio donde se pudiera parar o sentar un hombre.

Los que alojaban en la bodega tenían que sacarse los dormanes, y muchos la camisa y pantalones, porque el calor era insoportable; y, ¡sorpréndanse! nadie murmuraba, y muchos cantaban y reían de las bromas que se hacían...

Para dormir, para reposar algunas horas, había que turnarse. ¡No había espacio para hacerlo todos a la vez!...

¡Ah! ¡La generación actual no concibe el temple de alma de los guerreros de entonces!...

Creo que entre todos los embutidos en ese barco sólo había uno que no sufría: era yo; y al revés, experimentaba extraño placer viendo el animado medio en que actuaba y sentía inmensa gratitud, amor y veneración hacia todos, por las delicadas atenciones que me prodigaban...

Además, yo creía entonces que en una guerra las cosas debían pasar así necesaria e indispensablemente. Pero después he comprendido que pudieron atenuarse un tanto los sufrimientos que se experimentaron; y al darme cuenta de que no se hizo, he aquilatado la magnitud de los horribles sufrimientos que sin ser obligados, sin murmurar y haciendo derroche de buen humor, pasaron los guerreros del 79-84.

---

Antes de embarcarnos se dió orden estricta de no permitir a ninguna "camarada" a bordo, y se recomendó mucha vigilancia para que no fuera infringida. No obstante, cuando se desembarcó aparecieron varias.



Yo fuí culpable de que una de ellas transgrediera la prohibición. Estando en los botes esperando turno para embarcarnos, veo que un soldado es izado desde el barco con un cable. Creí que no quería esperar por estar mareado e hice que no veía.

¡Era una mujer vestida de soldado!... Después lo supe.

A otra se descubrió por una intencionada exclamación de un soldado. Ya había conseguido embarcarse la abnegada y amorosa mujer, con su traje habitual y capote y kepi de soldado, y estaba acurrucada a la vera de su amigo, cuando se le ocurrió acomodarse mejor y estiró las piernas. ¡En mala hora lo hizo!...

“¡Cuidado con los materiales!” gritó un soldado.

La explosión de risa de los que la encubrían hizo que uno de los oficiales que por ahí pasaba notara su presencia, y aunque suplicaba llorando que la dejaran se la hizo desembarcar.

---

Yo quisiera tener el llamado estilo realista para describir esa navegación a fin de desempeñar satisfactoriamente el papel que me he impuesto de narrador, como testigo ocular de lo que entonces vieron mis ojos de niño. ¡Quería hacer revivir ante la actual generación los sacrificios, abnegaciones y heroísmos de la de entonces!...

No poseo ese don y seguiré describiendo escuetamente...

El espectáculo que presentaba la flota al hacerse a la mar era enorgullecedor...

Yo me creía un ser superior sólo por ser chileno...

Abría la marcha un blindado, seguían los transportes en dos o tres filas a distancias equidistantes,

después diez o doce buques de vela remolcados por pequeños vapores también en dos o tres filas, y cerrando y custodiando los flancos del convoy varios barcos de guerra. Un total de más de veinte naves. No podría decir las millas que ocupaba la hermosa flota que majestuosamente navegaba a poco andar.

Encaramado en uno de los palos yo la miraba emocionado...

Igual o poco menos de como venía... ¿cómo diré? ¿embarcado?... ¿alojado?... nó... De como venía estibado mi regimiento, iban los demás...

La navegación duró ocho o más días...

Por fin llegamos a Curayaco donde fondeamos, caleta que se nos dijo estaba cerca de Lima.

Era el 21 de Diciembre de 1880.

---



---

## CAPÍTULO XV.

### LURIN

De la caleta Curayaco, donde desembarcamos, nos fuimos a Lurín, fértil valle donde se había dispuesto acampara el ejército. A mi regimiento le correspondió armar el suyo, a pocas cuadras de las ruinas de un templo incásico denominado Pachacamac.

Se renovó la vida de campamento; y ella fué más animada aún que la de Pachía, por estar entonces concentrado todo el ejército, pero no más divertida. Sólo se tenía como entretenimiento, los cuentos que relataban algunos soldados y de vez en cuando títeres.

Los jefes y oficiales tenían aspecto más serio, y hasta las clases y soldados no se manifestaban con la ruidosa alegría de antes.

Como siempre, se hacían diarios ejercicios, pero no tan largos como antes, ni tan vigilados por los jefes. Casi siempre las compañías salían con sólo los oficiales. Los jefes y capitanes se preocupaban más de pasar revista de ropa, calzado y especialmente de armas y municiones.

A los pocos días de estar en Lurín, llegaron al campamento los oficiales que habían sido tomados prisioneros en Pachía. Fueron muy festejados.

Llevados desde Tacna hasta Tarma y Lima, recorrieron por el interior del Perú centenares de leguas; y habían sido canjeados por prisioneros peruanos, poco antes; efectuándose el canje a bordo de un buque inglés.

El subteniente Hurtado se incorporó a mi compañía y los demás a las suyas.

---

Un día tuve una agradable sorpresa. Un soldado me obsequió un caballo peruano que dijo haber encontrado suelto; y mi asistente se dió trazas para conseguirme una silla de montar, fea y vieja, pero que aún podía prestar servicios.

Al día siguiente tuve otra sorpresa, más agradable aún, si cabe, que la anterior. Mi asistente me presentó, a modo de onces, que en el campamento no se acostumbraba, huevos fritos en un plato de caramañola, y en los días siguientes más huevos y presas de gallina. Yo estaba alarmado y al interrogarlo no conseguí sacarle palabra: sonreía socarronamente, y por toda respuesta me decía: "pa qué quiere saberlo mi suteniente".

Muchos soldados se retiraban del campamento, en las horas francas a merodear por los alrededores, y algunos más de lo prudente; y en las granjas abandonadas solían encontrar provisiones que sus moradores habían dejado ocultas. Mi asistente con otro soldado habían tenido la suerte, que ordinariamente sólo acompaña a los audaces, de encontrar un gallinero semi subterráneo, muy bien disimulado con ramas, según me dijeron después.

---

El 25 de Diciembre le correspondió a mi regimiento el servicio de gran guardia. Avanzó como dos kiló-



metros hasta un punto denominado Manzano; y a mi compañía se la destacó más adelante de avanzada.

Al caer la tarde se me ordenó alistar 20 soldados, dos cabos y un sargento; y acompañados por el capitán-ayudante de semana, avanzamos cinco o seis cuadras más, y durante el camino me dió instrucciones sobre lo que debía hacer. Me informó que una caballería enemiga debía pasar por ahí, y que a fin de sorprenderla iba a colocar la tropa que estaba a mis órdenes, de manera de poder cumplir la misión que se me confiaba. Cuando la caballería enemiga se presentase debía dejarla pasar, para que el regimiento se encargara de batirla; y que cuando retrocedieran huyendo yo los atacase, les cortara la retirada y tomara prisioneros.

Al llegar a cierto paraje que supongo ya había reconocido, repitió a la tropa las instrucciones que me había dado, agregando que todos íbamos a quedar como centinelas apostados al frente del enemigo.

La ubicación del puesto avanzado que se me confiaba estaba en cierta parte donde el camino se estrechaba entre dos montículos, que quedaban a ambos lados formando un portezuelo.

Diez soldados, un cabo y el sargento fueron colocados a un lado del camino, y el resto y yo al otro lado. Dando cara a la parte por donde debía venir el enemigo la colocación del ala izquierda era: el sargento a la izquierda y hacia su derecha los diez soldados y el cabo, guardando una distancia entre unos y otros como de cuatro metros; y la del ala derecha, el cabo a la izquierda, los diez soldados a continuación y yo después. Al sargento se le proveyó de un montón de piedrecitas que debía tirar cada

cuarto de hora al soldado del lado y éste al siguiente hasta que llegara a mí. Se inventó ese ingenioso medio para reemplazar el grito o canto "centinela alerta", o el golpe en la cartuchera que entonces se acostumbraba para avisar que los centinelas vigilaban.

Cuando el ayudante nos dejó acurrucados a ambos lados del camino cerró la noche.

Las dos o tres primeras horas pasaron sin novedad ni grandes molestias.

Las piedrecitas llegaban a mi costado sin interrupción en la forma ordenada, lo que me demostraba que todos estaban despiertos y alertas.

Hacia la media noche los ojos se me cerraban de sueño. Me los restregaba, los mojaba con saliva, pero todo era inútil, el sueño me dominaba. Procuraba pensar en cosas espantables, y me forjaba situaciones horribles por haberme quedado dormido, pero no conseguí despabilarme. Las piedrecitas continuaban llegándome, y pensaba que los soldados cumplían mejor que yo su obligación, y me afeaba mi poca voluntad para dominarme, pero el martirio continuaba.

Verdaderamente afligido creyendo que me iba a dormir y que seguramente los soldados también se dormirían, pensaba que seríamos sorprendidos, y que a mí se me seguiría un consejo de guerra y que sería fusilado; y rezaba a la Virgen para que me ahuyentara el sueño, pero éste persistía...

Recordaba que cuando niño me causaba indignación que los apóstoles se hubieran dormido cuando acompañaban en el huerto a Nuestro Señor; y entonces los compadecía y les pedía que a mí me lo espantaran... y nada...



¡Me dormí!

¿A la una?... ¿a las dos?... ¡Quién sabe!...

Yo iba formando un montón con las piedrecitas que me llegaban, y cuando desperté conté nueve fuera del montoncito.

¡Había dormido más de dos horas!...

Hubiera querido brincar, correr o andar, pues estaba como agarrotado...

Me contenté con incorporarme un poco y hacer ejercicios gimnásticos con los brazos y cabeza; y poniéndome de espaldas con las piernas.

¡Cómo se hubieran reído mis compañeros si me ven en tan grotesca postura!

Llegó el alba y el enemigo no se presentó...

A poco se me dió orden de incorporarme a la compañía, y cuando lo efectué ésta se unió al regimiento.

Se nos dió café y nos retiramos al campamento de la brigada.

---

Al día siguiente le correspondió al Curicó hacer el servicio que había hecho el Lautaro el día antes, y al amanecer del 27 sorprendió y batió al regimiento de caballería peruana que se esperaba. El combate fué corto, pero reñido, pues al principio opuso el enemigo enérgica resistencia, creyendo sin duda que se encontraba con una pequeña avanzada; pero cuando se percataron que era un fuerte destacamento el que los había sorprendido, y que fué reforzado inmediatamente por un regimiento, se desbandó.

Mi regimiento alcanzó a llegar cuando el Curicó se batía, y momentos después el enemigo emprendió la fuga,

El segundo jefe del Curicó, comandante Olano, murió en este combate. El enemigo dejó quince a veinte muertos; y casi todos los demás fueron hechos prisioneros.

---

En los primeros días de Enero, mi regimiento, solo o acompañado de otros cuerpos, no lo recuerdo, hizo varios reconocimientos en diversas direcciones.

Uno muy importante se efectuó el día 8 por Ate, camino o lugarejo que conduce a Lima, por la parte opuesta al frente en que se decía atacaríamos.

No recuerdo por qué circunstancias yo no fuí, ni sé si me quedé solo, o si mi compañía no tomó parte en la expedición.

Sólo recuerdo que al caer la tarde el regimiento llegó cansadísimo y que contaba que se combatió varias horas, obligando a retirarse al enemigo, y que el coronel Barboza, que había dirigido el reconocimiento y combate, estaba muy contento.

Al enemigo se le hicieron muchas bajas, especialmente con sable, por un piquete de granaderos mandado por el alférez don Nicanor Vivanco, que con toda valentía cargó.

Por nuestra parte sólo tuvimos doce heridos, uno de los cuales murió.

---

Por fin, el 11 de Enero, se leyó una proclama del general Baquedano, que fué oída con emocionante silencio; y la orden del día, que disponía que la marcha para destruir el ejército peruano que nos cerraba el camino para entrar a Lima se efectuara al día siguiente.

Cuando llegó la hora de partir, que lo fué en las últimas horas de la tarde, mi asistente me presentó




mi caballo enjaezado con la vieja silla peruana que me había conseguido, teniendo a modo de petacas su morral y el mío, que divisé muy llenos, y lo llevó de las bridas mientras desfilábamos por el campamento, pasando por delante de muchos jefes y oficiales de Estado Mayor, que complacidos miraban la marcialidad de mi regimiento.

Al caer la tarde pasamos el río por un puente angosto, no por el ancho de fierro para transitar carretas que había algunas cuabras distante, y se dió orden de continuar la marcha a paso de camino.

¡Ibamos por fin al encuentro del enemigo...!

---



CAPÍTULO XVI.

BATALLA DE CHORRILLOS

Momentos después de pasar el puente Lurín, mi asistente me presentó el caballo y abriendo uno de los morrales me deja ver una parte de su contenido: ¡una gallina fiambre! . . .

La satisfacción que revelaba su cara al manifestarle la sorpresa y placer que sentía, me demostró que su afecto por mí era mayor que el que yo imaginaba.

Subí a caballo cuando el sol se ocultaba en el horizonte . . .

El campamento que habíamos dejado apenas se divisaba . . .

Entre nueve y diez de la noche se nos dió un descanso.

Mi asistente me insinuó invitar a algunos oficiales, pues por llevar dos gallinas podíamos comer una y dejar la otra de reserva para después de la batalla.

Los oficiales de la compañía disfrutamos una succulenta y substanciosa cena: gallina fiambre, huevos duros, tortillas de rescoldo y leche condensada de postre. Sólo faltó un poco de vino y café.

---

Reanudada la marcha volví a continuarla a caballo. A poco me vinieron tan grandes deseos de



dormir que varias veces casi me caí del caballo. Mi asistente, que marchaba al lado, me repetía con frecuencia. "Cuidado mi subteniente, no se duerma que puede caerse", y poco después "bájese mejor para que se le espante el sueño". Por favor le respondí, déjame cabecear un poco, me muero de sueño. "Déme las riendas, entonces", me replicó riendo. Y las tomó y llamó sin que yo lo notara a dos soldados para que me apuntalaran cuando me inclinaba mucho a uno u otro lado.

Así dormí una o dos horas...

En un cabeceo más pronunciado desperté, y no quise seguir más en tal guisa. Descabalgué y entregando a mi asistente el caballo me junté con otro oficial para seguir a pie.

Durante la marcha los soldados conversaban en voz baja...

De vez en cuando se daban cortos descansos y se ordenaban las filas.

Hubo uno bastante más largo que los otros y casi todos abrieron sus morrales y comieron algo.

Algunos se tendieron para dormir. Como yo había dormido sobre el caballo estaba despabilado y no los imité.

Fuí en cambio a visitar a otros oficiales y a mi hermano, abrazándonos enternecidos al despedirnos...

Se reanudó la marcha, que continué a pie; y por orden de los jefes los oficiales recomendábamos insistentemente mantener las filas en orden...

El camino por donde íbamos era estéril, pero no arenoso como el que recorrimos cuando marchamos sobre Tacna.

La obscuridad no nos permitía ver los alrededores.

Se conocía que luego comenzaría la aurora . . .

La marcha continuó silenciosa por una hora más, aproximadamente...

Clareaba el día y observé a mi regimiento. Semejaba una enorme serpiente deslizándose lentamente. No ví otros cuerpos ni me dí cuenta de cómo iría a desarrollarse la batalla que todos suponíamos comenzaría al amanecer.

---

El comandante Robles, que durante la marcha iba a la cabeza del regimiento retrocedió con un ayudante, ordenando sacar los tapones a los rifles y mantener las filas en ordenada formación..

Los estampidos de cañonazos de artillería comienzan, sintiéndolos por nuestra izquierda y lejanos.

Se ordena alto y columnas cerradas por compañías...

Se presenta ante el regimiento el coronel Barboza, caballero en un brioso caballo, seguido de algunos ayudantes..

Conferencia breves minutos con el comandante Robles y señalando con su espada unos cerros distantes como un kilómetro de donde estábamos, le dijo que debían ser tomados por el Lautaro y agregó con sonora voz dirigiéndose al regimiento: "Espero que el Lautaro se portará valiente como siempre"; y se alejó a trote largo, seguido de sus ayudantes.

Ahí se dejaron los rollos a cargo de la banda.

---

Se reunen con el comandante Robles los jefes y los capitanes...

El primer batallón, al mando del comandante Carvallo Orrego, desfila de frente cargándose a la



derecha, y momentos después se despliega en guerrillas...

Casi al mismo tiempo el segundo batallón, el mío, al mando del mayor Villarreal, avanzó de frente y a poco se desplegó también en guerrillas...

A mí me correspondió dirigir el ala izquierda de mi compañía.

Habíamos avanzado algunos centenares de metros ¿trescientos?... ¿quinientos?... no lo sé; cuando se tocó "fuego en avance"...

A partir de ese momento las filas perdieron la uniformidad y avanzamos en aparente desorden...

La obligación de los oficiales en una batalla consiste, como es sabido, en alentar a la tropa avanzar, a hacer bien las punterías y a procurar la ordenada cohesión en las filas, yo la cumplía lo mejor que podía no cesando de gritar: "¡Fuego niños!... ¡no hay que aflojar!... ¡Apunten bien!... Agáchense para no presentar mucho blanco"; y otras semejantes.

Del cerro que trepábamos nos hacían fuego vivísimo de artillería y fusilería, y una bandera peruana flameaba en él...

Se veía perfectamente que un valiente oficial peruano, sin esquivar su cuerpo a las balas, blandía su espada alentando a los suyos...

El cerro que atacábamos, no era afortunadamente muy alto ni escarpado, y el avance lo hacíamos con relativa facilidad...

Las guerrillas de las diferentes compañías se confundieron, pero se seguía repechando en relativo orden...

Yo admiraba la serenidad del oficial peruano que alentaba a su tropa; pero comprendiendo que si era derribado ellas se desmoralizarían, recomendaba a los soldados hacerle la puntería especialmente...

Y no cesaba de gritar “¡apunten bien, niños!... ¡lueguito llegaremos!... ¡no hay que aflojar!...”

Cuando faltaban como unos cincuenta metros para llegar a la trinchera, el valiente oficial peruano cayó; y comprendiendo que era llegado el momento de hacer el esfuerzo supremo grité: “¡Armar bayonetas y a la carga niños!...”

Con vigoroso ímpetu trepamos a la cima y traspusimos las trincheras...

El enemigo huyó en desorden dejando en el campo multitud de muertos y heridos, y dos cañones de artillería.

En esos momentos, y estando dando órdenes para continuar el fuego a los fugitivos defensores del cerro, se incorpora un tanto uno de los que yacían en el suelo, que estaba casi a mis pies, que yo creía cadáver, y con actitud que me pareció agresiva, me dirigió una mirada de odio o dolor, no lo sé, pero que nunca olvidaré!...

Un culatazo dado por un soldado antes de poderlo yo impedir lo derribó.

Los fugitivos defensores del cerro, bajaban en desorden por el lado contrario al por donde nosotros subimos, dirigiéndose a unos pastosos potreros que se divisaban en el plan.

Nosotros los seguimos haciendo fuego sin cesar.

Al llegar abajo nos fuimos reuniendo...

Como a unos treinta metros del pie del cerro donde nos encontrábamos pasaba una acequia. Casi todos fuimos a beber y volvíamos a comentar las incidencias de la batalla, esperando órdenes y que se reuniera mayor número.

Un subteniente del cuerpo llegó jadeante, y sen-



tándose en una piedra nos dijo a los que estábamos cerca: "Me muero de sed, pero estoy tan cansado que no me atrevo a ir a la acequia"...

Un soldado se ofreció para traerle agua.

En esos precisos momentos una bala lo derribó rompiéndole el cráneo. Era el subteniente don Zenón Navarro Rojas.

---

Comentábamos el triste suceso, mientras se ordenaban un poco las filas, cuando oigo que muchos dicen: ¡... "Miren! miren! la caballería!"...

Efectivamente; desde donde estábamos pudimos ver como a un kilómetro hacia la izquierda de nosotros, que uno de nuestros regimientos de caballería cargaba sobre los fugitivos que por los potreros huían.

¡Era un espectáculo imponente e impresionante!...

Entraron en correcta formación, y de pronto se dispersaron persiguiendo a los fugitivos que huían aterrorizados... Y divisábamos perfectamente cómo algunos de los derrotados peruanos corrían procurando escapar, cómo otros intentaban ocultarse tendiéndose cerca de los cierros, murallas y hasta dentro de las acequias; y cómo nuestros fornidos centauros a todos alcanzaban o descubrían, y con sólo un golpe de sus sables les destrozaban las cabezas...

Creo que el sitio que ocupaba el Lautaro, era el mejor para ver la soberbia y terrorífica carga...

Fué ella la que dieron nuestros granaderos, y en la que perdieron a su comandante Yávar...

---

Antes de reunirse todo el regimiento se nos ordenó continuar la marcha por los potreros, siempre desplegados en guerrillas en previsión de ataques sorpresivos.

De pronto noto que se forma un grupo de soldados nuestros. Acudo a ver lo que pasaba, y veo que un soldado peruano de tipo indio, completamente mojado, suplicaba que no lo mataran alegando que era chileno.

Interrogo a algunos soldados, y me dicen que lo había descubierto "Lautaro" dentro de una acequia que en esa parte cubría un sauce, donde se había escondido prefiriendo el incómodo baño a encontrarse con nosotros.

Cuando me vió, presuroso se dirigió a mí, y de rodillas y llorando me decía: "Soy chileno, señor, que no me maten", y agregaba: "Soy chileno de la Quebrada de los Escobares, en Limache y fuí sirviente de don (no recuerdo el nombre que me dió) Velasco".

Yo comprendía que era mentira lo que decía, pero para averiguar la verdad dije a los soldados: "Por las señas que éste da, no queda duda que es chileno, y como los chilenos que pelean contra el ejército de su patria son traidores, y a los traidores se les fusila, hay que fusilarlo inmediatamente. Amárrenlo para darle cuatro tiros".

Me oía lívido; y de súbito se arrodilla, abraza mis piernas y llorando me decía: "Si no soy chileno, señor, que no me fusilen; seré su esclavo". Lo hice levantar y que se explicara.

Había conocido en Lima algunos años antes, y con él trabado amistad, a un chileno, el cual le contó que era de Limache, de la Quebrada de los Escobares y sirviente de un señor Velasco; y de la críti-



ca situación en que se encontraba creyó librar mejor, apropiándose la personalidad de ese chileno.

Lo entregué a un soldado para que lo custodiara como prisionero.

---

Siempre dispersos en guerrillas, avanzamos por los potreros algunos centenares de metros dirigiéndonos hacia el poniente, donde parecía que continuaba la batalla.

Se tocó fagina, que significaba reunión, y comenzamos a replegarnos en un punto que se indicó; tirándonos al pastoso suelo a medida que llegábamos.

Se sostenían animadas conversaciones refiriéndose unos a otros las peripecias de la batalla, y algunos comiendo algo de lo que reservaban en los morrales.

Cuando se consideró que ya se habían reunido la mayor parte, se ordenó formación y lista. Debe haber sido cerca de medio día. A poco llegó un ayudante del Estado Mayor a todo galope que transmitió órdenes al comandante Robles.

Se ordenó desfilar en dirección al punto donde suponíamos se seguía combatiendo.

Tuvimos que pasar por donde habían combatido otros regimientos.

En cierta parte vimos muchos cadáveres de peruanos y chilenos confundidos. Se conocía que los peruanos habían resistido en este punto, hasta afrontar cuerpo a cuerpo el ataque a la bayoneta de nuestros regimientos.

No podíamos detenernos ni para socorrer a los heridos que encontrábamos, pues se ordenaba acelerar la marcha lo más posible.

Se decía que íbamos a reforzar nuestra ala izquierda, cuyos regimientos todavía no podían tomarse las posesiones que se les había designado.

A lo lejos se divisaba un alto cerro de donde se hacía continuados disparos de artillería cuyos estampidos oíamos, como asimismo los de fusilería, y comprendimos que ahí se continuaba combatiendo.

Esforzamos un poco más la marcha y divisamos una ciudad, y que en sus inmediaciones se hacía fuego nutridísimo.

EsLima, dijeron algunos, replicando otros no, "es el mentado Chorrillos, donde los peruanos tienen sus palacios de verano".

---

Recorrimos doscientos o trescientos metros más; y se ordenó fuego.

Desordenadamente y confundidos con tropas de otros cuerpos comenzamos a disparar.

Cada oficial dirigía grupos de veinte o más soldados, y siempre en avance rápido llegamos a la cercanía de la ciudad. Algunos grupos entraron, pero la mayor parte, por orden de los jefes, sin dejar de hacer fuego, se tiraban al suelo a fin de presentar poco blanco.

Circuló la especie de no poderse entrar a la ciudad porque estaba minada. "No hay que dejar cholo vivo de los que salgan" decían algunos.


Varios minutos pasamos disparando a los numerosos grupos de soldados enemigos que seguían combatiendo, pero pronto huyeron despavoridos, pues en la ciudad estallaron varios incendios.

A poco el fuego fué disminuyendo.

¿La batalla había terminado?...;no lo sabíamos!...

---





CAPÍTULO XVII.

DESPUES DE CHORRILLOS

Al entrarse el sol, el fuego de artillería y fusilería había cesado. Sólo se oían disparos lejanos de artillería y con intervalos cada vez más largos.

El ataque a Chorrillos había desorganizado las filas; varios cornetas tocaron fagina y tropa, los soldados acudían de diferentes partes y los oficiales y clases procurábamos formar las filas ordenadamente.

Se ordenó marcha y nos alejamos a establecer el vivac a doce o quince cuadras de Chorrillos.

Comprendí que la batalla estaba terminada y que habíamos vencido; y como estaba tan cansado que ya no podía tenerme en pie, me tiré al suelo sin ánimo de preguntar nada, de darme cuenta de nada, y ni siquiera de comer o beber algo. ¡Me dormí profundamente y todos respetaron mi sueño!...

---

Algunas horas más tarde ¿cuántas?... no lo sé ni aproximadamente, mi asistente me despierta y ofrece una presa de gallina, un pedazo de tortilla y café en un jarro de caramañola.

La noche había cerrado completamente.

Se habían armado pabellones, los soldados formaban grupos alrededor de fogatas donde calentaban

agua en los jarros y platos de las caramañolas; y sostenían animadas conversaciones, contándose unos a otros las peripecias de la batalla.

Se oía a lo lejos disparos de rifle, pero no continuados, y con largos intervalos algunos cañonazos.

Se decía que se había reanudado la batalla en el pueblo de Chorrillos y que habían llegado ayudantes del Estado Mayor a prevenir que el regimiento estuviera listo.

Pero el tema de casi todas las conversaciones era sobre los muertos y heridos que había tenido el regimiento, entre los que me anunciaron estaba mi hermano. Fuí a verlo y me tranquilicé por ser una herida leve en un hombro, sin comprometer el hueso.

El subteniente de mi compañía don Clodomiro Hurtado recibió una herida que hizo necesario la amputación de una pierna.

Además del subteniente Navarro, quedó también muerto en el campo el subteniente don José Manuel Ruedas.

---

A la mañana siguiente se nos designó otro sitio para vivaquear; a él se condujeron los fondos para confeccionar el rancho; y a poco llegó un hermoso buey que fué sacrificado por los matanceros del regimiento.

Llegó también la banda de músicos conduciendo los rollos.

Los soldados merodeaban por los alrededores, y algunos llegaban con camotes, yucas y otros productos de chacarería.

Se señaló los límites del vivac para los efectos de que todos supieran hasta dónde podían traficar sin



permiso; pero se concedieron algunos especiales para ir a visitar los regimientos de las cercanías.

Se estableció la guardia y se apostaron los centinelas en los límites del vivac.

Se ordenó que salieran numerosas comisiones al campo de batalla a recoger armamentos, alcanzando a juntar más de mil rifles y varias ametralladoras, que fueron entregadas al parque. Al incorporarse al regimiento contaban que numerosos chinos se ocupaban en enterrar los miles de cadáveres de chilenos y peruanos que yacían en el campo.

A mí se me comisionó con una clase y tres o cuatro soldados para llevar custodiados a doce o quince prisioneros que tenía el regimiento y entregarlos en un edificio que se divisaba a varias cuadras de distancia, que se había habilitado para depósito de prisioneros.

---

Entre los prisioneros que fuí a entregar iba el que había querido hacerse pasar por chileno; y en el trayecto me manifestó deseos de hablar conmigo sin que los soldados se impusieran.

Embromándolo me separé del grupo de prisioneros y custodia para darle ocasión de que me hablara a solas como deseaba.

Me dijo que en agradecimiento de haberle salvado la vida me iba a revelar un secreto que podría hacerme rico. Naturalmente, lo escuché con interés.

Me aseguró que en un cercano pueblecito llamado Sarco o Surco, no recuerdo, el jefe del cuerpo en que él servía, acompañado de cuatro soldados que personalmente había elegido, habían enterrado un

cajón con soles de plata y monedas de oro, a la entrada de la iglesia, en un sitio que minuciosamente me designó.

Le creí y me propuse adueñarme de ese tesoro.

Le comuniqué la noticia al teniente señor Mutis, y con él convinimos en ir esa noche a desenterrar el cajón, que imaginábamos nos haría ricos; acompañándonos de nuestros asistentes, a uno de los cuales mandamos en el día para que se orientara del camino.

Nos procuramos cuatro caballos, que dejamos al cuidado de los asistentes, escondidos fuera del espacio donde calculábamos se pondrían en la noche centinelas, y cuatro revólveres.

En la lista de retreta dimos como presentes a los dos asistentes; y en cuanto se tocó silencio el teniente Mutis y yo salimos del campamento. Nos fué fácil convencer a la guardia de que salíamos por necesidad imperiosa, para regresar momentos después.

Con grandes precauciones para no ser descubiertos, nos dirigimos al sitio donde habíamos dejado los caballos, y continuamos marcha a Sarco.

Después de haber andado como doce a quince cuadras, el teniente Mutis se arrepintió de haber emprendido la aventura y me instó para retroceder no obstante que su asistente le decía que faltaba poco para llegar. Mi asistente también me instaba a regresar al campamento.

Yo persistí en seguir adelante y no pudiendo convencernos el teniente Mutis regresó solo, y yo seguí la excursión con el mío y el de él, que manifestaba mucho interés en ver el resultado. Mi buen asistente no quiso regresar con el teniente Mutis, como se lo indiqué, por no separarse de mí.



Desde ese momento mi asistente continuó a pie, a modo de explorador, llevando su caballo de tiro.

Nos acercábamos al pueblo de Sarco y el silencio era absoluto.

A la entrada del pueblo descabalgué también yo y el asistente de Mutis, y continuamos internándonos a pie al abandonado pueblecito, llevando los caballos de la brida.

Serían como las diez de la noche cuando por fin llegamos a la Iglesia.

Traté de localizar el sitio por las señas que el prisionero me había indicado. Efectivamente, se veía señales de haber sido removidas varias piedras del pavimento.

Los asistentes comenzaron la tarea de removerlas mientras yo hacía de vigía...

Después de sacar las piedras y un poco de tierra, se descubre un cajón...

Tras fatigoso esfuerzo lo sacan...

Era muy pesado y convinimos abrirlo, y llevar cada cual lo que pudiera; pero, por supuesto, sin dejar ninguna moneda de oro aunque todas lo fueran. La operación de abrir el cajón sin tener herramientas apropiadas, era difícil, pero los dos asistentes, muy fornidos, ejecutaron la operación en unos cuantos minutos.

Yo no abandonaba mi puesto de vigía...

El silencio no era interrumpido por ningún ruido, ni detonación de arma...

Por fin se abre el cajón, y con sorpresa y descepcionados miramos su contenido...

Una carabina con incrustaciones de metal blanco, formando artísticos dibujos, y doce a quince carabinas ordinarias era su contenido... ¡Nada más!...

Tomé yo la carabina de lujo, y cada uno de los asistentes una o dos ordinarias, enterramos las otras para volver por ellas, si era posible, a fin de que no cayeran en manos de los peruanos, y nos volvimos al campamento.

Antes de salir del pueblo sentimos un monótono y triste canto y notamos que en una casa había luz...

Nos acercamos a atisbar por una hendidura...

Divisamos a una mujer canosa, con el pelo suelto, que pasaba de una pieza a otra con una vela encendida en la mano como buscando algo; y cantando monótona y tristemente...


Creímos que era una loca...

Continuamos nuestra marcha de regreso al campamento, con grandes precauciones para no ser notados por los amigos y evitar posibles encuentros con enemigos; y a él llegamos sin novedad poco después de la media noche.

El teniente Mutis, a quien dió su asistente una de las carabinas, se encargó de avisar a los superiores el hallazgo para que mandaran sacarlas, ocultando naturalmente nuestra nocturna excursión.

---





CAPÍTULO XVIII.

BATALLA DE MIRAFLORES

En la mañana del 15, después del café del desayuno, se nos ordenó trasladarnos a más de dos kilómetros aproximados de donde estábamos, en pleno campo, y ahí se organizó el campamento.

Se armaron nuevamente los fogones para el rancho, y mientras se preparaba se ordenó limpieza de armamento y que los oficiales contáramos las municiones que a cada cual le quedaba para enterarles la dotación reglamentaria.

Hasta la hora de rancho, poco antes de medio día, la tropa se ocupó en efectuar esa faena y los oficiales en vigilarla y repartir municiones.

Todas las conversaciones versaban sobre un armisticio que se decía había convenido nuestro general; y de que se trataba de negociaciones de paz.

Muchos, la mayor parte creo, pensaban que ya no se combatiría más, que entraríamos a Lima sólo para firmar la paz, y que pronto regresaríamos a la amada patria.

Después del rancho, mientras algunos oficiales y soldados se echaban a dormir, otros se dispersaron para visitar a sus amigos de otros cuerpos o para procurarse camotes u otros vegetales comestibles. Yo opté por dormir.

---

Como a las dos de la tarde, con gran sorpresa de todos, se sintió un nutrido fuego de fusilería e instantes después comenzaron a llegar soldados a la carrera gritando: "¡Traición!... ¡Los cholos están atacando!"...

Los disparos se sentían por nuestra izquierda y a gran distancia...

Se formó una gran confusión. Algunos soldados de otros cuerpos que tranquilamente conversaban con los de mi regimiento, para no encontrarse desarmados tomaban las armas de nuestros pabellones y formaban con nosotros, mientras otros corrían a juntarse con sus regimientos. Al mismo tiempo iban llegando a la carrera los soldados del nuestro que se habían retirado del campamento y armábanse presurosos con cualquier rifle si pronto no encontraban los suyos, dejando en el suelo los de los que todavía no llegaban.

Afortunadamente, la serenidad de los jefes ordenando tranquilidad, que fueron secundados por los oficiales, impusieron relativo orden en poco tiempo y se formó el regimiento faltando sólo algunos que fueron incorporándose a sus compañías poco a poco.

---

Mientras tanto el fragor del combate arreciaba aunque todavía un tanto lejano.

Pasados algunos minutos llegó al galope un ayudante del Estado Mayor que trasmitió órdenes al comandante Robles, que ya estaba a caballo, el que ordenó desfilar en dirección al campo donde se desarrollaba la batalla, cuyo fragor aumentaba por momentos y se sentía más cercano.



Habíamos avanzado en esa dirección y en formación unida diez a doce cuadras, y ya se había ordenado a los capitanes la dispersión en guerrillas de sus compañías para entrar en batalla, cuando llegó otro ayudante de Estado Mayor, que conferencia breves momentos con el comandante Robles.

Se ordena nuevamente formación unida y contramarcha.

Corrió el rumor en las filas de que el enemigo venía por retaguardia a fin de iniciar un movimiento envolvente; y que ya se había tomado la Escuela de Cabos, edificio que quedaba a dos kilómetros aproximados de nuestra retaguardia, que se había destinado a ambulancia nuestra, y que en ella concentraba fuerzas para tomarnos entre dos fuegos.

Después de hacernos marchar en esa dirección doce a quince cuadras se nos volvió a dar orden de contramarcha.

Ahora se decía que los peruanos habían hecho avanzar caballería en dirección a la Escuela de Cabos, sólo a fin de llamar la atención de nuestros jefes a ese lado para hacerles distraer fuerzas; que cuando creyeron haber conseguido su objeto y se presentó caballería nuestra se habían retirado.

Al llegar al mismo punto donde se nos había dado orden de desplegarlos en guerrillas se renueva la orden y continuamos avanzando en esta forma y al trote, pero sin disparar.

De pronto revienta una bomba... y luego otra... y muchas más...

Tenía el enemigo sembrado el campo con bombas semienterradas, que estallaban al tocarlas. Por ellas fueron heridos algunos soldados y clases.

Y siempre al trote, pero con grandes precauciones, continuamos avanzando hacia unos murallones que se divisaban como a un kilómetro, desde los que nos hacían nutrido fuego.

Cuando se acortó la distancia se nos ordenó "fuego en avance"...

Las compañías desplegadas en guerrillas en línea de tiradores y con sus sostenes y reservas, también desplegados en guerrillas, avanzaban con toda corrección haciendo nutrido fuego.

Las punterías peruanas eran pésimas y sólo hacían una que otra baja...

Antes de llegar a los murallones donde el enemigo se había parapetado aprovechándolos como trincheras, el fuego de nuestras filas arreció y el del enemigo comenzó a disminuir...

Por la derecha e izquierda nuestra continuaba el combate con encarnizamiento, a juzgar por el fragor de él que llegaba hasta nosotros....

A poco disminuye y luego se extingue...

El sol pronto se ocultaría y se nos dió orden de acelerar la marcha sin dejar de hacer fuego, momentos después llegamos a las trincheras enemigas y las traspusimos sin resistencia...

El enemigo había dejado multitud de cadáveres en el campo.

Continuamos avanzando algunas cuadras y se ordenó alto y rectificar las filas, pero sin dejar la formación dispersa en guerrillas.

La noche cerró estando en esta posición y era tan oscura que nada se veía...

Así permanecemos largo rato, que muchos, con la tolerancia de los oficiales, aprovecharon para tirarse a descansar.



Se toca llamada de capitanes y cuando éstos vuelven a las compañías, llaman a los oficiales y nos dicen que el regimiento iba a permanecer donde estaba y como estaba, hasta que se diera nueva orden; que de cada dos hombres uno podía dormir mientras el otro hacía de centinela, que los oficiales y las clases debían también turnarse a fin de que medio regimiento hiciera de centinelas, mientras el otro medio reposaba.

¡Y así pasamos esa noche!

¿Habíamos vencido?

Lo suponíamos.

---

El ejército que tomó parte en las batallas de San Juan, Chorrillos y Miraflores, que dieron por resultado la toma de Lima, estaba dividido en tres divisiones, cada una de las cuales se subdividía en dos brigadas.

Formaban la 1.<sup>a</sup> Brigada de la 1.<sup>a</sup> división los regimientos 2.<sup>o</sup> de Línea, Atacama, Talca, Colchagua y Batallón Melipilla.

La 2.<sup>a</sup> Brigada de la 1.<sup>a</sup> división los regimientos 4.<sup>o</sup> de Línea, Chacabuco y Coquimbo y Batallón Quillota.

La 1.<sup>a</sup> Brigada de la 2.<sup>a</sup> división los regimientos Buin, Esmeralda y Chillán.

La 2.<sup>a</sup> Brigada de la 2.<sup>a</sup> división los regimientos 3.<sup>o</sup> de Línea, Lautaro, Curicó y Batallón Victoria.

La 1.<sup>a</sup> Brigada de la 3.<sup>a</sup> división los regimientos Zapadores, Aconcagua y Navales.

La 2.<sup>a</sup> Brigada de la 3.<sup>a</sup> división los regimientos Santiago, Concepción, Caupolicán y Batallón Bulnes y Valdivia.

A la 1.<sup>a</sup> división se destinó el Regimiento de Caballería Granaderos. A la 2.<sup>a</sup> división, el Regimiento Cazadores. A la 3.<sup>a</sup> división el Regimiento Carabineros.

Y las baterías de los dos regimientos de artillería se distribuyeron proporcionalmente en las tres divisiones.

El total de combatientes ascendía a poco más de 23,000 hombres, de los que murieron 1,299 y salieron heridos 4,144.

---



---

## CAPÍTULO XIX.

### ENTRADA A LIMA

Cuando clareó el día siguiente nos dimos cuenta que la noche la habíamos pasado en el vivac de un regimiento peruano y que en él había organizado su defensa, pues estaba sembrado de cadáveres de hombres y caballos, y habían desparramadas muchas armas y equipo y hasta unos fondos con restos de comida. Se conocía que los habían llevado para repartirla en los mismos atrincheramientos.

Se ordenó lista y sin más desayuno que los pocos restos de provisiones que todavía algunos conservaban, el regimiento tomó la formación unida y desfiló a un sitio que se le había designado para vivaquear como a dos kilómetros de distancia.

Al llegar, se formaron pabellones y todos se entregaron a la tarea de procurarse algo que comer.

En pocos momentos el vivac tomó gran animación. Mientras unos salían en busca de leña, agua o comestibles, otros hacían fuego y calentaban agua en los jarros y platos de las caramañolas.

Un momento después llegaron los fondos del rancho y luego un hermoso buey, que inmediatamente fué sacrificado.

Los asistentes discutían con los rancheros para que se les diera pronto la ración en crudo de los ofi-

ciales a quienes servían, y solicitaban las malayas, riñones u otras sabrosas partes, a fin de presentarles lo mejor.

Luego comenzó a sentirse el apetitoso olor a carne asada...

Con gran algazara se celebró la llegada de galletas de las que se dan a los marineros a bordo, y presurosos acudieron los sargentos de semana a recibir la parte que a sus compañías correspondía e inmediatamente efectuaron el reparto.

Toda la mañana fué libre para que cada cual hiciera lo que le pareciera, sin más limitación que no separarse mucho de la parte del vivac que correspondía al regimiento.

Si yo tuviera dotes de escritor realista, de cuya carencia ya antes me he lamentado, podría trazar el cuadro que presentaba mi regimiento ese día, sin omitir ningún detalle; pues no obstante el tiempo transcurrido, ¡más de cuarenta años!, los recuerdo perfectamente. Cerrando los ojos y haciendo un pequeño esfuerzo mental, me parece que veo como en un cuadro todo lo que entonces ví, percibiendo hasta los detalles más insignificantes.

Si me parece divisar los grupos de oficiales tendidos, recostándose unos en otros, y a los asistentes que llegan hasta ellos llevándoles trozos de asado, galletas, agua o café...

Y veo también grupos de soldados, alrededor del fuego, esperando la cocción de algo que tienen sobre él, y que otros limpian sus rifles, o que se lavan, o lavan pañuelos, calcetines u otras prendas; a los que componen y limpian el dorman procurando que los botones resplandezcan, o los afirman, y hasta veo a algunos en calzoncillos afanados com-



poniendo sus pantalones... Y reconozco rostros, y veo la alegría reflejada en los semblantes y me parece oír los dicharachos de algunos, que incitaban a los oyentes a prorrumpir en alegres risotadas y las bromas que otros se hacían...

Y diviso también a algunos oficiales, retirados y muy serios, escribir afirmando el papel en un tambor, o en el revés del plato de la caramañola...

Y a "Lautaro", corriendo de un grupo a otro, alegre y retozón, moviendo el rabo y restregándose con los que lo acarician...

¡Ah!... Si yo supiera describir el campamento del Lautaro el día siguiente de Miraflores, estoy seguro que deleitaría a los lectores. ¡Tan bello era su aspecto!...

¡Y si pudiera hacer que se penetraran de los sentimientos de los oficiales y tropa, afirmo que no habría ningún lector chileno que no se enorgulleciera de serlo!...

---

Al día siguiente o subsiguiente, mi asistente me anunció que había encontrado un caballo, que puso a mi disposición. El que traía de Lurín se perdió durante la batalla de Chorrillos.

Tenía un tino admirable mi asistente para procurarse todo lo que deseaba y en esa ocasión, con sonrisa socarrona, me anunció que estaba en tratos para adquirir una silla.

¿Que robaba? No.

En las inmediaciones habían muchos caballos dispersos del ejército peruano, y en los primeros días después de las batallas, se toleraba por los jefes que se apropiaran de ellos los que los encontraban.

---

Ya sabíamos que una división había entrado a Lima y que el pabellón chileno flameaba en el palacio de los Virreyes; y esperábamos impacientes que nos correspondiera entrar a nosotros.

Por fin a los tres o cuatro días se leyó la orden del día anunciando que a la mañana siguiente la brigada a la que pertenecía mi regimiento efectuaría su entrada a Lima.

A partir de ese momento no hubo nadie que no se preocupara de limpiar y componer lo mejor posible su uniforme.

Me encontraba ocupado con mi asistente en tan delicada tarea cuando el coronel Barboza, que se había acercado sin yo notarlo, me saluda diciéndome: "¿Cómo está mi ayudante?" La sorpresa y alegría que me produjo la salutación casi me hicieron brincar, pero repuesto contesté el afectuoso saludo.

Con la seriedad que lo caracterizaba me dijo: "Como creo que le gustará entrar a Lima a caballo y he visto que tiene uno, lo he pedido al comandante Robles como ayudante".

Lo hubiera abrazado... y besado... y estrujado...

Cuando se retiró fuí con mi asistente a ver mi caballo y la montura... ¡Eran muy mediocres!...

Todos mis sueldos insolutos los hubiera dado por un bonito caballo y una buena montura. Y le rogaba a mi asistente que limpiara y tuzara bien el que tenía y que acomodara la fea silla de que me había provisto. Pero otro caballo y otra silla me obsesionaba.

Si pidiera prestado, me decía, uno que fuera bonito, mi entrada a Lima sería el mayor goce de mi vida. Y cabilaba discurriendo a quién dirigirme.



Si me atreviera, pensaba, pedirle al mismo coronel uno de los suyos...

Al principio me pareció poco menos que desacato o insolencia intentarlo; pero revolví la idea y por fin me decidí. Y yendo donde él y atropellando las palabras le dije: "Mi coronel, mi caballo es muy feo y mi silla es de paisano, y todos en Lima van a criticar a S. S. por llevar un ayudante tan mal presentado; présteme uno de sus caballos y su silla de campaña"...

Me miró un momento como sorprendido de mi audacia, y me respondió: "Parece que no está contento; si no le agrada entrar como mi ayudante puede hacerlo con su compañía".

"No, mi coronel, le repliqué, tengo tanto gusto que le aseguro será el mayor placer de mi vida, y siempre le estaré muy agradecido por haberme designado... es que mi caballo"...

"Bueno, bueno", me interrumpió sonriendo; "su caballo es feo y su silla mala, y en el caballo y silla de su coronel se verá muy bien ¿no es eso? bueno, diga a mi asistente que le aliste el bayo".

Mucho le agradecí el placer y honor que me proporcionó, y la gratitud que por él sentía desde que me salvó la vida se acrecentó entonces; y a medida que los años han ido pasando se ha transformado en veneración.

Aunque milité el 91 en bando contrario al suyo, las lágrimas que vertí cuando supe su trágico fin fueron nacidas del fondo de mi corazón; y cuando trasladaron sus restos al mausoleo del ejército hace pocos años, solicité el honor de usar de la palabra, para haberle rendido homenaje de veneración y amor, pero no me fué concedido.

---

A la mañana siguiente después de rancho formó la brigada para entrar a Lima.

Yo no cabía en mí de gozo y cuando subí a caballo y me puse a las órdenes del coronel Barboza, que ya también montaba el suyo, yo debo haber estado radiante de satisfacción.

Sus ayudantes me recibieron amablemente y me hicieron algunas bromas.

Comenzó el desfile a paso de camino; y el coronel y sus ayudante lo presenciábamos hasta el fin.

Pasó primero el 3.º de Línea con sus jefes a caballo. Regimiento y jefes iban irreprochables.

Después el Lautaro. Con ligeros guiños de ojos saludaba a los oficiales cuando pasaban, como diciéndoles: ¿me envidian?...

Y después el Curicó y el Victoria.

Cuando terminó el desfile, el coronel y sus ayudantes tomamos la cabeza a trote largo.

Cuando estábamos a las puertas de Lima, el coronel mandó orden con uno de sus ayudante al 3.º de línea de hacer alto, y a otro donde los demás jefes de cuerpos para que ordenaran las filas.

Después de un momento me dijo a mí: "Vaya a ver si los regimientos vienen en correcta formación". Comprendió, sin duda que deseaba moverme y para complacerme me dió esa orden, que en realidad no lo era.

Cuando los ayudantes le informaron que los cuerpos estaban en ordenada formación hizo tocar marcha.

En columnas por cuartas compañías, con las armas terciadas y a paso regular entró la brigada a Lima.



Por las calles transitaban pocas personas y en algunas boca-calles habían grupos de extranjeros y algunos peruanos que admirados veían desfilar nuestros apuestos regimientos, que no parecían hubieran combatido tan rudamente días antes, sino que venían de algún ejercicio.

La arrogante figura del coronel Barboza, con su patilla negra, partida en la punta por pelo blanco, causaba admiración a los que lo veían a la cabeza de la brigada, y estoy cierto con respetuoso temor.

---

Habíamos recorrido varias cuadras y ya íbamos por calles que debían ser de las principales, cuando el coronel me llama y repite la orden anterior: "vaya a ver cómo vienen los cuerpos". Saludélo rebotante de alegría y disparé al galope.

¡Qué placer más grande al oír el ruido que producían las herraduras de mi caballo sobre el pavimento!...

Llegué hasta el final de la columna y volví al trote largo.

Al pasar cerca de una ventana que tenía la rejilla que es costumbre poner en Lima a todas, a fin que se pueda mirar del interior sin ser visto del exterior, pude oír conversaciones de mujeres, que supuse jóvenes, y hasta alcancé a percibir confusamente sus siluetas...

Refrené un tanto el caballo, miré insistentemente la rejilla y no resistí el impulso de sacar la lengua picarescamente...

"¡Qué chileno tan liso!... (1)" oí claramente que varias dijeron a la vez...

Con satisfecha sonrisa me alejé al trote...

---

(1) Atrevido, desfachatado.

Cuando llegué al lado del coronel, éste había transmitido órdenes de que cada cuerpo se dirigiera a los alojamientos que se les había designado, desfile que se efectuó en filas de a cuatro y a paso de camino.


A mí me ordenó incorporarme a mi regimiento, lo que efectué demorándome lo más que pude, para lucirme a caballo, y cuando lo hice continué como ayudante del coronel Robles.

Al Lautaro se le dió como cuartel uno denominado "Barbones", que estaba en uno de los arrabales de Lima.

Ahí se nos tenía preparado abundante y sabroso rancho.

¿Hay algún muchacho de la edad que yo entonces tenía que haya pasado mejores vacaciones que las que yo estaba gozando?...





CAPÍTULO XX.

EN LIMA

Desde el día siguiente de la entrada a Lima se estableció el servicio de guarnición.

Los diarios ejercicios se efectuaban por la mañana en las inmediaciones del cuartel, y los de la tarde en el patio, que era muy extenso.

Como en casi todas las guarniciones a los oficiales se les daba sus raciones en crudo y juntándose varios la hacían confeccionar por un soldado o alguna camarada.

Vivían en el cuartel los jefes y oficiales; pero sólo los jefes y capitanes podían salir cuando querían, los tenientes y subtenientes debíamos pedir permiso para salir de noche, aunque no estuviéramos de servicio.

En el día tanto los oficiales como la tropa tenían puerta franca, con excepción, naturalmente, de los que estuvieran de servicio o arrestados.

En los primeros días de nuestra llegada yo no pude conseguir permisos nocturnos, pero en el día salía y recorrí todos los barrios.

El comandante Robles estaba severísimo conmigo. No sólo me negaba permiso para salir de noche, sino que me encargaba trabajos de mayoría que no eran de mi incumbencia.

---

En frecuentes paseos diurnos me divertía conociendo la ciudad, y siempre iba a los portales, ordinariamente acompañado de otro oficial, y me daba el incorrecto placer, lo reconozco, de preguntar a los lechuguinos limeños, que tenían la poca vergüenza de pasearse por ellos estando su patria invadida por el enemigo, si me habían tocado la espada intencional o casualmente; y todos me respondían asustados que por casualidad.

---

Como a la semana de estar en Lima se verificó una imponentísima ceremonia religiosa para honrar a los muertos en las últimas batallas. Consistió en una misa en la plaza principal celebrada en la puerta de la catedral, a la que asistió el general Baquedano acompañado de gran séquito civil y militar.

Formó una compañía de infantería de cada cuerpo con dotación completa de tropa y oficiales; esto es, un capitán, un teniente, tres subtenientes y ciento cincuenta hombres de tropa, que se eligieron entre los de más alta talla y limpio uniforme, precedidas por las bandas de música; y un escuadrón de caballería y una batería de artillería de los regimientos de esta arma, también con las bandas.

La compañía del Lautaro fué al mando del capitán señor Díaz Gana; y desfiló y tomó colocación en la plaza, en columnas por escuadras, esto es, de ocho hileras de dos hombres cada una, con dos clases como guías, mandados cuatro de los escalones por oficiales y cuatro por sargentos.

A los oficiales francos se nos permitió asistir.

El espectáculo que presentaba la plaza era enorgullecedor.



En las esquinas y portales había grandes aglomeraciones de gente, que admiraban la apostura y correctísima presentación de esa parte de nuestro ejército; y muchos dudaban que fuera una sola compañía de cada cuerpo, pues creían que cada una de ellas era un batallón.

El elocuente orador sagrado don Salvador Donoso pronunció una oración fúnebre muy sentida y hermosa.

---

Cierta noche salí con permiso del comandante Carvalho Orrego hasta las doce; y acompañado del subteniente señor Carlos Reygada nos fuimos curioseando por diferentes barrios y llegamos hasta el de los chinos, a cuyo teatro entramos.

La admiración de la concurrencia fué grande, pues éramos los primeros oficiales que asistíamos a su teatro, según nos dijeron. Algunos chinos, que parecían de los principales, nos ofrecieron comestibles, frutas y comidas, guisadas y calientes, pues el teatro era a la vez restaurant. No aceptamos sino unas frutas y permanecemos sólo como media hora. El estruendo que producía la orquesta, con muchos bombos y platillos, nos dejó como ensordecidos.

---

Nos retiramos y no encontrando a dónde ir llegamos al paradero obligado de casi todos los oficiales chilenos: una confitería en uno de los portales de la plaza principal. Tomamos unos helados y aproximándose las doce nos dirigimos al cuartel en un coche de alquiler.

Dos o tres cuadras antes de llegar a él había un barrio de edificación muy pobre y desparramada; y con extensiones considerables sin casas ni cierros

Ibamos por esos parajes, cuando, de un grupo de cuatro personas, que se presentaron de improviso, se ordena detener el coche; y el cochero, sin obedecer las órdenes de continuar que le dimos, detuvo los caballos. Dos de los asaltantes abrieron las portezuelas del coche con intenciones de subir e impedir que nosotros bajáramos.

En ese preciso momento apareció mi asistente, corvo en mano, y dió a uno de ellos un feroz cachazo en la cara que lo hizo tambalear.

Aprovechamos rápidamente el momento, mi compañero y yo, y bajamos del coche espada en mano.

Los cuatro agresores huyeron veloces y los perdimos de vista.

Comprendimos que el cochero era culpable y quisimos mandarlo preso; pero mi asistente le dió unos golpes y lo hizo retirar. "Si el cochero va preso nos dijo, no acabamos nunca con declaraciones; y con los cariños que le hice está bien castigado".

¿Y dónde estabas, le pregunté, que llegaste tan oportunamente?...

"Agarrado detrás del coche", me respondió.

¡Sin que mi compañero ni yo lo notáramos nos había acompañado en todas las excursiones de esa noche!

---

Una parte de la policía de Santiago, que se había movilizado con el nombre de Batallón Bulnes, hacía el servicio de policía del orden, y a fe que lo guardaba con estrictez y gran corrección.

En 1913, que estuve en Lima, tuve el agrado de oír a un honorable caballero italiano, que nunca se había resguardado mejor a Lima que durante la ocupación chilena; y se expresaba en forma encomiás-



tica, hasta la admiración, de su jefe el comandante señor Ezequiel Lazo, que hacía además de juez, para juzgar las faltas e infracciones a las disposiciones municipales. Estas fueron promulgadas por bando del jefe político-militar de la plaza.

---

La correcta conducta observada por el ejército de ocupación, certificada por todos los extranjeros residentes y por sus representantes, hizo que los naturales se convencieran de que sus dirigentes los habían engañado al decirles que los chilenos eran una horda de bandidos que nada respetaban, y pronto comenzaron a establecerse vínculos de amistad entre los miembros de nuestro ejército y ellos, especialmente con el elemento femenino, que se convertían en relaciones amorosas en numerosos casos.

Raro era el oficial que no cortejaba alguna joven limeña y raro el individuo de tropa que no tuviera su amiga predilecta. Pongo por testigos de que lo que afirmo es verdad, a todos los extranjeros residentes entonces en Lima.

---

La conducta observada por los chilenos con el elemento indigente, entonces muy numeroso, fué digna de alabanzas.

En los cuarteles se repartía diariamente comida preparada a todos los que acudían a pedirla.

Como entre las personas que se veían obligadas a solicitar ese socorro había algunas cuya posición social era superior a los de la generalidad, con ellas se hacían delicadas diferencias.

Recuerdo que en cierta ocasión uno de los capitanes me señaló a una señora anciana que se mante-

nía un tanto alejada, esperando terminara el reparto a los que se apretaban por ser los primeros, y me dijo le preguntara su nombre y dirección; y cuando los supo ordenó al sargento ranchero que diariamente le apartara una buena parte, y que se la diera a hora diferente de los demás, y me mandó que comunicara a la señora la determinación, que oyó muy emocionada.

Era viuda de un alto magistrado judicial y no recibía su pensión desde hacía varios meses.

---

Por esos días se nos concedió un supe (1) de \$ 150 a los subtenientes.

La admiración y orgullo nuestro eran grandes, pues cada peso chileno lo cambiábamos por doce o catorce soles; y la admiración de los peruanos era mayor que la nuestra, al ver que todos disponíamos de tanto dinero.

Teníamos entonces los chilenos fundados motivos para estar orgullosos de nuestra nacionalidad. . .


¿Hoy? . . .

Hoy podrían los chilenos volver a enorgullecerse si imitan las virtudes cívicas y morales de las generaciones de entonces; que, no hay que olvidarlo, con las que han dado a Chile glorias y riquezas.

---

(1) Durante toda la campaña no se ajustó de sus sueldos a mi regimiento, y creo que igual cosa pasó con todos los demás, dándose sólo suples.





CAPÍTULO XXI.

TRUJILLO

A mediados de Febrero se ordenó alistarse al regimiento para expedicionar al departamento peruano Libertad.

La división que se formó la componían los regimientos Zapadores, Lautaro y Concepción, una parte de los granaderos a caballo y artillería; y de ella era jefe el coronel don Arístides Martínez.

Nos trasladamos al Callao en tren y ahí nos embarcamos.

La navegación hasta el puerto de Salaverry no tuvo incidentes de importancia, hasta cuando se procuró desembarcar.

---

El mar en ese puerto está siempre muy agitado y los elementos de desembarco eran pésimos; y ese día el mar estaba excepcionalmente malo, según dijeron los trabajadores de la bahía.

En botes de las naves que nos condujeron y en las pocas lanchas y otras embarcaciones menores del puerto que quedaron, pues la mayor parte fueron quemadas por las autoridades peruanas, se efectuó el desembarco. En ellas cabían quince a veinte hombres, según su tamaño, y eran remolcadas por lanchitas a vapor hasta cerca de la playa que servía de

desembarcadero, debiendo saltar descalzos, pues las embarcaciones no alcanzaban a llegar hasta cerca de la arena seca. A los oficiales y a algunas clases se les sacaba en hombros por algunos trabajadores, negros en su mayoría, que maniobraban casi totalmente desnudos.

Muchos se dieron improvisados baños y sufrieron desagradables percances, que divertían a los demás.

---

Sólo hubo un accidente de importancia: una lancha que conducía como veinte soldados se volcó, bastante retirada todavía de la playa. Afortunadamente todos salvaron, aunque bebiendo amargos tragos y completamente mojados. La mayor pérdida fué la de varios rifles que no se pudieron extraer.

En Salaverry no permanecemos sino el tiempo necesario para desembarcar; y precedida de una compañía del Lautaro, que hizo la marcha a pie como avanzada, el resto de la división se trasladó por ferrocarril a Trujillo, capital del departamento, que dista de Salaverry quince kilómetros aproximadamente.

---

Trujillo es una de las ciudades más antiguas del Perú, pues su construcción data desde los primeros años de la conquista por los españoles, y cuando ocupamos la ciudad estaba amurallada en su totalidad al estilo de las ciudades españolas de la Edad Media, y no se podía entrar a ella sino por cuatro enormes puertas.

Las murallas eran tan gruesas que habrían podido marchar paralelamente y sin estorbarse dos coches por encima de ellas.



La torre de la catedral tenía un complicadísimo reloj, orgullo de los trujillanos, que marcaba las horas, días de la semana, fases de la luna y otras variadas indicaciones.

De esta ciudad era oriunda desde hacía siglos, según decían, una opulenta familia, cuyo apellido no recuerdo; y en ella tenía su casa solariega, que muchos denominaban "El palacio".

En esa casa o palacio se instalaron las oficinas de la comandancia en jefe y en ella fijó su residencia el coronel Martínez, y creo que también la de algunos otros jefes.

El Lautaro ocupó uno de los cuarteles de la ciudad, y en él vivíamos los tenientes y subtenientes. Los jefes y capitanes ocupaban piezas en un hotel de propiedad de un ciudadano norteamericano, que en los primeros días de nuestra llegada prestó muchos servicios a los oficiales, y éstos y los jefes comíamos en dicho hotel en los primeros días.

---

La caballería salió a recorrer los campos, pues se decía que merodeaban varias bandas de montoneros, que podrían servir de base para formar batallones o regimientos, más o menos organizados.

No sé si el Concepción o Zapadores saldrían en expedición a algún pueblo o comarca del interior; mi regimiento no salió de la ciudad.

Se reanudó el servicio de guarnición y comenzaron los monótonos ejercicios y academias de oficiales y clases; y de repaso de ordenanza y toques de corneta a la tropa.

El servicio de policía se hacía por patrullas, al mando de un oficial, alternándose los tres cuerpos de infantería para efectuarlo.

---

Ocurrió por esos días una horrible desgracia que consternó al regimiento. Uno de sus mejores soldados, el asistente del capitán Díaz Gana, asesinó con un afilado y puntiagudo puñal a uno de sus compañeros.

El agredido murió al parecer instantáneamente y el asesino al ser interrogado contestaba que no se explicaba por qué lo hizo, que eran amigos y nada tenía que reprocharle, que nunca había pensado en agredirlo, ni menos en matarlo y que no había bebido. Y agregaba estoica y resignadamente: "estaría de Dios que lo matara".

Se reunió el consejo de guerra, fué condenado a muerte, se mandó el proceso a Lima al tribunal del general en jefe, y éste lo devolvió con el "cúmplase".

En el pueblo todos comentaban el hecho y se levantó un movimiento de opinión en favor del indulto.

Para conseguirlo se envió al general en jefe una solicitud firmada por el obispo, el clero y casi todas las señoras de Trujillo, pero el general no accedió y se procedió a poner al reo en capilla.

Apenas aclaró el día designado para el fusilamiento salieron los cuerpos a las afueras de la ciudad y formaron en columnas cerca del cementerio.

Llegó el reo al sitio designado con gran serenidad, acompañado de un sacerdote y del fiscal, que le leyó el "cúmplase" de la sentencia, y el "no ha lugar" de la solicitud de indulto. Terminada esa lectura, que fué breve, se le instaló en el banquillo.

Un corneta modula el toque "atención"...

El silencio en las filas era absoluto. Creo que ni los párpados movía nadie.



Un centenar de mujeres y algunos hombres, en grupo un tanto retirados, presenciaban la escena consternados; y en ese instante prorrumpieron las mujeres en fuerte llanto...

Apenas terminada la última nota del toque atención, el comandante Carvalho Orrego, con robusta voz, dijo: "Por la nación, el que levantara la voz pidiendo gracia, será pasado por las armas"...

Sentí como un hormigüeo por todo el cuerpo...

Se oyó la descarga cerrada del pelotón encargado de la ejecución e instantes después el tiro de gracia...

Las tropas desfilaron por delante del cadáver que yacía con el cráneo destrozado"...

"Lautaro" cerca de él lo lamía y aullaba tristemente...

Al pasar cerca del grupo de las compasivas mujeres que presenciaron la ejecución, oí que una dijo: "son tremendos los chilenos, ni entre ellos se perdonan".

Uno, al parecer alemán, que la oyó, le replicó: "tremendos pero justos"; y un peruano agregó a modo de corolario: "Con severidad y justicia hay que gobernar los pueblos. Si al Perú se le hubiera gobernado así no se habría desmoralizado y habríamos ganado la guerra."

Después del regreso al cuartel la actitud de todos era como la que se observa en las familias cuando se ha dejado en el cementerio a un deudo amado: silencio y lágrimas secadas furtivamente...

La explicación que el asesino daba: "estaría de Dios que lo matara", que revela el carácter fatalista del pueblo chileno, satisfizo a muchos.

---

Durante la permanencia del Lautaro en Trujillo, un cuerpo de ejército formado por casi todos los regimientos y batallones movilizadas, al mando del general Baquedano, retornó a Chile.

Al Lautaro se le consideró probablemente como de línea, y continuó en territorio enemigo.

No tuvo su personal el agrado de participar en los festejos con que se recibió a esos cuerpos que llegaban a la patria vencedores. Ni tampoco se le hizo de línea, honor que después se discernió a otros regimientos.

A mediados de Abril se ordenó al regimiento alistarse para expedicionar más al norte.

Ya llevaba como dos años de vacaciones y éstas continuaban animadas y divertidas, con gran regocijo mío y resignación de los compañeros que estaban cansados y perjudicados porque la mayor parte de ellos tenían negocios que atender.

---



---

## CAPÍTULO XXII.

### LAMBAYEQUE

A principios de Abril salió el regimiento de Trujillo y en el puerto de Salaverry se embarcó. Iba destinado a ocupar el rico y extenso departamento de Lambayeque, uno de los más al norte del Perú.

Dos compañías del primer batallón, al mando del mayor Villarreal, se quedaron en Pacasmayo, para ocupar la provincia de este nombre; el resto siguió a Lambayeque y desembarcó en el puerto de Eten.

Para guarnecer las principales ciudades, las compañías fueron distribuídas en cuatro guarniciones: una compañía para el puerto de Eten, otra para el de Pimentel, teniendo sus capitanes las atribuciones de jefes políticos, militares y capitanes de puerto, dos en Lambayeque, al mando del comandante Carvallo Orrego y dos en Chiclayo, que era la capital de la provincia y del departamento, y donde estableció su sede el comandante Robles. Mi compañía quedó en Chiclayo.

Al siguiente día de llegar, el comandante Robles hizo publicar un bando anunciando que asumía la jefatura del departamento, que serían juzgados militarmente los que hicieran armas contra las fuerzas de ocupación, y que podían entregarse tranquila-

mente a su habituales faenas todos sus habitantes, naturales y extranjeros, amparados por las fuerzas de Chile.

Hizo llamar a la autoridad municipal y le ordenó proveer de la subsistencia a las fuerzas de su mando.

Los oficiales alojábamos en el cuartel y comíamos en el mejor restaurant del pueblo, de propiedad de un chino. No se crea que era un cafetín sucio e insignificante, como la casi totalidad de los regentados o de propiedad de chinos, no; era un buen restaurant sin ser de lujo.

Volvió a reanudarse la vida de guarnición con sus ejercicios, academias e instrucciones a la tropa.

---

Tanto los oficiales como las clases y soldados en íntimas conversaciones manifestaban lo cansados que ya estaban; y hacían comentarios sobre la demora en firmarse la paz; pero el comandante Robles, siempre alerta, ordenaba frecuentes academias de oficiales y en casi todas recordaba los artículos de la ordenanza militar que ordenan manifestarse siempre contentos, para dar ejemplo a la tropa; y el que trata de las conversaciones "que indispone los ánimos sin proporcionar a los que compadecen ventaja alguna", y que termina recomendando a los jefes "castigar con severidad conversaciones tan perjudiciales".

Sólo yo y tal vez unos pocos más cumplíamos no sólo sin esfuerzo, sino con gusto, esas recomendaciones. ¡Yo estaba dichosísimo!...

Pero a la generalidad no les pasaba lo mismo; para ellos la permanencia en las filas era perjudicial a sus intereses y querían volver pronto a la patria.



Cuando pienso cómo cumplían entonces los oficiales y tropa esos severos artículos, tan violados después, comprendo que su amor a<sup>la</sup> patria era grande, y compruebo con pena que el patriotismo de ogaño tiene muchos menos quilates que el de antaño. ¿Estará en igual proporción que los peniques por peso de entonces y de ahora?

---

El 10 de Abril en el pueblo de Motupe el mayor Villarreal al mando de dos compañías sostuvo un combate con montoneros, donde tuvimos tres o cuatro soldados muertos y ocho o diez heridos. Como yo no me encontré en él no puedo describirlo; pero por referencias sé que fué importante.

---

Se aproximaban los aniversarios de Arica, Tacna e Iquique...

Durante las comidas y siempre que estábamos reunidos yo los recordaba e insinuaba que debían celebrarse con gran solemnidad.

El comandante Robles y casi todos los oficiales asentían a lo que yo decía, pero los días pasaban y no veía preparar nada grandioso. Sólo la víspera del combate de Iquique se ordenó que al día siguiente se tocara la canción nacional al izar la bandera en el cuartel, y que se mejorara el rancho de la tropa y la comida de los oficiales.

Por tal causa yo no estaba contento; deseaba algo más y me propuse dar algún esplendor a la conmemoración del épico combate.

Compré un cajón de gruesos cohetes y al rayar el alba los hice explotar en las cuatro esquinas de la plaza.

Eran cohetes muy gruesos y los estampidos que produjeron semejaban cañonazos. Como todavía no se tocaba diana, todos dormían y alarmados se levantaron creyendo era una sorpresa del enemigo.

La diana de ese día se vió presidida por el comandante Robles y asistieron todos los oficiales y capitanes; y yo después de ella, pasé al cuarto de banderas arrestado, aparte de la severa reprimenda que recibí. No obstante, estaba contentísimo y ni la prisión con centinela de vista habría hecho disminuir mi alegría. ¡Si los cohetes, a manera de salvas habían sonado como verdaderos cañonazos el 21 de Mayo!

¡Y era yo quien los había costeadó!

Y mi alegría aumentó más aún porque a la hora de almuerzo se me puso en libertad, fuí a almorzar con todos y fué almuerzo como de 21 de Mayo: con banda y brindis.

---

En el almuerzo del 26 de Mayo, aniversario de la batalla de Tacna, sufrí un bochorno, que aún recuerdo. El comandante Robles me corrigió una palabra y con el tono seco que acostumbraba, que lo hacía antipático, pero que empleaba como para ocultar su bondad, me dijo: "Debiera estudiar gramática: un oficial debe saber hablar y escribir correctamente". Le dí las gracias por el consejo y le prometí procurarlo. Y cavilando en la forma de hacerlo se me ocurrió un procedimiento que me dió buen resultado, que recomiendo a los que se encuentren con deficientes estudios gramaticales: escribir diariamente algo impreso. Así lo hice por varios años y sin más que eso mejoré mi ortografía



y conseguí hasta poder escribir con relativa corrección. Puedo, pues, decir con verdad que lo que sé de gramática lo debo al comandante Robles.

---

En Junio fué enviada mi compañía a Lambayeque, relevando a otra que se trasladó a Chiclayo.

Las dos compañías del Lautaro, el medio escuadrón de granaderos y el piquete de artillería con dos cañones pequeños, que formaban la guarnición, cuyo mando tenía el comandante Carvalho Orrego, llevó vida relativamente tranquila y hasta agradable.

Los oficiales vivíamos en el cuartel y comíamos en la extensa y bien amoblada casa que el comandante Carvalho Orrego había pedido para la comandancia y alojamiento de él y de los capitanes.

El alcalde municipal proveía nuestra mesa con lo mejor del mercado.

Residía en este pueblo un caballero francés, dueño o administrador de un gran fundo, casado con una señora chilena, y ambos dispensaron a los oficiales muy cordial recibimiento, y con frecuencia visitábamos su casa.

También frecuentábamos la de un caballero inglés o norteamericano, administrador de los extensos y productivos fundos de la familia chilena Ramos y Ramos, y que además era cónsul.

Y a poco entramos en cordiales relaciones con casi todas las principales familias peruanas.

Era costumbre en ellas salir en las tardes a las puertas de calle y sentarse a gozar del fresco. Los oficiales nos paseábamos por el centro de la calle; y el comandante Carvalho Orrego, los capitanes, el al-

calde y dos o tres caballeros peruanos y extranjeros, conversaban formando grupo en una esquina o se paseaban también.

Los oficiales supimos pronto los nombres de casi todas las niñas del pueblo y ellas el de nosotros, según lo supimos por diferentes conductos; y con algunas habíamos tenido furtivas entrevistas y hasta cambiado cartas; pero no éramos amigos de poder visitar las casas de ninguna familia.

---

Cierta mañana, demostrando gran regocijo, anuncié a mis compañeros del habitual paseo de la tarde, que ordinariamente era mi hermano y el subteniente don Manuel 2.º Salas Marchán, que había sido presentado a una de las familias con quien deseábamos tener amistad, y que me habían permitido presentarlos esa tarde; y les daba minuciosos detalles del conocimiento que había hecho.

En la tarde y más acicalados que de costumbre fuimos al paseo y al llegar frente a esa familia me dirigí resueltamente al grupo, saludé a todos dándoles la mano, presenté a mis compañeros con gran desparpajo y después de cambiar los saludos acostumbrados en esos casos, y sin dar ni esperar explicaciones me retiré con un pretexto.

Yo no había sido presentado a esa familia y el saludo y presentación que entonces hice fué un atrevido ardid que ideé y llevé a efecto, a fin de procurar establecer las relaciones de amistad que tanto deseábamos.

Mientras que en el cuartel esperaba el resultado, la risa me retozaba, pensando en la curiosa escena



que se desarrollaría cuando tuviesen que explicarse; e impaciente esperaba la llegada de mi hermano y amigos para saber sus detalles.

Por fin llegaron con caras radiantes de alegría.

Había conseguido completo éxito. Me dijeron que habían celebrado mi ocurrencia; y accediendo a sus instancias habían prometido volver conmigo a la tarde siguiente. Pero no fuí hasta que el mismo caballero jefe de la familia me lo pidió personalmente.

Como lo preveíamos, esa amistad nos facilitó serlo de casi todas las familias del pueblo, a las cuales fuimos presentando a los demás oficiales, siendo ellas mismas las más interesadas en procurarlo, a fin de que cuando nos retiráramos no se tildara a una, o unas pocas, de haber tenido amistad con chilenos.

---

En una de ellas oímos hablar de unas animadas fiestas que habían caído algo en desuso, que consistían en salir al campo a comer una ternera asada con cuero, a la que [daban un nombre que no recuerdo.

A un señor solterón, peruano, entusiasta por las tertulias y amigo de casi todas las familias, y que también habíamos conseguido lo fuera de nosotros, le pedimos que organizara uno de esos paseos.

El lugar elegido fué un campo distante dos o tres kilómetros de la ciudad, donde había un frondosísimo árbol, sauce según creo, cuyas ramas se suspendieron con coligües para formar una especie de techo, y se circundó casi todo su contorno con ramas, para cerrar un recinto que quedara a modo de ramada, de diez a doce metros de diámetro.

Concurrimos al paseo como treinta personas de ambos sexos, quedando en la proporción de dos tercios de gente joven y un tercio de madura. Llegamos a la ramada como a las nueve de la mañana, algunos a caballo, casi todas las niñas en burros y el resto a pie; inmediatamente después de llegar comenzó el proceso de preparar la ternera.

Un joven, elegido por sorteo, debía colocar una aceituna dentro de un huevo, cocido y duro, que una niña, también elegida por sorteo, debía presentarle al joven.

Decían que el señor solterón, director de la fiesta, había hecho trampas en el sorteo, porque resultaron favorecidos por la suerte, ordinariamente tan veleidosa, el subteniente señor Salas Marchán y una de las niñas con la cual formaba la pareja más amartelada de la reunión.

Esta operación preliminar era de gran trascendencia, pues por ella quedaban constituídos reyes de la fiesta los favorecidos en el sorteo.

Verificada que fué, se continuó el curioso proceso de la preparación de la ternera para ser asada. Un pájaro pequeño se rellenaba con el huevo, con el pájaro un pollo, con éste un pato, con el pato un pavo, que a su vez se introducía en un cordero, y éste en la ternera, que con cuero, pezuñas y cuernos esperaba abierta, muy adornada y colgada de un árbol, la solemne ceremonia de beber rodeándola todos, y escanciar sobre ella parte del licor.

Se cantaron también, acompañándose con guitarra, canciones alusivas al acto.

Todas estas operaciones se efectuaron fuera de la ramada, como a quince metros de ella y todos de pie. Hacía de maestro de ceremonia el solterón



director de la fiesta; y procedía con tal formalidad y tanta importancia daba al acto que parecía pontificaba como sumo sacerdote en alguna ceremonia religiosa.

Después se enterró la ternera en un hoyo, preparado con anticipación, donde habían piedras caldeadas a muchos grados. Se agregaron camotes, yucas, zapallos y otros variados comestibles y se tapó con bastante leña, y cuando estuvo prendida lo suficiente, el hoyo se rellenó con tierra y se pisoneó.

Mientras se hacía la cocción, que demoró como tres horas, se bailaba, bebía y comía, iniciando el baile los reyes de la fiesta.

Cuando se creyó que la ternera esta asada se abrió el hoyo y se la sacó de él.

Con afilados cuchillos la pelaron hasta sacarle el cuero y bien limpia fué llevada bajo la ramada y colocada en una mesa que había para este fin.

Presididos por el solterón, que disponía todas las operaciones mandando con robusta voz a los sirvientes contratados y a los asistentes que habíamos llevado, cual veterano sargento a sus soldados, comenzó el destrozo de la ternera y de los rellenos sucesivos.

Era en verdad un sabroso asado y todos comimos hasta hartarnos; disponiendo en seguida el señor solterón que se enviaran grandes trozos de los restos a diferentes casas.

Cuando se descubrió el pájaro y de él se sacó el huevo que tenía dentro la aceituna, los reyes de la fiesta lo comieron y distribuyeron a la concurrencia presas del pájaro. Esto dió ocasión para picarescas bromas.

Se regresó al pueblo ya entrada la noche y se continuó la tertulia en casa de una de las familias que participaron en la fiesta.

---

En Eten, guarnecido por media compañía al mando del teniente don Rómulo Correa, apareció cierto día un buque de vela de arribada forzosa. Cuando fué reconocido se vió que iba cargado de guano sin llevar ningún papel sobre su procedencia.

El capitán del barco procuraba con halagos que el teniente Correa lo dejara reparar tranquilamente las averías y hacerse a la mar. Oí decir que le había ofrecido una gruesa cantidad, que Correa indignado rechazó, mandó preso al capitán a Chiclayo y puso un destacamento en el buque para custodiarlo.

Es de suponer que al coronel Robles le haría análogas proposiciones, pero el temple de alma de ese hombre no transigía ante halagos ni dádivas, y cumpliendo su deber envió el buque remolcado por el escampavía "Toro" al Callao, a disposición de la autoridad superior; y al capitán, un inglés según oí decir, en calidad de preso.

Por ese apresamiento se supo que muchos buques iban a robar guano a las islas de Lobos, y para evitarlo se mandó a ellas una guarnición de mi cuerpo, al mando del subteniente señor Nicolás González.

---

En Julio se nos dió a saber que por disposición suprema el regimiento se transformaba en batallón de seis compañías de 150 hombres cada una, con un primer jefe y un mayor 2.º jefe. Por esta causa el comandante Carvallo Orrego dejó el cuerpo, y al comandante Robles se le ascendió a coronel graduado.

Como habían aproximadamente trescientas pla-



zas vacantes en el regimiento, por muertos en acciones de guerra, enfermedades y otras causas, el batallón quedó con su dotación completa.

Para los efectos de la distribución en las compañías por tallas, se volvió a medir a la tropa y hasta a algunos oficiales. Yo resulté de 1.78 centímetros. Cuando entré al regimiento tenía sólo 1.54 ¡Había crecido 0.24! Después sólo ha aumentado mi talla en dos centímetros.

Cadetes, conscriptos y niños que lean este libro: nunca encontréis demasiado largos los ejercicios, ni cansadas excesivamente las caminatas; os aseguro que nada hay mejor para crecer... y para dormir de un tirón ocho horas sin malos sueños...

Se me destinó a la primera compañía, que quedó destacada en Lambayeque.

Elegí como asistente al soldado de más edad que creo había en el regimiento, llamado Juan Bueno...

---

Comenzaron a llegar noticias de que los montoneros, en bandas más o menos numerosas, recorrían los pueblos del interior; y, por otra parte, los alcaldes de los pueblos donde había guarnición que debían alimentar, se quejaban de que los municipios dependientes no pagaban las cuotas que les correspondían.

Se ordenaron entonces expediciones, en que siempre iba el recaudador peruano encargado de recibir lo que pagaran, durando algunas hasta más de una semana.

En esta forma se expedicionó a los pueblos de Monsefú, Guañape, Ferriñafe, Motupe, Cascajal, San José, Olmos y otros.

---

A mí me correspondió salir en varias de ellas, y en una ocasión como jefe al mando de doce o quince granaderos y otros tantos infantes del Lautaro montados, a un pequeño pueblo cuyo nombre no recuerdo, dependiente del municipio de Lambayeque y distante de esta ciudad ocho a diez horas de camino al paso de los caballos.

Llegué a él como a las tres de la tarde y ordené al alcalde que proporcionase rancho para la tropa y forraje para los animales, y que convocase a sesión municipal.

Hice desensillar y armar pabellones, dispuse vivaquear en la plaza y yo me instalé en una pieza cerca de la tropa; y dí orden estricta de no salir de la plaza por causa alguna.

A las cinco la fuerza a mis órdenes había comido y descansaba a la vera de sus caballos, que comían su ración de forraje.

Terminada mi comida me dirigí a la sala municipal, ya ocupada por los ediles, que al verme se pusieron de pie. Entré a ella haciendo sonar fuerte las espuelas, la mano sobre la empuñadura de la espada y avancé cubierto hasta la mesa de la presidencia.

Sin sentarme me descubrí y dije más o menos: "Vengo a hacer efectivo el cobro de las cuotas que este municipio adeuda al de Lambayeque para costear los gastos de ocupación del departamento por las fuerzas de Chile, cuyo monto os ha notificado el recaudador. El pago debe efectuarse antes de las doce de mañana, y si no se verificase haré tomar los animales que el recaudador señale. Si fuese agredido repeleré el ataque, haré fusilar a los que se tomen con armas y la población será incendiada. Hasta mañana señores". Y cubriéndome me retiré.



Tales eran las órdenes que tenía y las dí a conocer más o menos en la misma forma que había visto lo hacían los oficiales o jefes, a cuyas órdenes había yo ido en otras expediciones análogas.

---

Durante la tarde de ese día y la mañana del día siguiente presencié desde la puerta de mi alojamiento los trajines de los municipales cobrando a los vecinos lo que a cada cual le correspondía, que entregaban al recaudador, que los esperaba sentado ante una mesita con un libro de apuntes y una pequeña maleta en que guardaba los billetes.

Al entrar la noche hice dar café a la tropa y después de establecer el servicio de seguridad nos entregamos al reposo, vestidos, al lado de las armas y cerca de los caballos.

Una o dos horas antes de amanecer uno de los centinelas avisó que había notado que con intervalos de pocos minutos, ocho o diez hombres habían tomado determinada dirección y desaparecido, y que su actitud era sospechosa.

Envié un sargento y dos soldados a reconocer las inmediaciones y de una casa les hicieron varios disparos, que el sargento ordenó contestar.

Después de un corto tiroteo se vió salir huyendo por el fondo de la casa a diez o más hombres que se dispersaron por los campos.

No se alcanzó a ninguno, pero se recogió tres o cuatro rifles viejos que tiraron al huir, recordando seguramente la prevención que había hecho de fusilar al que tomara armado.

Momentos después vinieron los municipales y el cura, que era un sacerdote anciano de tipo indígena, a darme explicaciones, que yo oía aparen-

tando no dar importancia al suceso. Algo tranquilizados se retiraron a continuar sus trajines de cobranzas, y llegaban sudorosos con fajos de mugrientos billetes de todos tipos, que entregaban al recaudador, el cual escrupulosamente los contaba, daba recibo y los agregaba a la maleta, donde los juntaba.

De vez en cuando le preguntaba cómo iba la cobranza y me respondía: "Faltan dos mil soles", y después de unos momentos "faltan ahora sólo mil", y por fin "ya se completó la suma".

Como a las diez de la mañana terminó la entrega de los fondos tan trabajosamente recaudados; y a esa hora también terminaba su rancho la tropa y yo mi almuerzo.

Se ensillaron los caballos y todo se alistó para partir.

El cura, el alcalde y los municipales se presentaron para despedirme, y aparentaban estar satisfechos del resultado de su ímproba tarea.

En ese momento me dirigí a ellos y les dije: "Supongo que no habrán olvidado la prevención que ayer les hice de que si era agredido incendiaría el pueblo. Haga traer señor alcalde una lata de kerosene (1)".

Y llamando al sargento le ordené acompañar al alcalde y recibirse del kerosene; y que si no se lo daba en diez minutos lo tomara donde encontrase.

No sé describir la consternación que causaron mis palabras. Vuelvo a lamentar no tener las dotes descriptivas necesarias para que el lector conciba el medio en que se desarrollaron los sucesos.

---

(1) Parafina.



Mientras unos me suplicaban no cumplir la amenaza, otros salían apresurados a llevar la fatal noticia a los pobladores.

El cura se me acerca y con angustiado tono me pregunta: "¿Es resolución formal o quiere asustar a esta pobre gente?"

Es orden recibida de mis superiores, le respondí, la notifiqué al pueblo por intermedio de sus autoridades, debo cumplirla y voy a efectuarlo en momentos más.

Se alejó triste.

Mientras tanto en el pueblo el alboroto era grande y la aflicción de esa pobre gente me causaba pena.

Me parecía que la orden era cruel; y, no obstante, la estimaba necesaria como escarmiento; la había recibido de mis superiores y estaba resuelto a cumplirla.

El sargento que debía traer la parafina se demoraba, pero por fin llegó, siempre acompañado por el alcalde, un anciano de tipo también indígena, como casi todos los del pueblo, y que en tal ocasión causaba lástima verlo por lo abatido que estaba.

Comenzaba de nuevo a suplicar, pidiendo gracia para el pueblo, cuando se abre la puerta de la pequeña iglesia y salen en fila veinte o más niños de ambos sexos casi todos descalzos, con cara y ropas sucias y semblantes angustiados; y tras ellos el cura revestido con capa de coro. Al llegar cerca de mí con voz emocionada dice a los niños: "Arrodíllense, hijitos", y comienza a dirigirme un discurso. . .

Lo interrumpí diciéndole: "Haga poner de pie a esos niños; ante mí no deben arrodillarse y no le oiré ni una palabra mientras permanezcan de rodillas"; y me llevé los dedos a los oídos en actitud de taparlos.

Los hizo levantarse y con tono emocionado pidió gracia para el pueblo, en nombre de esos inocentes niños...

La lucha que libraba dentro de mí era atroz. Yo quería cumplir la orden recibida, estaba resuelto a ello; y como desde niño veneraba a los sacerdotes, la súplica de ese anciano revestido con sus ornamentos sacerdotales y rodeado de niños, me impresionaba fuertemente y me impulsaba a ser clemente.

Mientras tanto en todas las calles de acceso a la plaza se había congregado el pueblo esperando mi resolución...

Algunos ya habían sacado a la calle algunos muebles y enseres; y otros, con atados de ropa o tiestos en las manos, me miraban angustiados...

El sargento a pocos pasos de mí, y cerca de él el soldado con la lata de parafina, y un poco más alejados el resto de la tropa, parecían decirme: "Y bien, mi subteniente, se cumple la orden o se accede a lo que el curita pide"...

En tan solemne momento, lo aseguro con verdad, pensé en mi madre, en mis hermanos, en mi niñez cuando ayudaba a misa, en la Virgen a quien tanto amaba; y sentí gran piedad por esa sencilla gente.

"La orden tengo que cumplirla, señor cura", dije a éste; "pero no me está prohibido decir a Ud. cómo la voy a hacer cumplir.

Se mojarán con kerosene cuatro casas que pronto señalaré, y al frente de ellas quedará un soldado montado encargado de encenderla; saldré con la tropa del pueblo, y cuando me haya alejado una o dos cuadras, un toque de corneta indicará a los solda-



dos que deben prender el kerosene, y al galope se juntarán conmigo”.

Me estrechó la mano con efusión mientras me daba las gracias y presuroso se alejó con los niños. Unos segundos después salió sin los ornamentos apresuradamente a tranquilizar al pueblo.

Dí las órdenes como lo había indicado al cura y salí del pueblo con la tropa, yendo yo el último. Y cuando nos habíamos retirado un tanto, ordené al corneta tocar “atención y un punto agudo”, que era la señal para incendiar el pueblo. Minutos después los soldados encargados de esa misión se nos reunieron y continuamos al trote un largo trayecto.

¡Se puede conciliar en la guerra la energía con la benevolencia!

---

A fines de Septiembre o principios de Octubre se notó que los montoneros aumentaban, pues se apoderaron de un tren que corría entre Chiclayo y Lambayeque; en otra parte cortaron un puente del ferrocarril e intentaron quemar otro, y el telégrafo amanecía cortado casi diariamente en diferentes puntos.

En cierta ocasión una partida como de veinte, todos montados llegaron a media tarde hasta la plaza de Chiclayo y después de disparar sus carabinas al centinela apostado en la puerta del cuartel y a varios soldados francos que en el trayecto encontraron, se retiraron. Se ordenó que los granaderos salieran a perseguirlos, pero la caballada estaba pasando en las inmediaciones, lo que indudablemente sabían los montoneros, y aunque se dispuso que

rápidamente se alistaran no fué posible alcanzarlos.

Esta al parecer ridícula incursión, ya que no se quedaron ni pocos minutos para hacernos algún daño, coincidió con pocos días de intervalo, con el asesinato de un cabo de apellido Bolados que andaba franco; cuyo asesino fué afortunadamente habido y fusilado.

Por el sumario que se instruyó sobre ese asesinato y por otras informaciones se descubrió que el plan enemigo consistía en hacer saber, y procurar demostrar a los habitantes, que todavía el Perú tenía fuerzas que podrían conseguir éxito; pero que era necesario les ayudaran los habitantes, hostilizando a las tropas chilenas de ocupación llegando hasta el asesinato.

Del puerto de Eten partía un ferrocarril que llegaba hasta Lambayeque pasando por Chiclayo, y entre estas ciudades había otra muy poblada habitada casi en su totalidad por indígenas, llamada Ferreñafe. Cierta día al pasar el tren lo asaltaron y tomaron prisionero a un sargento de apellido Dorador, que era telegrafista, y que de tal estaba ejerciendo.

Por causas de las agitaciones de los montoneros el servicio se hizo muy pesado. Guardias, patrullas y puestos avanzados que en las cuatro guarniciones había que hacer, ocupaban tanto personal que a veces no se alcanzaba a descansar ni 24 horas.

---

En Noviembre y Diciembre las montoneras molestaban tanto que salieron varias compañías a disper-



sarlas, lo que efectuaron expedicionando hasta en el departamento de Paita que limita con el Ecuador no poniéndose en contacto porque huían.

---

A las compañías que habían quedado en Pacasmayo les pasaba algo análogo.

A fines de Octubre una montonera se presentó al pueblo de Guadalupe, que estaba guarnecido por media compañía del Lautaro, al mando del teniente don Narciso 2.º Sepúlveda, y se trabó un combate en que por nuestra parte hubieron dos muertos y seis u ocho heridos.

Fueron fusilados tres paisanos a quienes se les comprobó que eran espías y que habían inducido a los montoneros a atacar.

Además del puerto de Pacasmayo el Lautaro ocupó o expedicionó, mientras estuvo en esa provincia, a los pueblos de San Pedro, Guadalupe, Chapén, Yonán, San<sup>r</sup> Pablo, Chongoyape y otros.

---

A mediados de Diciembre se ordenó alistarnos para abandonar esas guarniciones.

¿Ya se habría firmado la paz?...


¿Regresaríamos a Chile?...

Nadie lo sabía.

Y en los últimos días de ese mes nos fuimos a Eten y nos embarcamos.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

---



## CAPÍTULO XXIII.

### ¡A LA SIERRA!

La travesía de Eten al Callao la efectuamos con sólo las molestias consiguientes a una navegación en que novecientos hombres se instalan donde sólo podrían ir trescientos, si se les hubiese concedido el espacio que asignan a los pasajeros de cubierta las compañías de vapores de todo el mundo; molestias que no nos llamaron la atención por ser inmensamente menores que las sufridas en otras navegaciones, especialmente en la efectuada de Arica a Curayaco.

En el Callao fuimos alojados en el cuartel de la artillería, que lo era la famosa fortaleza construída por los españoles denominada el Real Felipe.

Malo fué el alojamiento y aburrida la provisoria estada en ese puerto, tan sucio y feo, pero nadie murmuró, ¡si teníamos tan presente la ordenanza!, y, por otra parte, si ya no hacían mella en los lautarinos los sufrimientos, menos le iban a hacer las molestias.

Y cada cual procuró pasarlo lo mejor posible en los seis u ocho días que en el Callao pasamos. A mí se me dejó en ese puerto a cargo de varios enfermos y para esperar a algunos faltos, y el batallón partió a Lima,

---



En esa ciudad sólo estuvo el tiempo necesario para tomar el tren que lo condujo a Matucana, pueblo como a cien kilómetros de Lima sobre el ferrocarril al interior.

En ese pueblo se notó que "Lautaro" se había perdido. Algunos aseguraban que al bajar del tren en Lima había salido a la carrera, y uniéndose a otros de su especie se había alejado sin obedecer los llamados que se le hacían.

Se le declaró desertor al frente del enemigo. A los tres o cuatro días apareció flaco, sucio y con heridas de mordeduras sin cicatrizar. Había recorrido "a patas" el largo trayecto de Lima a Matucana.

Se le recibió con grandes demostraciones de alegría, que él agradecía restregándose con los soldados, carreras de unos a otros y cortos ladridos; se le dió de comer y se le curaron las heridas.

Pero los soldados, sus jefes, determinaron seguirle sumario por desertor. Y éste se siguió sin omitir ningún trámite, nombrándose fiscal y secretario, y el sumario se elevó a proceso y después se designó presidente y vocales del consejo de guerra y defensor. Este estuvo, según me contaron después, elocuentísimo al hacer la defensa y consiguió que no lo condenaran a muerte. Adujo como circunstancias atenuantes el largo tiempo que había estado acuartelado y que las bellezas de Lima lo habían ofuscado y hecho olvidar sus deberes; y terminó su defensa diciendo más o menos: "El vocal del Consejo de Guerra que en caso análogo al de "Lautaro" no hubiera procedido como él, que vote la pena de muerte", arranque oratorio que conmovió a los miem-

bros del tribunal. Se le condenó a ser degradado de cabo y veinticinco azotes, castigo que se le impuso ante todo el batallón.

---

En Matucana acampó el batallón varios días y de ahí se fué en tren a Chicla, término del ferrocarril de Lima al interior, que tiene un recorrido como de ochenta leguas.

En ese pueblo yo me junté con el batallón, que había llegado dos o tres días antes. Al otro día de mi llegada salimos muy de mañana a pie para el interior.

Estábamos a mediados de Enero de 1882.

A media tarde llegamos a Casapalca, lugarejo insignificante, donde nos esperaban con rancho.

Se decía que esa noche pasaríamos la primera cordillera nevada y que al término de la jornada vivaquearíamos donde no había combustible para hacer fuego, ordenándose que todos llevaran, a guisa de bastones, trozos de leña que sirvieran para hacer fuego y poder preparar rancho caliente al otro día.

En Casapalca permanecemos como hasta las cinco de la tarde y continuamos la repechada.

La novedad de llevar bastones dió ocasión para bromas y se continuó la marcha alegremente como hasta las ocho, en que se ordenó descansar.

El cielo estaba despejado...

Algunos dijeron que pronto llegaríamos a la cumbre de la cordillera y que donde estábamos se descansarían dos o tres horas, a fin de efectuar más descansados la última parte de la fatigosa ascensión.

Como el frío era muy intenso se deshicieron los rollos para abrigarnos con unos vistosos ponchos de castilla, de que se nos había provisto.



A 25 ó 30 metros de donde descansábamos divisé una especie de ramada, como de un metro de altura y otro de largo y ancho, abierto por un costado y fuí a reconocerla. Era un refugio donde una persona podía sentarse para resguardarse de la lluvia, nieve o sol.

Me agradó la ramadita y en ella me instalé, dejando cabeza y tronco adentro y las piernas afuera, pensando pasar en ella el descanso que se nos concedía...

---

Unos goterones que me cayeron en la cara me despertaron...

Quise incorporarme y no pude.

Hice un esfuerzo con los brazos y derribé la ramada...

Era de día y todo lo que divisé a mi alrededor estaba cubierto de nieve.

Intenté levantarme haciendo nuevos esfuerzos y no pude conseguirlo. Mis piernas estaban cubiertas por una gruesa capa de nieve; y no las sentía ni las podía mover...

Sólo tenía acción en los brazos y cabeza...

Llamé a gritos y nadie acudió...

Un atroz miedo y tristeza me invadió... y lloré... y recé y volví varias veces a gritar...

El sol se remontaba en el espacio y el panorama que veía era de una belleza nunca por mí imaginada. ¡Era la primera vez que veía un paraje con nieve!...

Creo que habría brincado de alegría si lo veo estando reunido con mis compañeros y al lado de mis queridos soldados; pero estaba solo y aprisionadas mis piernas por esa nieve tan hermosa, que entonces me causaba pavor...

Y comencé a sentir sed... y mi cabeza ardía... y el cuerpo estaba frío...

De vez en cuando gritaba y ponía atento oído esperando sentir algún ruido...

¡Nada!... El silencio era absoluto!...

Pasaron varias horas, no sé ni aproximadamente cuántas...

Estaba como traspuesto cuando oigo lejana voz que dice: ¡Subteniente Benavides!...

Me incorporo un tanto y grito dos, tres, cuatro o más veces: "aquí estoy!... ¡aquí estoy!"...

A poco diviso a un soldado que hacia mí se dirige a grandes zancadas, resbalando y cayendo en la nieve.

Reconozco que es Juan Bueno, mi querido asistente.

Apresuradamente me descubre las piernas y procura levantarme...

¡Imposible!... Mis piernas eran como dos garrotes...

Me las frotó con nieve y las pellizcó, pero nada sentía...

¡Estaban heladas!... Me las envuelve en su poncho, me acomoda con ternuras maternas, me dió un poco de agua, y asegurándome que vendría pronto por mí se alejó a largos trancos.

Comprendía que el percance podía ser de gravedad suma. Había oído decir que por efecto de haberse helado algunos miembros tenían que ser amputados. Y esa idea me afligía.

Pero más tranquilizado por haberme ya encontrado mi asistente me quedé en estado como de semi-sueño...



Me parecía que soñaba y confusamente recuerdo que llegó mi asistente con otro soldado y cuatro indios conduciendo una camilla... que me frotaron mucho las piernas con nieve... que me instalaron en la camilla... que los indios cargaron con ella... que me acomodaron en un carro de ferrocarril... que me subían... que me bajaban y que yo increpaba a los que se me acercaban suponiéndolos asesinos que me iban a matar...

---

Una mañana me despierta una armoniosa voz que rezaba el Padre Nuestro, Ave María y Gloria. Contesté las oraciones y sorprendido miré a mi alrededor.

Estaba en una blanda y limpia cama rodeada de cortinas a listas blancas y rojas, que formaban como un cuartito, dentro del que quedaba la cama en que yacía.

Yo escuchaba anhelante y procuraba darme cuenta en donde me encontraba...

Una blanca mano abre las cortinas y se me presenta una hermana de caridad, que hizo un movimiento de sorpresa al verme.

Con gran interés me hace varias preguntas, manifestando admiración, cuando, contestando sus preguntas, le dije mi edad y que había combatido en Tacna, Arica, Chorrillos y Miraflores, y las circunstancias de mi percance en la cordillera.

Ella me informó que estaba en el hospital Dos de Mayo, de Lima, en la sala destinada a los oficiales, por ella atendida, que me hace ver en parte corriendo las cortinas; y que en la noche anterior me había conducido al hospital un practicante que dijo venir de Chicla, no habiéndome ella recibido personalmente por haber llegado cuando las religiosas se

habían retirado de las salas. Y como yo manifestara aflicción y reprimía deseos de llorar, procuraba tranquilizarme la bondadosa hermana, asegurándome que me cuidaría mucho y que pronto sanaría.

Efectivamente, me tranquilizó saber que iba a ser atendido por esa religiosa de sonrisa y voz tan agradable. Era francesa, como de cincuenta años, muy bella y revelando tal bondad que me la imaginé santa. Se llamaba Gertrudis.

Un momento después vino el médico, acompañado de un practicante y de la hermana. Me examinó prolijamente y pinchó las piernas, y como al sentir el pinchazo las encogí dijo que la frotación con nieve había sido muy oportuna.

A mi buen asistente debo ese cuidado, pues recuerdo que todas las veces que lo miraba él frotaba mis piernas con nieve.

Después supe que en Chicla había estado a su cuidado varios días, con fiebre, en que deliraba, y que sólo por no haber accedido los jefes a sus insistentes ruegos, se había de mí apartado cuando me dejó en el carro del tren que me llevó a Lima, acompañado por un practicante.

La esmerada atención del médico y los delicados y afectuosos cuidados de la hermana Gertrudis me hicieron agradable la permanencia en el hospital, y como a los quince días dejé la cama y salí al jardín.

Estaba muy delgado, pero ya en plena convalecencia, y con un apetito tan grande que todo lo que veía comible lo quería engullir.

La buena hermana procuraba saciarme, pero no le era posible. Me servía platos colmados, me repetía de casi todos; el postre, ordinariamente arroz con



leche u otros análogos, me los servía en platos soperos rebosando, y variadas golosinas que a desacostumbradas horas me daba, sólo me producían el efecto de aperitivos, y en cuanto veía a la hermana me quejaba de hambre.

---

Por esos días la hermana Gertrudis invitó a varios oficiales convalecientes y a mí a hacer nuestro ordinario almuerzo en una pequeña pieza que había cerca de la sala, destinada a guardar diferentes objetos.

Ella nos presidía y servía a la vez; y en un momento dado dijo con gracia sin igual: "Tiene la palabra para ofrecer el banquete el capitán..." y nombró a uno del Valdivia cuyo nombre siento no recordar.

Este dice que cuando yo llegué al hospital, la hermana le había llamado la atención al gran número de niños que en las filas habían, lo que a juicio de ella era una crueldad; que con ese motivo él había averiguado cuál era el menor de todos los que en el ejército habían, que había resultado ser yo y que para celebrarme como al oficial más joven del ejército la hermana había preparado el "banquete" que me ofrecía en su nombre.

Yo quise besar la mano de la bondadosa hermana, pero no me lo permitió y se nos escabulló.

Momentos después regresó con una riquísima torta que complacida nos repartió, y a nuestras instancias aceptó brindar. Toma una copa y con ademán graciosísimo, como imitando a los oradores, comienza: "Señores... y después de una pausa agregó: Que nuestro Señor los haga muy felices y les dé el cielo"...

Y escapó enjugándose una lágrima que nos reveló su emoción.

Algunos días después dejé el hospital.

---

Se me ordenó alojar en una casa que se había destinado para albergue de convalecientes, a cargo de un capitán.

Ahí estuve varios días y a fines de Febrero o principios de Marzo, formando parte de un grupo como de cuarenta, entre tropa y varios oficiales de los diferentes cuerpos que guarnecían la sierra, fuimos a reunirnos a nuestros cuerpos; yendo todos al mando del mayor del 2.º de línea, señor Dañín.

---

Al incorporarme a mi cuerpo en Huancayo, que está como a ochenta leguas más al interior de Chicla, término del ferrocarril de Lima, mi asistente me esperaba con casa puesta. Una ramada muy bien construída como de tres metros por lado, con un catre formado por horcones de árboles enterrados en el suelo; como sommier, cañas; y como colchón y payasa, dos esteritas nuevas; había también una mesa haciendo juego con el catre.

Me agradó tanto la ramadita que quise adornarla y lo hice clavando con alfileres a la cabecera de mi cama una estampa como de 20×30 centímetros, de N. Señora del Carmen con dos soldados a sus pies, que mi madre me había mandado dentro de un delgado tubo de lata.

Y por mi buen asistente supe lo que había pasado en la cordillera, cuando me extravié del batallón.

Cuando comenzó a nevar se dió orden de apresu-



rar la marcha, viniendo a notarse que yo no iba en las filas sólo cuando se llegó al vivac destinado para descansar.

El coronel Robles ordenó a mi asistente que saliera a buscarme, y al llegar con la noticia de que estaba helado, sin poder moverme, le ordenó que con otro soldado y cuatro indios llevando una camilla fueran por mí y me condujeran a Chicla; y que cuando el jefe de esa plaza me enviara a Lima regresaran al cuerpo, juntándose para efectuar la marcha con alguna fuerza o arrieros chilenos que se dirigieran a Huancayo.

---

Me impuse también que al salir el batallón de Jauja, persiguiendo al enemigo, al pasar el Lautaro, el 2 de Febrero, un puente de cimbra denominado Huaripampa, se cortó, cayendo al agua unos treinta o cuarenta, pereciendo ahogados o reventados doce o quince soldados y quedando muchos magullados. Por efecto del accidente la división quedó cortada: de un lado la artillería, la banda de músicos, el coronel Robles y el capitán don Rómulo Correa, de la compañía de granaderos del Lautaro, y del otro lado el resto del batallón.

Algunos de los que cayeron se refugiaron en un islote y de él no podían salir porque el río era hondo y correntoso y no sabían nadar. Un soldado, gran nadador, valiente y generoso, se ofreció para sacarlos ayudándose con un caballo, al que dirigía nadando a su lado cuando venía con uno de los naufragos. "Lautaro" ayudó en la faena del salvamento.

---

También me impuse, por el relato de mis compañeros, que a principios de Febrero el regimiento se batió en el llamado triple combate de Pucará; donde, como siempre, fué derrotado el enemigo.

Por lo que entonces supe y lo que después he leído, a mi juicio, a esta acción de guerra debiera llamarse batalla y no combate, pues tiene todas las características para así denominarse. Una división nuestra de las tres armas, que operaba como ejército independiente, se bate como cuatro horas con otra división o ejército peruano.

Por nuestra parte tomaron parte en la acción el 2.º de línea y el Lautaro de infantería, algunos escuadrones de carabineros y varias baterías de artillería, formando un total de más o menos dos mil hombres; y el ejército peruano, que era regular entonces, no de montoneros, ascendía como a tres mil quinientos hombres.

Nuestras bajas fueron un capitán y trece soldados muertos, y muchos heridos; y del enemigo, dos jefes y más de ochenta muertos, entre oficiales y tropa, y crecido número de heridos. Se tomaron también como cien prisioneros.

---

Cuando me incorporé al batallón, en Huancayo, se hablaba de la necesidad de efectuar una expedición a batir a los montoneros que se divisaban al otro lado del río, invadable por lo caudaloso y encajonado.

En cierta parte del río éste se juntaba hasta quedar como de treinta a cuarenta metros, en cuyo punto había antes un puente de cimbra, que los montoneros cortaron.



En ese preciso sitio se proyectó construir otro puente y se comisionó para ello al Lautaro. Para efectuarlo, se designó una compañía, la que comenzó por armar una ramada cerca del sitio elegido y organizar un campamento en forma. También se trasladó a ese punto un pequeño cañón de artillería con la tropa necesaria para servirlo, e instalada la compañía constructora del puente, comenzaron las faenas.

Un soldado muy nadador, que se ofreció para la difícil misión, se desnudó y lanzó al río, llevando atado a la cintura un cordel y como compañero a "Lautaro". Al poner pie en tierra, en la ribera opuesta, recogió el cordel, al cual se ató un grueso cable que el desnudo y solitario soldado amarró a un árbol cuando llegó a sus manos; y del lado opuesto tiraron con fuerza hasta dejarlo bien tirante. "Lautaro" retorna entonces trayendo el cordel atado a su cuerpo, conservando el soldado desnudo una de sus extremidades.

Sobre el cable se puso un lazo de cordeles para que funcionara a modo de andarivel, y a él se amarraron los largos cordeles, a fin de que uno estuviera en manos del soldado desnudo y el otro en el de uno de la compañía.

Se ensayó si el lazo se deslizaba sin dificultad sobre el cable tirante, que por sobre el río unía ambas riberas, y cuando se comprobó que fácilmente se deslizaba en una y otra dirección, se sentó sobre él, como en un columpio, un soldado que, además de su arma y equipo, llevaba un atado con la ropa del soldado desnudo. Para efectuar el escurrimiento éste tiraba el cordel atado al lazo-andarivel y el

soldado que en él iba sentado ayudaba con sucesivos movimientos de suspensión, a fin de que se escurriera sobre el cable con relativa facilidad.

Sin dificultades de importancia llegó a la ribera opuesta.

Se devuelve el lazo y a él sube otro soldado, llevando, además de su arma, la del primero que pasó nadando, y maniobrando en igual forma que el anterior llega a la otra orilla. ¡Había ya tres soldados chilenos vestidos y armados en la ribera del río donde hasta entonces pululaban los montoneros peruanos! Y "Lautaro" que patrullaba en las inmediaciones.

Estos se dieron cuenta de las maniobras que se efectuaban, pero no formalizaron ataque, pues cuando lo intentaron se les hizo una descarga por la compañía, río por medio, y se les disparó un cañonazo.

A presenciar las emocionantes y peligrosas operaciones concurrimos casi todos los oficiales.

Ese día durmieron 25 lautarinos, con las clases correspondientes al mando de un oficial, en la ribera del río que hasta entonces había sido ocupada exclusivamente por peruanos.

Al día siguiente se continuó la tarea de pasar más soldados y diferentes materiales, alimentos y todo lo necesario para una compañía destacada independiente; y como a los quince días el puente de cimbra "Lautaro", así se le denominó, prestaba servicios. Durante esos días "Lautaro" sirvió de correo. En un tubo de lata que se le ataba al pescuezo se ponía la correspondencia.

---



A principios de Abril la compañía que comandaba el capitán don Narciso Sepúlveda, que tenía como teniente a mi hermano, y estaba destacada en la parte más avanzada de la división, en un pueblecito denominado Ñahuenpuquio, como a cinco leguas de Huancayo, fué atacada por gran número de montoneros, alcanzando afortunadamente a mandar aviso para que se les fuera a proteger.

En el combate que duró como cuatro horas, tuvo tres soldados muertos y varios heridos.

La oportuna llegada de carabineros al mando del teniente don Miguel Angel Reyes, que no dejó rincón de la sierra donde no estuvo correteando montoneros, los puso en fuga.

El 19 de ese mismo mes hubo otro combate en Chupaca, donde murieron dos soldados y varios fueron heridos.

Y el 3 de Junio en Vilca, donde murió uno. Como en estos combates yo no actué, no recuerdo pormenores, pero se verificaron en pueblecitos inmediatos a Huancayo, a donde se mandaba tropa al mando de uno o dos oficiales a dispersar montoneros.

---

En Mayo una pequeña división, compuesta del Lautaro y una parte de los carabineros, al mando del coronel Robles, expedicionó en la ribera del río hasta entonces en poder de los montoneros.

Se pasó uno a uno y con grandes precauciones el puente "Lautaro"; y en la tarde todo el batallón vivaqueaba en la opuesta orilla.

Se pernoctó ahí y al amanecer del día siguiente emprendimos la marcha.

A media tarde llegamos a las casas de una hacienda, cuyos moradores huyeron.

En un potrero cercano se encontraron dos a tres mil ovejas y se ordenó que todas fueran sacrificadas. "No se pueden llevar ni mandar a Huancayo, y si se dejan el enemigo las puede esconder en alguna quebrada", fué la explicación que oí se daba a esa matanza de ovejas.

Ahí permanecimos sólo algunas horas, y a media noche emprendimos nuevamente la marcha.

Entre dos y tres de la tarde comenzó a caer una fina plumilla, que poco a poco se convirtió en copiosa nevada que cubrió todo lo que se divisaba, alcanzando un grosor como de veinte centímetros en poco más de una hora.

La marcha cansaba mucho a la tropa, pues se hundía en la nieve; y aunque casi todos los oficiales íbamos a caballo también estábamos fatigados.

Habíamos andado como 24 horas sin tomar ningún alimento caliente y el frío era muy intenso.

Como a las cinco escampó un poco y se hizo alto en medio de la nieve a fin de ordenar las filas.

Se reanudó la marcha un poco después, y afortunadamente dejó de caer nieve, pero todo el suelo estaba cubierto con ella y costaba andar.

Ya entrada la noche llegamos muy fatigados a una hacienda denominada Inca Huasi o algo parecido.

Los carabineros contaban que el administrador y empleados se preparaban para dejar la casa cuando la rodearon y tomaron prisioneros.

Sabían los montoneros que parte de nuestro ejército expedicionaba por esos lados, pero no esperaban que llegáramos tan pronto.

El Lautaro, precedido a corta distancia por carabineros, que también cerraban nuestra retaguardia,



había tomado por senderos poco frecuentados que acortaron mucho la distancia.

Esa hacienda era la sede de los jefes montoneros. La casa era pequeña y se la destinó para cuerpo de guardia y alojamiento de los jefes. Los oficiales y la tropa dormimos en los corredores y hasta en los patios, que estaban cubiertos enteramente de nieve.

Cayó en la noche nuevamente una nevada, pero en menor cantidad.

Al día siguiente muy de mañana, salieron los carabineros a recorrer los alrededores, distribuidos en varias pequeñas partidas, y todas al llegar decían que no habían encontrado ganado de ninguna especie. Y el objeto de la expedición era, precisamente, quitarles los animales que tuvieran y batirlos, si no rehuían el combate, como casi siempre lo hacían.

Después del rancho de la mañana se ordenó a los soldados del Lautaro que excursionaran por los alrededores, a fin de dar con el paradero de los animales, pero sin retirarse mucho, en grupos y muy vigilantes.

A media tarde llegaron dos o tres soldados diciendo que habían encontrado escondido en un intrincado vallecito rodeado de serranías gran cantidad de ganado vacuno, caballar y ovejuno.

Toda esa tarde, parte de la noche y todo el día siguiente se empleó en sacar del escondite el ganado que en él tenían, al que se encerraba en los potreros cerca de la casa.

El ganado requisado ascendió a ochocientos o más vacunos, cien caballares y de ocho a diez mil ovejas.

De los caballares y vacunos se encargaron los carabineros y el Lautaro de las ovejas.

---

Se dividieron éstas en tantos piños como oficiales y sargentos habíamos, quedando desde ese momento constituídos en jefes de piños; repartiéronse también proporcionalmente los cabos y soldados; y a la hora indicada fueron saliendo los piños con sus conductores unos en pos de otros, conservando una distancia de cuatro a seis cuabras entre ellos, y se recomendó mucho no atrasarse ni apresurarse para que no se juntaran dos o más piños...

¡Qué tarea tan pesada es arrear ovejas!...

Detesto desde entonces a ovejas y carneros. ¡Son para desesperar!...

No se encuentre a esta frase segunda intención; aunque, claro, pienso en los que a ellos se parecen...

Las que me tocó conducir entonces a veces corrían jadeantes y caían y se pisaban, y a ratos se estrechaban y marchaban unas en pos de otras; pero en círculo, al que siempre daban vueltas y más vueltas.

Para que el piño siguiese la marcha había que romperles violentamente las desordenadas filas y hacer que un carnero de astas caracoleadas, mientras más caracoleadas mejor, tomase la delantera.

Al pasar por uno de los muchos abandonados carseríos que encontramos, pues el regreso lo efectuamos por el camino real, mi piño se taimó en plena plaza y por más esfuerzos que hacía no podía conseguir que siguiera la marcha. Y no se crea que reposaba, no.

Las ovejas daban vueltas y más vueltas en el mismo terreno, y antes de conseguir deshacer el círculo y que emprendieran la marcha, el piño que venía detrás, conducido por un sargento, se juntó con el mío; y las ovejas como envalentonadas con el re-



fuerzo, continuaron con más bríos las vueltas arremolinadas...

¡Yo me puse iracundo!...

“No se aflija mi subteniente”, me dijo el sargento; “lígerito las vamos a sacar”...

Hizo que le trajeran tres o cuatro carneros de los más cachudos, ordenó amarrarlos por las astas, los introdujo nuevamente a la masa de ovejas, que seguían dando vueltas y más vueltas, y en un momento dado los soldados tiraron con fuerza a los viejos carneros obligándolos a tomar el camino, y las ovejas humildemente los siguieron.

A ese sargento yo le habría dado el título de “Gran conductor de ovejas y carneros”... ¡Son pocos los que tienen ese don!

Lo malo es que algunos que lo tienen quieren conducir a todo ser viviente como a ovejas.

Más adelante, pasando un pequeño puente sobre un estero, una cayó al agua empujada por las otras, y las que seguían comenzaron a saltar al estero. Si los soldados no proceden violentamente, todas se dejan caer estúpidamente al agua. Se alcanzaron a ahogar como doscientas.

¡Y pensar que hay seres que no parecen ovejas y que proceden en igual forma!

Por fin, después de ocho o diez días de excursión, llegamos a Huancayo, y entregamos parte de los miles de ovejas y vacunos a varios proveedores para distribuirlos en las diferentes guarniciones.

Muertas por el camino quedaron muchas, tal vez más de mil.

La tropa llegó con el uniforme y botas tan destrozadas que muchos tuvieron que confeccionarse ojotas.

Y uno de los oficiales aficionado a establecer las proporciones de todo aritméticamente, decía: "Los uniformes y calzado de la tropa y oficiales después de esta expedición han aumentado su deterioro de cincuenta a sesenta por ciento". Y agregaba seriamente: "a este paso llegaremos a Lima con sólo 20 por ciento de vestuario y equipo."

Desde hacía varios días se rumoreaba que regresaríamos a Lima.

---

En el mes de Mayo recrudeció la epidemia de tifus que se había declarado unos dos meses antes. Como el número de enfermos aumentaba día a día se habilitó una casa como hospital. Y como no habían catres ni colchones se instalaba en el suelo a los enfermos; y con sus ponchos, frazadas y uniformes se les hacía camas. Y el número aumentó tanto, y eran tantos los que morían que hubo necesidad de nombrar diariamente a un oficial encargado de hacer enterrar los muertos...

Dos, cuatro o más morían diariamente...

Y morían en esa chica, fea y sucia casa habilitada como hospital y tirados en el suelo...

Y cayeron enfermos varios oficiales... Y murió el subteniente del Lautaro, don Juan Francisco Portus, y murió con pocas atenciones médicas; y se le enterró en un hoyo que se hizo en el cementerio...

Y casi no había gente para relevar las guardias y servicios de seguridad...

---

¡Un día caí yo!...

En la pequeña ramada en que alojaba fuí cuidado por mi abnegado asistente, y durante los quince



o veinte días que duró la enfermedad él no se desvistió. Reposaba breves minutos sentado en la cabecera de mi cama, apoyando su cabeza en mi almohada de paja y tomándome una mano.

No me dejaba sino cortísimos ratos y sólo para encargar a otros soldados diferentes menesteres.

Cuando el doctor iba a verme le explicaba minuciosamente cómo había pasado, y seguía sus instrucciones como la mejor enfermera... Sólo mi madre me habría cuidado mejor que él; y estoy persuadido que mediante sus cuidados salvé la vida.

---

No obstante de no declinar la epidemia de tifus y que al revés recrudecía, los jefes procuraban levantar el espíritu de la tropa, fomentando todas las diversiones que se les ocurriera a los oficiales y tropa.

Los Domingos había carreras de caballos, ordinariamente entre oficiales, pues todos teníamos por lo menos uno, de que nos habíamos apropiado en las diversas correrías persiguiendo montoneros; y a ellas concurría tropa de toda la división.

Había también de vez en cuando funciones de títeres, en que soldados aficionados movían los muñecos.

En cierta ocasión clases del 2.º de línea organizaron una función en que se representó "El médico a palos", a la que asistieron los oficiales y tropa franca de todos los cuerpos.

Recuerdo que terminada la función y cuando comenzábamos a retirarnos, se pidió con fuertes gritos no moverse porque iba a continuar la función con una "peti-pieza".

Se presentó en escena un anciano de luengas patillas blancas y una niña, y ésta comienza diciendo:

“Bello país...” “Si es flor de un día, flor de un día” dicen varios a gritos y comenzaron a retirarse.

“Silencio” se grita por muchos y la niña continúa: “debe ser el de América, papá”...

“Pues tiabís de fregar porque no tei de llevar”, respondió el viejo y cayó el telón.

La general carcajada con que fué recibida la “peti-pieza” demostró a los actores que habían conseguido éxito.

---

Mi abnegado asistente me anunció un día que había conseguido un burro para cargar nuestro equipo, y enseres para cocinar, viva preocupación que desde hacía días lo tenía malhumorado y que la adquisición del burro tranquilizó.

“Cúidelo, don Juan”, le dije “no se lo vayan a robar”. “Pierda cuidao mi suteniente, me replicó, lo tengo bien contramarcao y su pesebrera está al laito”. Y orgulloso con el burro me llevó a verlo a la pesebrera donde lo tenía con mi caballo. Y alegremente agregó: “ahora si que estamos listos pa la marcha, mi suteniente; su caballo está gordito y puede resistir muchas hambres, y con el burro cargao con el equipo y provisiones que llevaré tirando, podimos llegar hasta Santiago”. Y reía satisfecho...

¿Por qué tiene una oreja rasgada?, le pregunté. “Es la marca que le hay hecho”, me contestó. “Si andan robando burros”...

Al día siguiente no me sirvió ni el desayuno ni el almuerzo. Encargó a otro asistente que lo hiciera y faltó a la lista de la tarde.

A la hora de comida lo encontré muy preocupado y le pregunté la causa. “Un soldao del Chacabuco,



me dijo, me ha robao el burro". Y me contó que en la noche había desaparecido, que buscándolo lo había reconocido en el campamento del Chacabuco, que el soldado que lo tenía lo había contramarcado cortándole la oreja que él sólo había rasgado, y que no quería entregarlo. "Pero hey den'contrar otro p'al equipo y las provisiones", agregó con resolución.

Amaneció al día siguiente enfermo...

Lo hice ingresar al feo y sucio hospital, donde quedó tirado en el suelo... como todos los demás...

En la tarde fuí a verlo y deliraba...

"El burro es de mi suteniente Benavides", decía, "me lo robaste anoche" "le abís cortao la oreja, pero contraná; entrégalo lairón...

Y como llevado de otra idea y haciendo demostración de defender algo que tenía debajo de las prendas de ropa, que arrolladas formaban una especie de almohada, gritaba: "Si es de mi suteniente Benavides, no me lo hay robao"...

Se refería a un libro que le había encargado me guardara con especial cuidado, que puso bajo la almohada...

Mi fiel y abnegado asistente murió dos días después...

---

---

## CAPÍTULO XXIV.

### ¡DE LA SIERRA!

Al comenzar Junio la situación de la división era muy difícil.

La epidemia de tifus recrudecía.

El calzado y uniforme estaban en pésimas condiciones. Se dijo que se habían mandado botas de Lima, y como no llegaban corrió el rumor, no sé con qué fundamento, de que el enemigo las había tomado.

El capitán de mi compañía, don José de la Cruz Barrios, cae enfermo de tifus...

Poco después cayó también el teniente de la compañía don Severo Ríos...

Quedé como comandante accidental de la compañía...

Se hablaba insistentemente de que la división regresaría a Lima.

El coronel del Canto, que había partido a Lima con el fin de convenir con el general Lynch la forma de efectuar el repliegue a Lima de la división, regresó a fines de Junio y ordenó preparar la marcha de regreso.

Con este objeto varias pequeñas partidas al mando de oficiales, salieron a requisar burros y cabalgaduras aptas para conducir a los enfermos menos graves.



Y con cueros de vacunos y ramas de árboles o trozos de madera, se hicieron camillas para los más graves, que debían ser conducidos por indios que fueron tomados con tal fin.

A 450 ascendía el número de enfermos, de los cuales más de setenta debían ir en camillas.

---

He dicho anteriormente que el subteniente señor Portus falleció en Huancayo de tifus y que fué enterrado en un hoyo que se abrió en el cementerio.

Efectivamente así ocurrió, pero sus huesos no yacen en ese pueblo.

El subteniente don Anastasio Pérez, muy amigo suyo, se propuso traerlos a Santiago para entregarlos a su familia y consiguió su objeto.

Un día le oímos exponer con toda sencillez el plan que quería realizar, y creo que a todos los que lo oyeron les pasaría lo que a mí: se me erizó el cabello, sentí escalofríos, lo miré como a un ser superior y me dieron ganas de abrazarlo.

El plan consistía en desenterrar el cadáver, destrozarlo, hacer hervir los pedazos hasta que la carne se separara de los huesos, sacar éstos y volverlos a hervir hasta que quedaran bien limpios, verter en un hoyo hecho con ese fin el caldo y carne, secar prolijamente los huesos después de un enjuague con alcohol, colocarlos en una caja de lata mandada hacer para el objeto y hacerla soldar...

¡Y como nos lo dijo así lo hizo!...

Y durante toda la penosa marcha de regreso a Lima, el subteniente Pérez condujo y cuidó el cajoncito que contenía los huesos de su amigo el subteniente Portus...

¡Yo nunca he oído relatar ni leído un caso análogo!...

¡Y creo tener legítimo motivo para estar enorgullecido por haber sido compañero y amigo del subteniente don Anastasio Pérez!...

---

El cinco o seis de Julio salieron con dirección a la Concepción, cabalgando burros, cuarenta o cincuenta de los enfermos menos graves de mi batallón, entre los cuales estaba el teniente de mi compañía don Severo Ríos, enfermos que iban al mando del teniente don Abraham Guzmán.

Para el día 9 se dispuso comenzar la evacuación del territorio que ocupábamos, debiendo emprender la marcha después del desayuno y de la misa, pues ese día caía en Domingo. Era capellán de la división el R. P. Correa, dominico. 134

Después de la lista de retreta del 8, el coronel Robles se acercó a la rueda de capitanes, entre los que me encontraba como comandante accidental de la primera compañía y nos dijo más o menos: "Como llevamos tantos enfermos en camillas y los montoneros están envalentonados, hay que observar estrictamente las instrucciones dadas para mantener el orden en la marcha. De avanzada, una compañía lista para entrar en combate; quinientos metros después aproximadamente, los enfermos que puedan ir en burros, y las camillas cargadas por los indios custodiadas cada una por un soldado, que llevará los cordeles con que se aten los indios entre sí. Cada compañía debe nombrar diariamente los soldados-custodias, y todos los enfermos del batallón deben ir a las órdenes de un oficial al que se recomendará que las camillas vayan lo más juntas que



sea posible, para no alargar demasiado la columna en marcha, y que en caso de alarma dejen el camino libre y hagan alto. Después de los enfermos el resto del batallón en filas de a cuatro, procurando la mejor formación y listos para entrar en combate; y a retaguardia los animales que carguen los útiles de rancho, los bagajes y los asistentes que lleven animales de tiro”.

Preguntó después cuál era la compañía nombrada para ir de avanzada, y al responderle que la mía, me preguntó cómo la conduciría. “En la forma que se nos ha enseñado”, le respondí. “Cuatro soldados y una clase a cien metros aproximados, destacados a vanguardia, y después la compañía”.

“Procure expedirse bien como comandante de la compañía”, me observó; “que no me vea obligado a mandar a algún teniente agregado a tomar el mando de ella”. “Y cuando llegue a la Concepción”, me agregó, “diga al comandante de la guarnición que tenga cuidado de que no se atrase el rancho para la tropa, y en especial la dieta para los enfermos”.

Nos retiramos de la rueda y nos dirigimos a nuestras compañías.

Me cercioré de que estuviesen nombrados los soldados encargados de la custodia de los indios que cargarían las camillas, y pregunté especialmente cuál era el designado para mi capitán Barrios, al que dejé también su asistente.

¡Lo que sufrió el pobre capitán quemándose con la fiebre, durante el traqueteo de la camilla donde yacía su atormentado cuerpo, en ochenta leguas de marcha a pie y otras ochenta en ferrocarril!...

¡Frisa actualmente en los ochenta años y está tan fresco!...

¡Parece tallado en pellín!...

¡Y todavía es capitán!... ¡Y con sólo parte del sueldo!...

---

Tenía ya lista la compañía para salir al día siguiente, cuando recibí orden de no hacerlo.

Llegaban noticias en ese momento de que las compañías del Batallón Santiago, que estaban destacadas más al interior de Huancayo, en Marcabelle y Pucará, habían sido atacadas y se estaban batiendo.

Efectivamente, se batieron y resultaron dos oficiales y diecisiete individuos de tropa muertos y varios heridos.

Pero antes de saberlo hubo cierta agitación en el campamento. Se decía que se habían mandado refuerzos y que posiblemente saldría también el Lautaro, y gran parte del día se pasó esperando nos mandaran de un momento a otro a reforzar al Santiago.

---

Después de la lista de retreta se ordenó la marcha para el día siguiente, en la forma y a la hora en que debió efectuarse ese día.

El 10 muy de mañana emprendí la marcha en dirección a la Concepción como avanzada de mi cuerpo, que lo era de la división, y en la forma ya dicha.

Durante el trayecto nada anormal observé.

Sólo al aproximarnos al pueblo y cuando distaba de él como trescientos a cuatrocientos metros, me llamó la atención que no viniera ningún soldado del Chacabuco a esperarnos, pues tal era la costumbre.

Ordené alto y comuniqué a los subtenientes que llevaba a mis órdenes, señores Salas Marchan y <sup>FR</sup>Martínez, mi extrañeza por esa circunstancia; pero sin intranquilidad, suponiendo que la compa-



ña que guarnecía el pueblo se habría retirado de él por causas por mí ignoradas, pero que sabrían los jefes.

No obstante, ordené al subteniente señor Salas fuera a dar cuenta de lo observado al coronel Robles, y dispuse que el sargento primero señor Benjamín Lazcano avanzara con cuatro soldados, procurando inquirir lo que en el pueblo pasaba.

A poco regresó y me dió cuenta de que no se divisaba a nadie y que parecía que el pueblo estaba abandonado por la guarnición y por sus habitantes.

En esos momentos llegó el subteniente Salas y me dice que había encontrado a un capitán del Chacabuco que le preguntó por qué andaba solo; y que al responderle la causa le había ordenado incorporarse a la compañía y que ésta esperara órdenes.

Pero creí que cumpliría mejor con mi deber entrando al pueblo, ya que él iba de avanzada, y así lo efectué; ordenando al subteniente Salas entrar con una cuarta por un lado, al primero Lazcano con otra cuarta por el lado contrario, y yo con la mitad restante y el subteniente Martínez de frente.

Salvo el subteniente Salas que encontró a un individuo a caballo que fué muerto al intentar huir, después de intimarle rendición, los demás llegaron sin novedad a la plaza casi al mismo tiempo, y a la vista del cuartel incendiado y de los cadáveres esparcidos en sus inmediaciones, hice lo que el guardián cuando descubre un crimen: no permitir tocar nada hasta que llegue el juez; y mandé al subteniente Salas a dar cuenta.

Minutos después comenzaron a llegar por diferentes puntos tropas del Chacabuco y del Lautaro y a poco toda la división.

Las preocupaciones de novel comandante de compañía sólo me permitieron examinar ligeramente el sitio de la hecatombe. Con los 76 del Chacabuco cayó también el soldado de mi compañía Pedro González, que quedó en ese pueblo por haberse agravado yendo en la caravana de enfermos que conducía el teniente Guzmán.

¡Es de justicia que esto no se olvide: en la Concepción cayeron 76 del Chacabuco y uno del Lautaro!

Ese día hubo dificultades para la confección del rancho que se suministró muy entrada la noche, y después de consumirlo, cada cual se acomodó para dormir lo mejor que pudo no separándose de sus compañías, cada una de las cuales formaba como núcleos separados.

Como es sabido, el comandante del Chacabuco ordenó sacar los corazones a los cadáveres de los oficiales para traerlos a Chile; y fueron enterrados junto con los de la tropa en la iglesia del pueblo; y cuando de él se retiró la división los carabineros que cerraban nuestra retaguardia le prendieron fuego, a fin de que sus escombros cubrieran la fosa en que yacían nuestros héroes-mártires.

---

Al día siguiente continuó el repliegue a Lima de la división después del desayuno de caldo, carne cocida y café.

A partir de entonces, aunque la marcha se efectuaba en el orden dispuesto desde Huancayo, se hacía desordenadamente por diversas causas. Ya eran algunas camillas que se dispersaban un tanto, que



algunos avanzaban en burro y rompían las filas, que otros descansaban cuando la generalidad marchaba, etc.

Lo que más preocupaba y fastidiaba era la custodia de los indios que conducían las camillas de los enfermos graves, pero como se comprendía que al no tenerlos, la marcha se dificultaría más aún, se les cuidaba y vigilaba.

Era un espectáculo triste y grotesco el que presentaban esos infelices.

Cada uno de ellos iba atado con un cordel de un pie, cuya extremidad conservaba el soldado-custodia, y se les ataba además el otro pie con el de un compañero a fin de formar colleras, dos de los cuales se destinaban para cargar una camilla.

En las noches se les juntaba y siempre acollerados se entregaban al reposo, custodiados por uno o más centinelas.

Los enfermos sufrían horribilmente con el traqueteo de sus camillas y la falta de medicinas y alimentos adecuados.

Yendo en marcha, poco antes de llegar a Jauja, se mandó reconocer unos cerros donde se divisaban montoneros. Al acercarse nuestras tropas huyeron disparando unos cuantos tiros, uno de los cuales mató al soldado José Santos Bruna. Según se supo, eran los montoneros de Matahuasi, pueblo de indios con fama de feroces.

Y sin novedades de importancia y marchando en la forma dicha llegamos el 13 a Jauja, guarnecido por una o dos compañías del Chacabuco, y donde se nos esperó con rancho, y a Tarma el 14, también

guarnecido por el Chacabuco, donde se decía pasaríamos varios días y donde también había preparado rancho.

---

Tarma es una ciudad importante, como de diez mil habitantes, con regulares casas, iglesias, hoteles, etc., y queda como a cuarenta leguas de Chicla, término del ferrocarril de Lima a la sierra. Se había avanzado como la mitad del camino que había que recorrer a pie.

Someramente describiré su topografía, apelando sólo a mis recuerdos.

Desde dos o tres leguas antes de llegar a Tarma, viniendo del interior, el camino es por el fondo de una quebrada que se abre en forma de valle al llegar a la ciudad, quedando Tarma en el fondo de él, rodeada completamente por altos y escarpados cerros.

Como una legua antes de llegar a Tarma, y al pie de un altísimo cerro, está el caserío de Tarma-Tambo, abandonado entonces por sus moradores.

---

Como a las cuatro de la tarde de ese día se me ordenó ir con mi compañía de avanzada a Tarma-Tambo, a guardar el camino a Jauja a fin de evitar posibles ataques a la división por sorpresa.

Al llegar a ese caserío establecí el vivac de la compañía al pie del alto cerro, que en suave pendiente de doscientos a trescientos metros se extendía hasta el camino que pasaba por el fondo de la quebrada. Al otro lado de ella seguía también en suave pendiente otra extensión de terreno de trescientos metros aproximados; y en seguida los cerros que formaban la quebrada por ese lado.



Al amanecer noté que estaba rodeado de enemigos, pero todavía fuera de tiro.

Pregunté al subteniente señor Salas Marchan si aceptaba la comisión de arriesgar su vida para salvar a la compañía, procurando romper el cerco en que estábamos, e ir a dar cuenta de la situación. Me respondió que sí, pero que le prestara mi caballo que era mejor que el suyo.

Mientras lo ensillaba y salía hice trasladar a un corral cercano destinado a guardar ganado, tiestos con agua, y a él trasladé la compañía y organicé la resistencia, que sólo consistió en sacar algunas piedras de los muros para abrir agujeros, a modo de troneras, para por ellos disparar.

Durante las siete u ocho horas que duró el asedio el enemigo intentó diez o doce asaltos.

Para contrarrestarlos con éxito prohibí hacer fuego hasta que yo ordenara una descarga cerrada y después de ella fuego a discreción.

El enemigo preparaba sus asaltos cuidadosamente. Venían en primeras filas y como en línea de tiradores, de treinta a cuarenta hombres de uniforme y con rifles, que eran, al parecer, sus mejores tiradores. En seguida, varias filas un tanto compactas de indios con lanzas, en los flancos a tres o cuatro metros unos de otros, indios con hondas y como circundando la columna atacante, rifleros de uniforme, desplegados en guerrillas, que cubrían la retaguardia y flancos, ocupando como 200 metros de frente con un fondo de 100 o más.

Avanzaban gritando "¡ríndanse chilenos y los perdonamos!"... Entremezclados con el de "¡Si no se rinden los matamos a todos como en la Concepción!"...

En cuanto se movía la masa atacante los soldados comenzaban a elegir a cuáles les harían las punterías, como si se tratara de una partida de caza o tiro al blanco, y comentaban la forma ridícula y grotesca de combatir con agudas chuscadas.

Cuando ordenaba "apunten", todos guardaban silencio y apuntaban sirviéndoles de mampuesto las troneras, y al dar la orden "fuego", disparaban y prorrumpían en un "¡Viva Chile!" estruendoso, y después continuaban haciendo fuego con calma.

Obedecían convencidos, la orden de hacer bien las punterías y disparar pausadamente, pues se daban cuenta de la importancia que tenía el no desperdiciar municiones. ¡Sólo teníamos ochenta tiros por hombre!...

De la enorme masa atacante caían, naturalmente, muchos muertos y heridos, y eso los desmoralizaba, no aguantaban sino uno o dos minutos más los disparos de mis soldados, y retrocedían a la carrera y desordenadamente hasta ponerse fuera de tiro.

Esta es la explicación por qué hubo tanta diferencia en las bajas de ellos y nosotros.

Alborozados los soldados comentaban la forma de avanzar y de huir.

Yo estaba intranquilo, pues me preocupaba mucho la incertidumbre sobre si el grueso de la división sabría la crítica posición en que me encontraba, y el que pudiera faltarme la munición.

Si el subteniente Salas, pensaba, ha conseguido llegar a Tarma, el refuerzo llegará de una a dos de la tarde, nunca antes de medio día; y si no ha logrado escabullirse por entre los enemigos y está oculto



esperando ocasión propicia para pasar o lo han muerto, sabrán mi situación sólo cuando vengan a relevarme, que será al caer la tarde.

Y decía a los soldados, aparentando gran confianza, que en el peor de los casos a las cuatro o cinco seríamos reforzados, y que entonces tomaríamos a los enemigos entre dos fuegos.

Los soldados, poniéndose en el caso de agotar las municiones o que reforzados los enemigos intentarían un ataque más enérgico, ideaban y discutían entre sí la forma de resistir.

¡Ninguno propuso la rendición!...

Uno de los soldados socarronamente dijo: “¡No tener siquiera un cartucho e'inamita por barba pa cuando se acabe la munición!”...

“¿Y de qué nos serviría la dinamita?”, le pregunté sorprendido.

“¡La pregunta de mi suteniente!”, me respondió con picaresca sonrisa: “Los dejábamos llegar, mi suteniente, y nos cargábamos toos con un cartucho e'inamita, y en cuanto no más hubieran entrao toos al corral ¡pum!... ¡lo alorosos que queaban los cholos!”...

Con grandes risotadas fué acogida esa hipotética solución.

“Y dei qu'hicieran lo que se les antojara con los peazos”, agregó otro, “ensuciaos no más tenían que salir”...

Y un tercero, que seguramente pensaba en los horrores de la Concepción, melancólicamente agregó: “Así nos librábamos de vernos martirizar y de ser martirizados”...

Poco después de mediodía los enemigos efectuaron un asalto más serio que los anteriores. Momen-

tos antes habían recibido un considerable refuerzo de tropas regulares de infantería y caballería, bien uniformadas y armadas de rifles.

Bajaron precedidas de una gran bandera y banda de músicos de los cerros que tenían a retaguardia.

A poco de llegar hicieron desplegar tres guerrillas que, en escalones distantes unos de otros como cincuenta metros, avanzaron en son de ataque y traspusieron la quebrada, y gritando fuerte "rín-danse y no los matamos", continuaron avanzando al trote. La masa de indios seguía a retaguardia.

Los dejé acercarse un poco y ordené una descarga cerrada, y después fuego a discreción.

Creí entonces que hubieran intentado llegar a toda costa hasta el corral en que nos defendíamos; y en previsión de que así lo hicieran, ordené armar bayonetas.

Les faltó el coraje del chileno y no lo intentaron: y tomando momentos después a sus heridos, y a algunos muertos, retrocedieron a la carrera en vergonzosa fuga.

Algunos soldados y clases me rogaban ordenase seguirlos calando bayonetas, pero no los complací. El corral que nos servía de parapeto era espléndida posición para poder cumplir la comisión que se me había confiado, de guardar el camino para evitar ataques sorpresivos a la división y estimé que no debía abandonarlo.

Como a las dos de la tarde divisamos en un recodo del camino por el lado de Tarma, grupos de gente que supusimos nuestra.

Efectivamente, momentos después se dispararon al enemigo desde ese grupo, varios cañonazos, y



fuerza nuestra de infantería comenzó a avanzar al trote desplegadas en guerrillas.

¡El subteniente Salas había burlado al enemigo y roto el cerco!...

Inmediatamente dejé el corral, y desfilando por la ladera me dejé caer a la quebrada a fin de tomar al enemigo entre dos fuegos, sin ser dañado por mis compañeros, ni yo herir a ellos.

Momentos después el enemigo emprendió la fuga hacia los cerros que tenía a su retaguardia.

Nosotros tuvimos dos soldados heridos y el enemigo dejó en el campo más de veinte muertos. Sus heridos y algunos muertos, ya lo he dicho, los cargaban en hombros y se los llevaban.

Durante todo el combate, yo usé, a guisa de espada, el tubo de lata donde guardaba arrollada la estampa de la Virgen del Carmen, regalo de mi madre, y de vez en cuando la invocaba mentalmente.

Este combate ha sido declarado acción distinguida para mí, debiendo haberlo sido para toda la compañía (1).

---

El día siguiente, 16 de Julio, fué Domingo y fiesta de Nuestra Señora del Carmen. Temprano se celebró una misa de campaña, a la cual asistió toda la división.

Minutos después de terminada llegó anuncio de que el enemigo atacaba a la compañía del 2.º de línea, que estaba de avanzada en el caserío denominado San Juan Cruz, como a una legua, guardando

---

(1) Pueden verse los documentos que comprueban este hecho en la Historia de Ahumada Moreno, Tomo 7.º pág. 211.

el camino que por escarpadas sierras conducía a "Maco", residencia muy poblada de indios, muy alborotados entonces.

Inmediatamente salió el coronel del Canto con dos compañías del 2.º de línea y dos del Lautaro a reforzar a la compañía atacada.

La mía quedó descansando en Tarma.

En la tarde, al llegar las compañías que habían salido, se relataba y comentaba animadamente los incidentes del combate en San Juan Cruz, donde se le infligieron muchas bajas a los montoneros, entre otras la de un jefe de cuerpo, y se les tomó parte de sus bagajes.

---

Al día siguiente se hicieron aprestos para pasar en Tarma varios días. Se decía que sólo se mandarían los enfermos a Lima, bien custodiados por uno de los batallones de la división, el cual regresaría a Tarma o quedaría en Chicla.

Otros rumores eran de que iban a llegar refuerzos, que se establecería el cuartel general en Tarma y que después de descansar algunos días con uniforme y calzado nuevos, se limpiaría de montoneros toda la región. Se decía también que el 3.º de línea que guarnecía Cerro de Pasco, había sido aniquilado, y otros afirmaban lo contrario y que de un momento a otro llegaría a juntarse con el grueso de la división.

De tantos rumores lo que sacábamos en limpio era que sólo el coronel del Canto y tal vez los jefes de cuerpos sabían la verdad y se la reservaban; pero que era cosa resuelta permanecer en Tarma varios días a lo menos.

Y bajo esta creencia se procedía.



Cada cual procuraba acomodar su alojamiento lo mejor posible; muchos remendaban sus uniformes, otros componían o hacían nuevas ojotas y todos pensaban proveerse de algunos comestibles extras.

Tras muchos afanes y trajines yo conseguí bañarme y ponerme ropa interior limpia. ¡Fué una delicia!... ¡No me había desnudado ni sacado las botas desde el día 7 en Huancayo!... ¡Y como yo todos!...

---

Reposaba la noche del Lunes 17, dispuesto para un largo sueño, acostado descalzo, lo que no hacía desde Huancayo, cuando el cabo de cuartel me despertó y dice que el coronel Robles me llamaba. Acudo presuroso y encontré, o llegaron momentos después, los comandantes de compañías.

“Sin toques de corneta y guardando el mayor silencio, nos dice el coronel, preparen sus compañías para salir dentro de una hora. Deben llevar a sus enfermos y todo el equipo. La marcha y todas las órdenes deben trasmitirse a la voz y evitando gritos y carreras”.

El batallón desfiló después de la media noche en silenciosa marcha. En voz baja se hacían conjeturas sobre el significado de la nocturna y silenciosa partida. Creían algunos que el coronel del Canto intentaba algún golpe de sorpresa a los montoneros, y replicaban otros que no, que se había elegido al Lautaro para llevar los enfermos a Chicla; y pensaban algunos que nos mandarían hasta Lima, y otros

exclamaban “qué esperanza, al Lautaro no lo dejan sin formar parte de la expedición de que se hablaba en Tarma, por ser el cuerpo más andador, más subordinado y de más empuje”. “De más ñeque”, rectificó el soldado que se lamentaba en Tarma-Tambo de no tener dinamita.

Pero la verdad era otra.

Salimos de Tarma y nos internamos por una angosta quebrada formada por altísimos cerros, en parte como cortados a pique.

Una espesa neblina sólo permitía ver a corta distancia.

Como el frío era muy intenso me cubrí las piernas con una frazada, pedí a un soldado que me la acomodara bien para que no se corriera y subí el cuello y capucha del poncho de castilla.

Cuando comenzó a aclarar pudimos darnos cuenta del paraje por donde marchábamos...

No creo exagerar al decir que los cerros serían de 300 o más metros de altura, y tan pendientes que en parte parecían gigantescas y deterioradas murallas, colocadas en forma irregular para con ellas delinear una dilatada avenida de cuarenta a cincuenta metros de ancho y en ciertas partes, a lo más, cien metros.

El largo trecho que abarcaba el batallón desfilando por esa quebrada, llevando todos los vistosos ponchos que teníamos, única prenda sin roturas ni remiendos, presentaba el más bello y pintoresco aspecto, cuando al amanecer pudimos ver el paraje por donde íbamos.

Al venir el día los montoneros nos descubrieron y nos dejaron caer de las alturas grandes piedras,



que al rodar desprendían multitud de otras más pequeñas. A esas máquinas de guerra los indios les daban el nombre de "galgas". Afortunadamente no nos hicieron grandes daños, salvo contusiones sin importancia, que por cierto no hicieron gracia a los que las recibieron.

Poco después salimos de esa quebrada y como al medio día llegamos a un lugarejo denominado Mollobamba, abandonado, como todos entonces, por sus moradores.

Ahí se descansó una o dos horas y se rehicieron las filas.

"¿Se comía algo?" probablemente, pensarán algunos.

Lo que cada cual pudo... muy poco... y los enfermos nada.

En ese paraje supimos que toda la división había salido de Tarma, dándole a cada batallón hora diferente para emprender la marcha a fin de evitar confusiones.

Salió de Tarma toda la división en esa forma porque se supo que el ejército de Cáceres quería atacarnos sorpresivamente, y esa ciudad era para nosotros como una ratonera sin salida. Para efectuarla, había que burlar al gato, y lo burlamos.

Y continuó la penosa marcha...

Esa marcha que a todos nos traía tan fatigados, pero que para los enfermos constituía un verdadero martirio... para enloquecer...

¡Y comenzó a nevar!...

Las filas se desorganizaron, pero la gran mayoría marchaba con sus oficiales a la cabeza, con relativo orden. Sólo algunos más fuertes o impacien-

tes, se adelantaban, y otros pocos, más débiles o agotados, se retrasaban...

De la camilla de los enfermos había que estar sacando nieve constantemente...

Esperábamos encontrar rancho en La Oroya y ahí poder descansar; y, por fin, se llegó a ese pueblecillo a media tarde...

¡No había rancho!...

Se decía que pronto se prepararía... Efectivamente, los rancheros llegaron con un cuarto de animal vacuno; se cortó en presas y se puso a cocer... con sólo sal!... no había ni papas, ni arroz, ni frangollo, ni trigo... No había nada que poder agregarle...

Ya entrada la noche, ¿a las ocho?... ¿a las nueve?... no lo sé, se repartió un pobre caldo... que encontré más sabroso que los que después he tomado en banquetes, y se nos dió un pequeño trozo de carne cocida...

¡Y nada más!...

Y nos amontonamos en las casitas y galpones que ahí había, revuelta la tropa con los oficiales, para guarecernos de la menuda nieve que caía sin cesar... y así pasamos la noche...

Y afirmo con verdad que no hubo ningún acto de insubordinación, que sólo algunos conversaban íntimamente con algún amigo de lo que sufrían, pero nadie murmuró, ni recriminó a nadie; y que los oficiales y clases eran tratados por los soldados con el mismo respeto de siempre y prodigándonos atenciones, aún en los momentos en que confundidos todos nos amontonábamos en el húmedo y sucio suelo.

Y pasamos dos días más en ese pueblo, que era un



charco, comiendo sólo una vez al día un pedacito de carne y unos tragos de caldo.

Se decía que había que esperar al 3.º de línea.

---

Este batallón, que también formaba parte de la división, estaba destacado en Cerro de Pasco.

En La Oroya bifurcaban los caminos a Tarma, Jauja y demás pueblos que ocupaba la división.

Cuando se dió el orden de evacuar los territorios ocupados, el 3.º recibió también la de replegarse a La Oroya, y ahí se esperaba encontrarlo.

Como no estaba, ni de él llegaron noticias, se temía que le hubiera ocurrido alguna desgracia.

Afortunadamente, el retardo no fué por esa causa, pero sólo mediante la pericia de su comandante, coronel señor Gutiérrez, y a la resistencia física del personal de su cuerpo.

Tuvo noticias que el enemigo lo esperaba en cierto paraje donde era imposible defenderse; donde sólo se habría podido perecer con gloria.

Y él intentó salvar su cuerpo y lo consiguió.

No tomó el único camino que había para salir del pueblo en dirección a La Oroya, pues si así lo hace cae en la emboscada que se le tenía preparada. Se internó por la cordillera y después de varios días de marcha, siempre pisando nieve y subiendo y bajando cerros, se dejó caer a La Oroya por donde nadie hubiera sospechado.

Quedaron seis soldados helados en plena cordillera.

Pero no dió al enemigo la satisfacción de otra Concepción más grande y salvó su batallón.

---

Antes de seguir, y apartándome un tanto del plan que me he trazado, voy a consignar un hecho de armas muy importante: la defensa del puente de La Oroya, efectuada por media compañía del 3.º de línea, al mando del teniente don Francisco Meyer.

En los primeros días de Julio, cuando el general señor Cáceres determinó la ofensiva contra la división de la sierra, intentó cortar ese puente a fin de dejarla embotellada, pero el teniente Meyer con sus tercerinos lo impidió tras porfiada resistencia.

Esa acción fué declarada distinguida y se ascendió a capitán al teniente Meyer.

---

Dos días permanecemos en La Oroya y continuamos la marcha después de repartírsenos un poco de caldo y un pequeño trozo de carne cocida. El café se había agotado hacía varios días.

Y la persistente y finísima plumilla de nieve caía insistentemente...

No formaba capa ni montones de nieve sino charcos y en ellos quedaban pegadas las ojotas...

Lós alrededores que abarcaban la vista sí que se divisaban cubiertos de nieve y presentaban un majestuoso aspecto.

Y llegamos a un triste caserío denominado Saco, y continuamos...

Las filas iban desorganizadas, pero gran parte de los soldados con todos sus oficiales y clases, mantenían el núcleo de las compañías...

Las camillas iban dispersas y sobre ellas se acumulaba nieve...

Se decía que varios enfermos que las ocupaban habían fallecido en el trayecto y que algunas camillas con sus ocupantes quedaban abandonadas



porque los indios huían aprovechando distracciones de sus custodias.

Y pasamos por otro caserío denominado Pachachaca y continuamos arrastrándonos...

Y ni breves momentos dejaba de caer la antipática plumilla.

En la tarde comenzamos a llegar a Morococha, donde debíamos pernoctar.

Antes de llegar, muchos oficiales que venían a caballo tuvieron que abandonarlos, porque las pobres bestias venían exhaustas por falta de alimento.

---

En esos momentos llegó "Lautaro" jadeante.

Corría de unos a otros, daba lastimeros aullidos y hacía demostraciones para que lo siguieran.

Se ordenó a un sargento y a un soldado, a los que se proporcionó caballos, que se dejaran conducir por "Lautaro". Este los llevó hasta donde un soldado que había quedado rezagado, como a una legua de donde estábamos.

La nieve iba tapándolo y estaba en un sitio donde los carabineros que cerraban la retaguardia no habrían podido verlo.

Se le acomodó en uno de los caballos y emprendieron marcha de retorno, turnándose para uno cabalgar mientras el otro tiraba el caballo en que iba el soldado semi helado.

Al llegar se le hizo reaccionar con fricciones de nieve y algunos otros remedios que pudo hacersele y mejoró.

¡Es que nuestros soldados parecían entonces de cemento armado y raro era el que tenía el estigma de enfermedades vergonzosas!

---

¡Morococha!...

Cuando llegué a ese pueblecillo me senté en el húmedo suelo y lloré algunos momentos sollozando... ¡Tal era la desolación que ví!...

Pero avergonzado reaccioné y me puse a cumplir mis obligaciones de comandante de compañía y elegí un sitio para que en él se fueran juntando, a medida que llegaran, los soldados de mi compañía.

Y todos al llegar se preguntaban si habría algo que comer y se respondía que nada había. ¡Ni para los enfermos!

¡Y todos teníamos mucha hambre!

De los ranchos del lugarejo sacaban los carabineros, como en La Oroya, la paja de los techos, la lavaban para quitarle el polvo y la daban a sus caballos...

Hacía dos o tres días que se había terminado el forraje.

Y con las maderas de los ranchos destechados para alimentar el ganado, se hacían fogatas y a ellas nos acercábamos para calentarnos.

Algunos allegaban los cachuchos y platos de las caramañolas para calentar agua, que bebían sola... sin agregarle ni té... ni café... ni siquiera azúcar, y riéndose decían: "está riquísimo el café"...

Cuando organicé un poco el vivac de mi compañía me envolví en mi poncho y capote y me tiré al suelo.

☞ Hacia la media noche me despertó mi asistente, el nuevo que tenía, que siendo muy bueno estaba distante de ser como mi anterior, ni menos como mi querido e inolvidable Juan Bueno, y me ofreció un poco de caldo y un pedazo de carne, que acepté agradecido, y comí con voraz apetito, sin preguntar por su procedencia.



A la mañana siguiente supe que la "llama" del coronel Robles, una que quería y cuidaba mucho y que en las formaciones acompañaba a la banda yendo suelta, pues estaba muy domesticada, había desaparecido . . .

En la noche algunos soldados la sacrificaron y pusieron a cocer sin agregarle nada más que sal... ¡Era lo único que quedaba! . . .

---

Continuamos al otro día para Casapalca y a medio camino tuve que seguir a pie porque mi pobre caballo no resistió más . . .

Y cuando ahí llegamos no encontramos tampoco qué comer . . .

Y amontonados en ese caserío volvimos a pernocular sobre el húmedo suelo . . .

Y la nieve seguía cayendo y todo estaba encenagado . . .

Al día siguiente continuamos a Chicla, aunque la nieve no cesaba de caer; pero sacando fuerzas de flaqueza seguíamos arrastrándonos . . .

---

Cuando, a media tarde, divisamos Chicla, término de la penosa marcha a pie, recobramos la alegría y sin esperar órdenes, por tácito acuerdo, reorganizamos las filas, nos despojamos de los abrigadores ponchos y con ellos hicimos rollos, dimos un sacudón a los andrajos que vestíamos, erguimos los cuerpos y al entrar a Chicla el aire marcial reapareció, no siendo óbice para ello los harapientos uniformes.

Estaba equivocado el oficial que pronosticó que llegaríamos con 20% de uniforme. El con que se

llegó a Chicla, prudentemente calculado, representaría 12 1/2 y el calzado 7 1/2 %. ¡Nada más!...

Y el porcentaje medio indicado alcanzaba a esa cifra porque los ponchos de castilla, considerados prenda de uniforme, tendrían de deterioro sólo 50% (1).

En esta marcha murieron helados cuatro soldados del Lautaro. A otro, de apellido Ibáñez, los indios que cargaban su camilla lo dejaron abandonado, y como no apareció cuando se le mandó buscar, se le dió de baja como muerto en la cordillera, pero afortunadamente no murió y los carabineros lo recogieron. Quedó tullido.

Algunos años después, en un viaje que hice a la capital desde Valparaíso, donde residía, lo ví arras-trándose para llegar a las oficinas militares a pro-curar probar que no había muerto. ¿Lo consiguió? No lo sé.

Y durante esa larga campaña a la sierra, siete me-

---

(1) El general Lynch, en el parte que pasó al Gobierno sobre estas operaciones militares, dice:

“El 17 en la noche la división se puso en marcha hacia La Oroya, a donde llegó al día siguiente, después de haber perdido, helados en la cordillera, cinco individuos de tropa y seis prisioneros...”

En La Oroya la división comenzó a sufrir una miseria horrible; carecía de alimentos, de leña, de forrajes y de albergue. La tropa estaba a todo campo soportando los rigores de la lluvia y de la nieve, noche y día, y para mayor angustia no había un solo habitante nacional ni extranjero a quien pedir o exigir recursos.

Los caballos consumían los últimos techos de paja de las chozas.

Ya todo era insostenible por las grandes dificultades que se presentaban para llevar provisiones a tan larga distancia a traves de las cordilleras y por senderos plagados de montoneros que atisbaban el momento oportuno de dar un golpe a los bagajes. (Ahumada Moreno, tomo 8.º página 408).



ses, el Lautaro tuvo ciento diez muertos, como el 15% del efectivo, de los cuales veinticuatro lo fueron en combate, y raro fué el que no estuvo enfermo. Y más o menos lo mismo pasó en los otros cuerpos.

---

A una camarada, mujer de un sargento, una de esas abnegadas mujeres que acompañaron al ejército sufriendo inmensamente más que los hombres, le vinieron los dolores del parto durante la marcha. Su marido la había acomodado para efectuarlo en un caballo que era tirado por soldados, que voluntariamente se alternaban. Cuando llegó el momento la bajaron y tendieron sobre algunas frazadas, se la atendió por las otras mujeres, y minutos después se la volvió al caballo.

Sobre la criatura no cayó nieve por cierto... sólo la madre la recibía...

Hace cerca de veinte años, yendo por la Avenida Brasil, en Valparaíso, oígo que una mujer anciana se dirige a mí, diciéndome: "Mi tenientito, cuánto gusto tengo de verlo"... Era esa sufrida mujer...

Pocas veces he dado un abrazo con más gusto...

---

No se ascendió a general al coronel del Canto...

Tampoco se ascendió al coronel Gutiérrez.

El coronel Robles continuó de coronel graduado...

Nadie ascendió...

Tampoco se hizo de ejército a los oficiales del Lautaro como lo pidió al gobierno el general Lynch, lo que habría significado asegurarles un porvenir...

A nadie se abonó un día de servicios para los efectos de sus retiros...

Todo se consideró actos ordinarios del servicio...


---

¡Ah!... me olvidaba de "Lautaro"...

Por su comportamiento en la penosa campaña, sus jefes, los soldados, lo volvieron a ascender, y esta vez a cabo primero. Y redactaron una encomiástica orden del día; y a poco de llegar a Lima se le impuso la jineta con gran solemnidad.

---





CAPÍTULO XXV.

OTRA VEZ EN LIMA

La marcha por ferrocarril de Chicla a Lima demoró varios días y hubo que efectuarla con grandes precauciones, porque los montoneros intentaron cortar puentes y túneles, y sacar rieles en diferentes partes.

El regimiento Buin, que se mandó de Lima a custodiarla, sostuvo varios combates en que perecieron algunos oficiales, y varias decenas de individuos de tropa fueron muertos o heridos.

Por fin llegamos a Lima a fines de Julio y se nos dió como cuartel la Exposición.

La tropa alojó en los espaciosos salones destinados a exhibiciones, entonces vacíos, y los oficiales en los pintorescos kioskos diseminados en el enorme parque de la Exposición, que es algo parecido a nuestra Quinta Normal.

En ese mismo recinto alojó el 2.º de línea.

---

Los harapientos uniformes de la tropa se cambiaron por nuevos, los oficiales, que no veíamos dinero desde hacía muchos meses, recibimos el mayor suople que durante la campaña se nos dió: trescientos o cuatrocientos pesos a los subtenientes (tenía-

mos ganado mucho más), y con tanto dinero pudimos proveernos de ropa interior, uniforme, calzado, etc.

Se reanudó la vida de guarnición; y los diarios ejercicios, academias, etc., hacían que el tiempo transcurriera agradablemente. A los pocos días de nuestra llegada se comenzó a enseñar al batallón esgrima a la bayoneta. Dificulto que pueda haber mejor gimnasia que esos ejercicios.

---

Poco después de la llegada de la división a Lima se ofició un servicio religioso muy solemne en la Iglesia de Santo Domingo, por los muertos en la Concepción y demás combates verificados en la expedición a la sierra, con asistencia del general en jefe y demás autoridades militares y civiles, y de las tropas de la guarnición.

---

Nos tenía preocupados a los oficiales la conducta que observaba uno de nuestros compañeros desde la llegada a Lima. Rehuyendo la compañía de los que lo invitábamos a salir juntos, salía solo, se encerraba con frecuencia en su pieza y en ella pasaba muchas horas escribiendo y tenía largas y frecuentes conferencias con un chino.

A todas nuestras preguntas contestaba con evasivas, y cuando interrogábamos al chino nos respondía: "Mi subteniente no quiele cuenta ná y me coltalá las olejas si les cuento".

Después de algunos días, muy acicalado y siempre solo, salía en las tardes a pasear por diferentes calles.



Con algunos compañeros nos propusimos espiarlo, pero no pudimos descubrir la causa de su extraña conducta. Sólo la vinimos a conocer poco antes de dejar Lima.

Por el chino con quien tanto hablaba, ex-sirviente de varias familias, cuyos servicios contrató, supo los nombres de diez o doce niñas, y con él les mandó a todas una carta declarándoles su amor, firmadas con un seudónimo, que parecía nombre.

Para no incurrir en equivocaciones abrió un libro para anotar las cartas mandadas y recibidas; algo así como una cuenta corriente para cada una.

La mayor parte, no afirmo que todas por no estar seguro, pero creo que fueron todas, le contestaron y continuaron la correspondencia. Las respuestas variaron, naturalmente, desde la manifestación de incredulidad en amor tan súbito hasta la franca confesión de corresponderlo.

Probablemente muchos pensarán que exagero, pero aseguro que no, pues yo leí las cartas cuando dejamos Lima.

Leía a un amigo lo anterior, y seriamente me pidió agregara un párrafo recomendando a nuestras niñas no contestar cartas de los oficiales enemigos, si Chile era invadido por algún ejército extranjero.

Le repliqué indignado que nuestra patria no vería jamás ese oprobio, pero él muy pesimista me replicó que era posible, porque a millares de niños algunos profesores y maestros les han inculcado doctrinas contrarias a la virtud del patriotismo.

Sin estimar que el mal haya cundido tanto como mi amigo cree, lamenté con él que se toleren y paguen generosamente a maestros y profesores que en-

señan a la juventud y niñez de ambos sexos las doctrinas de los que abominan de la patria.

Niñas chilenas que leáis este libro, amad mucho a Chile; procurad que vuestros amigos también lo amen y confundid con vuestro desprecio a los que no sean fervientes patriotas; a Uds. más que a nadie les conviene. Os lo asegura uno que lo sabe (1).

---

Creendo que de un día a otro se nos daría orden de salir a alguna expedición, pues ni de paz ni de regresar a la patria se hablaba, procurábamos pasar los días que en Lima permaneciéramos lo más alegremente posible.

En las horas francas nos entreteníamos en pasear por sus calles, en visitar a los amigos de otros regimientos, en cortejar (entonces no se conocía el vocablo pololear y por eso no lo empleo) a las niñas del vecindario del cuartel, y aún de barrios más apartados, y en ir al teatro. Como yo nunca había ido antes, era lo que prefería.

Dirigía entonces una compañía de zarzuelas el famoso artista de ese género, señor Serrano, tan simpático y gracioso como chiquito, que entre otras piezas que representaba daba "Orfeo en los infiernos". Nos gustaba tanto esta pieza y nos entusiasma en tal grado la comitiva de Orfeo en su jira a los infiernos, que sabe Dios cuántos oficiales habríamos ido a rematar a él, acompañados de algunas muchachas limeñas, coristas de la compañía, que formaban esa comitiva, si más tiempo quedamos en Lima.

---

(1) Afortunadamente el gobierno del general Ibáñez ha reaccionado, y ahora no se toleran profesores ni prédicas anárquicas.



En mi primera salida franco, recién llegado a Lima, fuí a visitar a mi venerada amiga la hermana Gertrudis, que tanto me cuidó cuando estuve en el hospital, y me recibió tan alegre y afablemente, que mi gratitud y afecto por ella se acrecentaron. Y repetí mis visitas varias veces, y por especial invitación de ella, pasé en su compañía una deliciosa hora el día de mi cumpleaños.

Después... Después tuve vergüenza. ¡Esa malhadada jira de Orfeo a los infiernos con tan tentadora comitiva!...

Ya no me consideraba digno de presentarme ante ella, ni de escribirle a mi madre, y estaba triste, displicente y a veces iracundo.

Una tarde en que vagaba por las calles en tal estado de ánimo me encontré con la santa hermana, que iba acompañada de otra religiosa.

La saludé precipitadamente e intenté seguir sin hablarla; pero ella me llamó y me miró un instante fijamente, con tal bondad, que me hizo sonrojar.

“Ud. está enfermo, me dijo, lo espero mañana para darle un remedio, ¿me promete ir?”

Se lo prometí; y con tal ternura me habló al día siguiente que me hizo llorar...

¡Qué buen remedio es llorar en ciertas ocasiones!...

Me condujo después donde el capellán del hospital y quedé reconciliado con Dios y con ella, pude escribirle a mi madre y renació mi alegría.

---

El 18 de Septiembre, a las 2 P. M., hubo un Te-Deum en la plaza principal, al cual asistieron todas las fuerzas de la guarnición. Terminado que fué, el general Lynch desde el tabladillo, dirigió la pa-

labra a los abanderados de los cuerpos, que con sus escoltas formaron al frente de él, terminando el acto con un desfile. La gran cantidad de público que asistió, compuesto en su gran mayoría de peruanos y algunos extranjeros, comentaban, con temor, envidia o admiración, la correcta presentación de nuestras tropas.

En la noche hubo un banquete en el palacio de los virreyes, al que asistieron los jefes. Los oficiales y la tropa tuvimos nuestro banquetito en los cuarteles.

Y al día siguiente se efectuó la tradicional parada militar.

A las doce todas las tropas se dirigieron a Malambo, barrio ultra Rimac, y en un campo de las afueras de la ciudad se verificó la revista.

Formaron en ambos días los siguientes cuerpos: de artillería el N.º 1; de infantería, el Buin, 2.º, 3.º, Santiago, Chacabuco, Lautaro, Miraflores y Bulnes; y los carabineros de Yungay, de caballería.

El 18 mandó las fuerzas el coronel Urriola y el 19 el coronel Arriagada.

El general Lynch felicitó especialmente al Lautaro por la correcta presentación en ambos desfiles, que superó a la de los cuerpos de línea, los cuales también se presentaron muy bien, pero no en el grado óptimo que mi batallón.

Especialmente las recibió por los ejercicios de esgrima a la bayoneta, que sólo al llegar a Lima comenzó a aprender (1).

---

Para enseñar a la tropa ese ejercicio yo siempre tomaba los pesados rifles de entonces, a fin de hacer-

(1) Por esos días el general Lynch propuso al gobierno que al Lautaro se le hiciera de línea.



los a la par con los soldados; y en gran parte por ello llegué a adquirir tal fuerza muscular que los maneja con la facilidad con que los elegantes manejan sus bastones; y mi musculatura adquirió tal dureza que los oficiales comenzaron a darme el apodo "El Macizo".

Y como por esos días había cumplido 18 años y mi estatura era de 1.80 m. y mi peso de 80 kilos, creo que habría podido ser buen boxeador, si entonces se hubiera acostumbrado serlo, y quien sabe si campeón . . .


Si lo hubiera sido ;cómo se habrían disputado los periódicos mis memorias! . . .

¡Y qué dólares hubiera ganado! . . .

Mejor es no pensar en eso.

Cadetes, conscriptos y jóvenes que leáis estas líneas: que no os arredren los prolongados ejercicios; ellos endurecerán vuestros cuerpos; y cuerpo duro, aunque no sea de boxeador, da respetabilidad.

---



## CAPÍTULO XXVI.

### PISCO - ICA

A fines de Septiembre el batallón se embarcó para ocupar los departamentos al sur de Lima.

Dos compañías al mando del mayor Bisvinger iban destinadas a Chincha Baja y Tambo de Mora, donde había sido sorprendida la guarnición por los montoneros y dado muerte durante el asalto al oficial que la mandaba y a varios soldados.

Al mando de mi compañía quedé yo en el puerto de Cerro Azul, a diez o doce horas del Callao, y el grueso del batallón, al mando del coronel Robles, desembarcó en Pisco sin novedad y siguió a Ica, capital del departamento de este nombre, que está unida al puerto por un ferrocarril.

Después de algunos días de estada en Ica, las compañías del Lautaro dejaron esa guarnición y se trasladaron a Pisco, quedando Ica con sólo el batallón Lontué.

Por esos días me llegó orden de entregar el mando de mi compañía al recién nombrado capitán don Abraham Guzmán y trasladarme a Pisco, a la compañía de granaderos, a que había sido destinado como teniente.

Antes de ir a hacerme cargo de mi nuevo puesto, fui por varios días a Lima para hacer agregar otro



galón al uniforme, aprovechando una balandra que ese día salía para el Callao. El viaje a Pisco lo efectué días después como pasajero de cámara. Era la primera vez que así viajaba y me consideré gran personaje.

¡Qué diferente a los que había hecho con el regimiento!...

---

Pisco está dividido en dos partes, separada una de otra por unas veinte cuadras aproximadamente, de terrenos eriales, y se comunicaban ambas poblaciones por un ferrocarril de sangre. En la ubicada en el puerto, que tiene un muelle muy largo, talvez de quinientos metros, se encuentran las oficinas de la aduana, bodegas, etc., y tiene también un núcleo importante de población.

En esta parte de la ciudad estaba mi compañía; y el resto en la otra parte que se denominaba Pisco Alto.

En Pisco-Puerto o Pisco Bajo, que de ambas maneras se le nombraba, la calle principal corre paralela al mar y el fondo de las casas da a la playa; y a ella arrojaban los vecinos los desperdicios al entrar la noche. La marea se los llevaba y a la mañana siguiente la playa amanecía limpia.

---

Un día en que lucía mis dos galones en el flamante uniforme que me había hecho el mejor sastre militar de Lima, conocí en el tranvía que unía a Pisco-Puerto con Pisco Alto a una preciosa chiquilla como de 16 años, alta y delgada, blanquísima y ligeramente sonrosada, de largas y crespas pestañas, que velaban unos ojos grandes, negrísimos, y largo pelo ondulado de color oro, que usaba suelto. Iba acom-

pañada de su padre, un caballero inglés de imponente estatura, ojos azules y hermosa patilla castaña; y de su madre, joven todavía, blanca-pálida y de ojos y pelo negros; un bello tipo de mujer limeña. En el mismo tranvía, al nombrarla su madre, supe que la linda niña se llamaba Palmira y de ella me enamoré fulminantemente.

Por medio de una carta le declaré mi amor uno o dos días después, y tuve la dicha de que me hiciera saber que me correspondía.

Un chino, sirviente de la casa de mi amada, amparó este amor y me consiguió una entrevista, que debía efectuarse al obscurecer, en una de las ventanas de su casa que daba al mar.

El chino debía colocar una escala portátil en la ventana donde debía verificarse nuestro primer coloquio amoroso, pues hasta entonces todo no había pasado de cartitas y una que otra palabra cambiada furtivamente.

Todo el día lo pasé pensando en la buena suerte que tenía de ser correspondido por esa preciosa niña y del deleite que tendría al oír su voz y besar su mano.

Llegada la hora y vestido con mi uniforme de parada, acudí anhelante... ¡Era la primera vez que andaba en aventuras de esa especie!...

El chino había cumplido...

La escala estaba lista...

La subí emocionadísimo...

La bellísima chiquilla me esperaba...

Le juré que la amaba y ella que me correspondía...

Después de algunos minutos, yo creo que no fueron más de tres o cuatro, pero el chino me asegura-



ba después que había sido más de una hora, y cuando le suplicaba que me permitiera besarle la mano, que tenía entre las mías, el papá de mi amada entra a la pieza...

Como yo estaba sentado en la ventana con las piernas colgando para el lado de la playa, pude, sin perder un segundo, saltar de ella... y correr unos cuantos metros, y caer en un montón de... de eso que arrojaban los vecinos de esas casas para que en la noche la alta marea se lo llevara...

¡Mi flamante uniforme!... No lo usé más...

Aunque mi asistente lo lavó varias veces yo siempre lo encontraba mal oliente...

¿Y la preciosa niña?...

Al día siguiente, muy temprano, su padre se la llevó al campo y nunca más he sabido nada de ella...

Pero por varios años me halagaba la idea de poder conseguir volver a verla y presentarme ante sus padres con alma, cuerpo y uniforme limpios... y bolsillo repleto.

¡Sólo el bolsillo lo he conservado limpio!...

Pero a fuerza de repetidos lavados procuraba, y aún procuro, que los primeros se mantengan un poco aseados...

---

La Noche Buena de ese año fuí a cargo de la banda de músicos a la iglesia parroquial, para solemnizar la misa de media noche.

Conforme a las instrucciones que el ayudante me dió, me puse a las órdenes del cura, el cual me la hizo colocar en el coro y me previno que sólo hiciera tocar piezas alegres.

Durante la misa hice tocar una diana y otras piezas que el primero de la banda me dijo eran alegres, y cuando terminó ordené tocar una cueca en la plazuela de la iglesia.

Al mayor Avila, que había quedado de comandante accidental del cuerpo, por haber sido llamado a Santiago el coronel Robles, le pareció mal la cueca y me mandó arrestado. Yo consideré injusta la orden y conforme a la ordenanza reclamé de ella al comandante general de armas y jefe de la división de ocupación del departamento, que lo era el comandante don Leoncio Tagle, del Lontué.

Este ordenó se me mandara a Ica, en calidad de arrestado, donde se me agregó al Lontué.

Por esta circunstancia pude conocer esa ciudad, y pasar con los oficiales del Lontué, que me atendieron mucho, ocho o diez días muy agradables y divertidos.


---

A poco llegó una orden del día del general en jefe, dando a conocer que el Supremo Gobierno había dado otra destinación al coronel Robles y que se reconociera como comandante del Lautaro al teniente coronel don Fidel Urrutia, el que pocos días después se hizo cargo del cuerpo.

Y se mandó al batallón al departamento de Cañete, donde los montoneros estaban molestando.

---





## CAPÍTULO XXVII.

### CAÑETE

Desembarcamos en Cerro Azul, puerto del rico departamento de Cañete, al sur de Lima, en el que hay valiosas haciendas, cuyo principal producto es la caña de azúcar, que se elabora en ingenios instalados en cada una de ellas.

La que donó al padre de la patria don Bernardo O'Higgins el Gobierno del Perú, está en este departamento.

Se me nombró jefe del cantón militar de Cerro Azul, del que ya lo había sido antes unos pocos días, y quedó en él con cincuenta hombres de mi compañía.

El grueso del batallón marchó al interior.

Toda la población de Cerro Azul se ocupaba en las diversas faenas de la pesca; y los hombres jóvenes y robustos, además, en las de carga y descarga de las naves.

La edificación de este puerto está dividida en dos porciones, ambas en la ribera del mar, pero separadas una de otra por doce o quince cuadras de terrenos eriales.

En una de ellas están los edificios de la aduana, capitanía de puerto, oficinas de vapores, bodegas y

todo lo referente a las faenas del puerto, y de ella parte el ferrocarril al interior. En esta parte alojó la guarnición.

La otra porción era ocupada en su totalidad por las modestas casitas de los habitantes. A esta parte de la población procuré servir y conseguí éxito.

---

Entraban en mis facultades las edilicias, y creo que entonces se despertó en mí el gusto por las funciones de alcalde. Cuando fuí primer alcalde de Valparaíso recordé con agrado que antes había ejercido de tal en Cerro Azul.

Hice publicar un bando disponiendo que los vecinos barrieran diariamente el frente de sus casas y arrojaran al mar las basuras; que los Lunes, Miércoles y Viernes, las casas signadas con números pares mantuvieran encendido un farol hasta las 10 P. M., la duración aproximada de una vela, los Martes, Jueves y Sábado las signadas con los números impares, y los Domingos todas.

Para que se pudiera cumplir esta disposición hice numerar previamente las casas.

Como la edificación corría paralelamente al mar y en una sola calle, dividida en dos por una especie de plaza, la numeración la ordené seguida, comenzando por el 1 la del lado derecho y por el 101 la del izquierdo.

Disponía también que nadie podía pasar de una parte a la otra de la población después de las 9 de la noche, y otras que no recuerdo.

Las infracciones tenían multas de uno a cinco soles,



Penaba también la embriaguez con uno a seis días de trabajos públicos, pero sólo en las horas que no trabajaran para su sustento.

Y un sargento quedó encargado de hacer cumplir lo ordenado.

Diariamente el sargento anunciaba por un cartel manuscrito las multas notificadas.

A los condenados por embriaguez los hacía trabajar bajo mi dirección en desmalezar la especie de plaza, y cuando quedó limpia de yerbas en pisonearla y regarla.

Cuando junté dinero suficiente, proveniente de las multas, encargué a Lima, madera, por intermedio de un español que tenía un almacén de maderas, y coloqué sencillas bancas en la plaza.

Dos trozos de madera con una parte alquitranada, se enterraban en el suelo y sobre ellos se clavaba la cubierta.

Cuando las hice pintar color rojo subido, recibí muchas felicitaciones de los vecinos.

Sólo el alcalde del pueblo, viejo pescador, que nunca había usado calzado, era el que no parecía contento. Estaba envidioso de mi popularidad.

En las tardes y noches de luna había animadas "reuniones sociales" en la plaza, y los cincuenta soldados a mis órdenes fraternizaban con los sencillos habitantes del pueblo.

---

Algo por fachendear un poco, pero principalmente porque le tomé cariño al pueblecito, organicé una fiesta.

Con pequeñas economías diarias de la harina que se daba para hacer el pan, y de la carne del rancho, conseguí que resultara como economía la harina

y carne necesaria para hacer como mil empanadas, y compré con mi peculio, lo aseguro formalmente, ocho tinajas de chicha de maíz.

Las clases y soldados tomaron activa y entusiasta participación en todos los preparativos, y cuando todo estuvo listo invité para un Domingo en la tarde a todo el pueblo a un baile en la plaza.

Como es de imaginarse, el acontecimiento fué sensacional. . .

El día señalado se realizó la fiesta y tuve la satisfacción de que ningún soldado se propasase en la bebida, probablemente por habérselo pedido con encarecimiento.

Desde uno de los bancos de la plaza el alcalde descalzo y yo con uniforme de parada, presidimos la fiesta.

Aseguro con verdad y sin jactancia que todos los habitantes del pueblo y toda la guarnición quedaron contentos, y me lo manifestaron con demostraciones de afecto.

Mi administración resultó un éxito.

Y uno de los más agradables recuerdos de esas zarandeadas vacaciones fué mi estada en ese pueblecito, donde moraban tan sencillas y simpáticas gentes.

---

Entre mis obligaciones de jefe del cantón de Cerro Azul tenía la de enviar pescado diariamente a "La Quebrada", donde residía el comando de la división.

La contribución que los pescadores pagaban a las autoridades peruanas era de un pescado por cada diez, y continuaron pagándola a las autoridades chilenas.



Un sargento era el encargado de la recaudación, y procedía con tanta justicia que nunca tuvo quejas; y, al revés, lo alababan al comparar sus procedimientos con el observado por el recaudador peruano, que, decían, sacaba los pescados más grandes como contribución; y el sargento tomaba siempre el promedio justo.

Los pescadores de Cerro Azul no se dedicaban a mariscar, porque, decían, no había mariscos en las cercanías. Pero los soldados descubrieron en el fondo de la bahía choros tan grandes como los de la Quiriquina, descubrimiento casual, como ocurre ordinariamente.

Acostumbraban bañarse, y un día uno muy nadador se zambulló y los vió, y con algún esfuerzo desprendió uno. Al día siguiente todos entraron al baño con fierros que habían preparado para desprenderlos y sacaron muchos.

Como el procedimiento era largo y pesado, a poco lo simplificaron, desprendiéndolos de las piedras solamente, y que la marea se encargara de arrojarlos a la playa.

Se hicieron tan peritos que ordinariamente recogían doscientos o más, lo que me permitía mandar muchos al interior, y dejar todos los que los soldados deseaban, pues de ellos eran.

---

A mediados de Febrero, ya del año 1883, supe que los montoneros trataron de sorprender la guarnición de Hungará, compuesta de la compañía del Lautaro que comandaba el capitán don Abraham Guzmán y un piquete de caballería de granaderos.

Se sostuvo un combate, y reforzada la guarnición con más granaderos, emprendieron la persecución

de los montoneros hasta su cuartel general, que lo era un pueblo denominado Lunahuaná, antes de llegar al cual hay una larga y escarpada quebrada, fácil de defender con pocos hombres contra fuerzas inmensamente superiores.

El capitán Guzmán y los granaderos derrotaron a los montoneros, haciéndoles muchas bajas, teniendo por nuestra parte sólo tres heridos: un teniente de granaderos y dos soldados del Lautaro.

---

El comandante Urrutia había notado que yo comía extraordinariamente, y con frecuencia y en broma me decía que debía tener lombriz solitaria.

Efectivamente, en Cerro Azul comprobó el médico que la tenía, y encargó a Lima un medicamento para extirparla, que no dió resultado.

Voy a consignar cómo conseguí librarme de tan molesto huésped.

¡Ojalá algún lector que la tenga pueda aprovechar la receta! . . .

Pero si la aplica y le da buen resultado que no vaya a decir: "En el libro "Seis años de vacaciones", viene una buena receta para la lombriz solitaria". No; por su eficacia diga: "Entre lo bueno de "Seis años de vacaciones", está la receta para la solitaria".

Ella es sencilla, por otra parte: pepas de zapallo, nada más.

Ordené que me juntaran y asolearan gran cantidad de esas pepas, y cuando había un buen montón pedí a los soldados que mientras repasaban ordenanza sentados en sus cuadras se entretuvieran sacando la almendra de las pepas.

Juntaron tantas que habrían sobrado para matar más de una docena de esos bichos.



Una noche ingerí un purgante de ricino y al otro día no me levanté ni comí nada; absolutamente nada.

Me entretuve leyendo "Los Tres Mosqueteros", y no sentí cómo pasó el día.

A la mañana siguiente me comí un ulpo de almendras de pepas de zapallo bien machacadas; y continué con "Los Tres Mosqueteros".

Y cual niño glotón al frente de una bombonera con caramelos, de un colmado plato sacaba y comía almendritas de pepas de zapallo.

Y así pasé todo el día.

Sentía como vahidos de cabeza, pero resistí la tentación de comer otra cosa; sólo ingerí ese día, lo repito porque es de importancia, pepas de zapallo.

Al amanecer del día siguiente una de las "camaradas", cuyo nombre creo que hasta ella había olvidado, que no se la conocía sino con el apodo "La Tunina" (1), que fué quien me dió la receta y velaba celosamente porque la aplicara bien, me presentó otra poción de ricino y me dió prolijas instrucciones sobre lo que debía hacer cuando apareciera "lambriente", como la llamaba, a fin de que saliera con cabeza; asegurándome que todo estaba perdido si la cabeza quedaba adentro.

Ya había terminado "Los Tres Mosqueteros", y seguía con "Veinte años después", y estaba tan entretenido, que no obstante ser como las ocho o nueve de la mañana del tercer día sin comer, las hazañas de Artagnan me interesaban tanto, que no me acordaba del hambre. . .

"La Tunina" atisbaba lista para acudir con el tiesto necesario, en cuanto hubiera síntomas de

---

(1) Gran pez, parecido a los tiburones.

aparecer la glotona y escondida solitaria; y me repetía por vigésima vez: "no vaya a estar con quitadas de cuerpo, mi teniente, yo soy vieja pa que me tenga vergüenza, y si se quea a'entro la cabeza too está perdíó"...

Llegó el momento... la Tunina sin respeto alguno por mi grado de teniente, comenzó a maniobrar y después de un momento me dice: "Ya l'agarré y al pasito la voy tirando... Y lo largaza quéés la pícara"... "Cuidaito mi tenientito por Dios, que si se corta y la cabeza quea a'entro, too está perdíó!"...

Y después de un momento, con tono triunfador exclamó "¡ya salió toa l'ambrienta!"...

Y me abandonó y se fué con la solitaria...

Resplandeciente de alegría apareció minutos después trayendo a la "intrusa", que extendió en el suelo de la pieza, dándole varias vueltas y mostrándome una extremidad me decía: "No ve, est'es la cabeza, y lo viejasa quéés, se le conoce en el cogote que parece pategallina..."

Voy a guardarla en aguardiente...

¡Si tiene más de cincuenta varas!..."

Larga, muy larga, era "lambrienta", pero cincuenta varas como afirmaba la "Tunina" me parece exagerado. No obstante, por gratitud a ella yo sostengo que eran "sin cuenta".

Mi asistente me trajo té, que bebí sin dejar de leer "Veinte años después", y cuando terminé la lectura me levanté y almorcé como de costumbre.

El doctor del regimiento quiso conservar tan hermoso ejemplar, según decía, y trató su adquisición con "La Tunina", ya que a ella le pertenecía por derecho de conquista.



En Julio se me confió una comisión que me causó mucho gusto.

Debía trasladarme con un sargento, mi asistente y un corneta a Chile, al departamento de Taltal, a fin de enganchar gente para llenar las bajas del batallón; y en ese pueblo residía provisoriamente mi padre.

Cuando llegué a Taltal y a él me presenté anunciándome como teniente del Lautaro, me recibió con gran contento y con sumo interés me preguntó por mi hermano y por mí. . .

No me conoció hasta que salté sobre él abrazándolo. . .

Todas sus relaciones, que lo eran el pueblo todo, se esmeraron por atenderme.

Permanecí con mi padre cuatro o seis días y me dirigí a las minas para cumplir mi comisión, a la que todos los vecinos de Taltal auguraban mal éxito, porque antes varias comisiones de enganche habían recorrido el departamento ofreciendo primas y sólo unos pocos se engancharon. Consideraban la guerra terminada y no había entusiasmo por ser soldado.

---

Para realizar mi cometido me tracé un plan y lo puse en ejecución en todas las minas que visitaba.

Rogaba al administrador que reuniera a toda su gente para oirme; y todos acudían porque no tenían temor de que los tomara por la fuerza, ya que el sargento, mi asistente y el corneta, que eran los únicos que me acompañaban, iban sin armas. Y el corneta, un alegre muchacho menor que yo, pues al regimiento entró cuando sólo tenía once años, tocaba alegres dianas para entusiasmarlos.

Cuando estaban reunidos los trabajadores les dirigía la palabra pidiéndoles fueran soldados del Lautaro, y ponderaba las hazañas de mi regimiento y de la regalada vida que llevábamos, etc. Y el sargento, mi asistente y el corneta, agasajados en todos los ranchos, confirmaban después lo que yo había dicho.

Como quince días anduve de mina en mina, y tuve la satisfacción de llegar a Taltal como con cuarenta voluntarios.

El éxito fué extraordinario a juicio de todos, y fuí muy felicitado, y hasta me ofrecieron un banquete en el club.

Como al mes, volví al Perú con mis reclutas voluntarios; y después de desembarcar en Cerro Azul me trasladé a "La Quebrada", donde estaba el grueso del batallón.

El comandante Urrutia se manifestó complacido del resultado y me felicitó.

Aunque inmediatamente de llegar a "La Quebrada" se distribuyeron los reclutas entre las diversas compañías, a fin de instruirlos en el menor plazo posible, se les dejó formando como una compañía, de la cual se me nombró jefe, dándoseme varios sargentos y cabos para la instrucción.

Después de más o menos un mes se incorporaron a sus compañías, donde comenzaron a hacer servicio como todos, y yo a la mía.

---

Mientras estaba ausente del batallón hubo un combate de importancia a mediados de Julio.

El comandante Urrutia quiso terminar con los montoneros de Lunahuaná, que ocupaban magní-



fica posición en una estrecha quebrada separada de nuestras fuerzas por un caudaloso río.

Para concluir con ellos preparó cuidadosamente un plan.

El capitán Correa con su compañía montada en caballos requisados y un escuadrón de granaderos, dieron un largo rodeo a fin de tomarlos por retaguardia; y cuando se consideró que ya había recorrido lo necesario para obrar en combinación, el comandante Urrutia con el resto del Lautaro, varias piezas de artillería y otro escuadrón de granaderos, emprendieron la marcha de frente.

Y al acercarse a las posiciones enemigas fraccionó la fuerza a fin de que una parte pasara el río, y continuar la marcha en dos columnas por ambas riberas, a fin de asegurar el éxito.

Ya cerca del enemigo se juntaron y se prepararon para el ataque, que debía efectuarse al día siguiente, en que se suponía que el capitán Correa ya habría llegado a la retaguardia del enemigo y que estaría listo para tomar parte en la acción, en la forma que se le había ordenado. Pero el enemigo no presentaba combate y se retiró varias veces hasta que por fin lo obligaron a batirse.

Como siempre, fué derrotado, dejando muchos muertos y heridos.

Se le destruyeron también las defensas de sus posiciones y se le tomó ganado vacuno y caballar.

Por nuestra parte sólo tuvimos un muerto y cuatro heridos.

En éste, como en casi todos los encuentros con el enemigo, nuestras bajas eran inmensamente me-

nores, por la diversidad de armamentos y porque casi siempre nos batíamos en la proporción de un chileno por diez o más peruanos.

Para llegar a encontrarse con el enemigo, poder rodearlo y concluir con ellos como ocurrió, una compañía del Lautaro recorrió más de ochenta leguas por serranías muy escarpadas, y el resto más de veinte.

Esta acción de guerra se verificó en Julio del 83.

---

Es digno de notarse que el batallón Curicó combatió con esos mismos montoneros, en el mismo Lunahuaná, tomándole varios prisioneros que se temía fusilaran, pero, afortunadamente, un alférez de Granaderos, al mando de diez o doce hombres y después de una accidentada persecución los libertó; y que en ese mismo paraje la compañía del Lautaro mandada por el capitán Guzmán se batió con los mismos montoneros.

En Lunahuaná ha habido, pues, tres combates en diferentes fechas, y por esta causa hay confusiones históricas.

---

Durante la ocupación del departamento de Cañete, mi batallón expedicionó y ocupó por algunos días, semanas o meses, las siguientes ciudades, pueblos y caseríos, en la mayor parte de los cuales yo estuve: Cerro Azul, La Quebrada, Pueblo Nuevo, Pueblo Viejo, Hualcará, Huncará, Lunahuaná, Pacarán, Chavin, Cuello, Osma y Mala.


¿Verdad que eran divertidas mis vacaciones?

Estoy cierto que los cadetes y conscriptos que lean esta narración me envidiarán...



Por cartas que a algunos oficiales les llegaron de amigos que estaban en Lima, nos impusimos que se proyectaba expedicionar sobre Arequipa; y todos deseábamos y esperábamos, que al Lautaro se le designara para formar parte de la división que con tal fin se organizara.

---



## CAPÍTULO XXVIII.

### AREQUIPA

A las reiteradas instancias del general en jefe y de muchos jefes, el Supremo Gobierno dispuso, en Septiembre del 83, la expedición a Arequipa, segunda ciudad del Perú y última plaza donde había ejército organizado.

El contralmirante don Lisandro Montero, que se decía vice-presidente constitucional del Perú, ejerciendo el Poder Ejecutivo, tenía ahí su sede; y era jefe del ejército, compuesto de ocho a nueve mil hombres, el general don César Canevaro.

El ejército que se formó para expedicionar sobre Arequipa iba mandado por el coronel don José Velásquez, que llevaba como jefe de Estado Mayor al coronel don Adolfo Silva Vergara y estaba dividido en dos divisiones. La primera, al mando del comandante del Santiago, 5.º de línea, coronel don Vicente Ruiz, se componía del Santiago, Aconcagua, Carampangue, Rengo y Angeles; y la segunda, al mando del comandante del 2.º de línea, coronel don Estanislao del Canto, del 2.º y 4.º de línea, Lautaro, Curicó y Coquimbo; la caballería la formaban los regimientos Cazadores, General Cruz, General Las Heras y un regimiento de artillería. Llevaba también abundante parque, bagajes y ambulancias.

---



Mi batallón se dirigió por mar a Pacocha, y de ahí por tierra y a pie a Moquegua, haciendo cortas jornadas. Antes de llegar a esa ciudad pernoctamos y pasamos un día en los pueblos o caseríos denominados Alto de la Candela, Hospicio y Rinconada.

De Moquegua nos dirigimos a Arequipa, siempre en jornadas de cuatro, cinco y a lo más seis leguas; pernoctamos en Alto de la Villa, Samegua, Torata, Otorá, Jahuel, Moro-Moro, Huasacachi, Omate, Puquina, Chacahuayo, Pocsi, Molloballe y Paucar-pata.

Aunque la distancia que recorrimos fué mu y largá como las jornadas eran cortas, no fué fatigosa; con excepción de la a Huasacachi, donde estaba atrincherado el enemigo.

Ordinariamente se emprendían las marchas como a las cinco de la tarde descansando unos cinco minutos o menos cada hora, hasta el término de la jornada; a cuyo punto se llegaba a las dos de la mañana aproximadamente, y se dormía hasta las 8, 9 ó 10 A. M.

Los rancheros conduciendo sus útiles salían con anticipación, a fin de tener preparado café cuando llegaran las tropas, operación sin peligro porque la caballería precedía a la infantería en una jornada.

Los quince días aproximados que duró la marcha, yo caminé siempre a pie y nunca sentí excesivo cansancio. Es cierto que me había provisto de unas botas muy bien hechas, a las que llamaba "las andadoras", y que observé escrupulosamente las reglas higiénicas para el aseo de los pies.

---

De toda esa largá marcha el recuerdo que conservo con más nitidez fué la subida y bajada de la cuesta

de Huasacachi que presenta una caracterísrica curiosa. Se comienza la subida desde una gran distancia, y se va repechando de una manera insensible, por lo que no se siente cansancio, y la bajada es en forma rápida.

Después de repechar toda la noche por terrenos estériles, llegamos entre 8 y 9 de la mañana a cierta parte desde donde se divisaba al fondo un fértil valle y cristalino río. Se veía tan cerca y la bajada parecía tan fácil, que la alegría se dibujó en todos los semblantes.

Se hizo alto para reorganizar las filas y a poco se emprendió la bajada de la engañosa cuesta.

Después de algunos minutos y por efecto de la marcha, se levantó una espesa nube de finísimo polvo que nos enceguecía. Era ceniza que años antes había arrojado el volcán Misti.

Todos los semblantes y uniformes quedaron ocultos bajo el polvo. No se conocía al compañero que iba al lado y si se intentaba hablar la boca se llenaba del sutil polvo.

Y anduvimos una hora... y otra... y varias más, y al valle no llegábamos y valle y río parecían siempre a igual distancia.

Y la nube de polvo que cubría al batallón crecía y nos envolvía en tal forma que mirando hacia abajo o hacia arriba no se divisaba a ninguna persona, sólo se veía la nube de polvo, y allá abajo, pero confusamente, el verde valle y el cristalino río.

Después de tres o cuatro horas llegamos por fin, entre 2 y 3 de la tarde, a la tierra plana y fértil, que desde la mañana divisábamos tan cerca y a la que creíamos llegar de una carrerita...

El deleite que experimenté cuando me dí un baño



en el río compensó sobradamente las molestias de la fatigante jornada.

---

Ahí supimos que la primera división del ejército expedicionario sobre la famosa Arequipa, había intentado el ataque a las posiciones enemigas, que éste las abandonó sin combatir, que se le persiguió hasta Puquina, donde tenía su segunda línea de defensa, la que también abandonó.

Hay que advertir que hasta el día antes el presidente-almirante Montero y el general Canevaro aseguraban a los arequipeños que combatirían hasta obtener la victoria o morir.

Huyeron y dejaron dispersos un ejército de ocho mil hombres bien armados.

Continuamos avanzando y en Paucarpata se presentó el alcalde municipal y algunos cónsules a hacer entrega de la ciudad, que se rindió incondicionalmente, firmándose el acta correspondiente en ese pueblo el 29 de Octubre de 1883.

---

Dos o tres días después entramos a Arequipa.

Al tomar posesión de la plaza se publicó un bando ordenando entregar las armas, y que los jefes y oficiales peruanos se presentasen al Estado Mayor. En dos días se inscribieron cerca de mil, entre ellos sesenta y tres coroneles.

En cuanto entramos a la ciudad tuvimos los del Lautaro una agradable sorpresa; el sargento Dorador tomado prisionero en Ferreñafe, se nos incorporó. Como prisionero había recorrido medio Perú.

Todos los edificios de Arequipa son construídos de piedra, incluso los techos que tienen forma semi-

circular. Su catedral, toda de piedra, es muy hermosa, como asimismo los portales de la plaza.

---

En la mañana siguiente iba por uno de los portales cuando divisó que venía en dirección contraria un caballero, que me pareció mi padre.

Tal encuentro no me ocasionó sino relativa sorpresa, pues cuando estuve en Taltal me había dicho que iba a procurar se le destinara a alguna de las aduanas ocupadas por nuestras armas. El era empleado de la de Valparaíso.

Al verlo corrí hacia él y lo abracé efusivamente. Sólo cuando el caballero me habló noté que me había equivocado. Le pedí me disculpara a lo que accedió cortés; y pasándome su tarjeta, me dijo que ya que lo había encontrado parecido a mi padre, proporcionándome aunque involuntariamente un placer, esperaba el honor de que fuera a su casa para presentarme a su familia.

Correspondí su atención ofreciéndole mi amistad, y le dí mi nombre y leí su tarjeta. Y fué tal nuestra recíproca sorpresa que nos mirábamos procurando conocer si queríamos hacernos una broma.

¡Se llamaba Francisco Benavides!... ¡El mismo nombre de mi padre!...

Cuando lo persuadí de que mi padre tenía igual nombre que él y que eran muy parecidos, me dijo que quedaba corroborada la tradición de su familia, de que un hermano de su abuelo, que era el fundador de su familia en el Perú, a fines del siglo XVII había fundado la suya en Chile más o menos en igual fecha. Y al expresarle yo que igual tradición



había en la mía nos reconocimos como parientes (1).

Desgraciadamente, no pude darme el placer de cultivar amistad con el caballero arequipeño don Francisco Benavides, que parecía persona cultísima, ni conocer a su familia, porque ese mismo día se nos dió orden de alistarnos para expedicionar sobre Puno.


---

Cuando recuerdo la importancia que para las armas de la República significó la rendición de esta ciudad, la segunda del Perú, y que servía de sede al gobierno que sucedió al derrotado en Lima, y que si no costó sangre fué mediante la pericia de los jefes, yo no me explico por qué no se la hace figurar entre las más importantes operaciones bélicas que han efectuado los ejércitos de la República, y por qué no se dió a los que la hicieron una medalla o barra conmemorativa.

---

(1) La tradición de la familia Benavides, a que pertenezco, es que a fines del siglo XVII el capitán general del reino, don Ambrosio Benavides, hizo venir de España a dos de sus sobrinos; que uno de ellos, don Francisco, quedó en Chile, y se radicó en Quillota, de donde es oriunda toda mi familia, y fué padre de don José María, mi abuelo, don Juan Manuel, primer capellán castrense de los ejércitos patriotas, coronel y diputado al Congreso; don José Miguel, primer gobernador patriota de Quillota nombrado por Carre-ra; y doña Carmen, conocida por la "Beatita Benavides"; y que el otro hermano de mi bisabuelo pasó a Lima, y que en el Perú formó su familia.

---



## CAPÍTULO XXIX.

### PUNO

Sólo tres días estuvo el Lautaro en Arequipa.

El 2 de Noviembre, por la mañana, una pequeña división, compuesta del Lautaro y del Coquimbo, varias piezas de artillería y un escuadrón de caballería, salió de Arequipa en tres trenes para tomarse y guarnecer Puno, capital del departamento de este nombre y puerto sobre el lago Titicaca, a 12,540 pies de altura sobre el mar y a 600 kilómetros de Arequipa.

Iba al mando de la división el coronel don Diego Dublé Almeida, y su objetivo era vigilar Bolivia y el Cuzco.

Todo el día anduvimos en tren, en él pasamos la noche y no hubo más rancho que los víveres secos que se nos dió en Arequipa para llevar en los morrales.

Muy de mañana volvieron a ponerse en marcha los trenes, pero despacio, y así avanzamos todo el día.

En la tarde llegamos a una estación denominada Juliaca y allí comimos y dormimos en la estación.

En la mañana siguiente se volvió a tomar los trenes después del desayuno y llegamos a Puno al medio día, donde se nos tenía preparados cuarteles y rancho por la municipalidad, que el día antes hizo



entrega de la ciudad y pidió protección al comandante de la división (1).

Puno es una ciudad importante, aunque de pobre edificación. Tenía catedral, varias iglesias, dos o tres hoteles y era asiento de corte de justicia.

El prefecto del departamento, cargo que equivalía al de intendente nuestro, tenía sus oficinas y casa-habitación en un edificio ubicado en la plaza principal, de dos pisos amplios y cómodos.

Los altos fueron destinados a casa del coronel Dublé Almeida y oficinas de la comandancia en jefe, y los bajos para mayoría del Lautaro y habitación de los oficiales.

La plaza principal de este pueblo tenía una característica especial. Desde las primeras horas de la mañana hasta medio día es el mercado del pueblo, y presenta el más pintoresco aspecto con sus innumerables puestos de todo lo que en un mercado se expende, atendidos en su generalidad por indias. Después del mediodía todo se retira y se barre, y vuelve a ser plaza, no mercado.

(1) Al coronel Dublé Almeida se le mandó por el Alcalde de Puno la siguiente nota:

“Esta capital indefensa, desocupada por todas las fuerzas armadas, hasta de su gendarmería, espera a la división de su mando que debe ocuparla, bajo la sombra de la paz, y confía en su generosidad y nobleza del vencedor.

“Dígolo a V. S. por acuerdo del H. Cuerpo Municipal que presido y en representación del pueblo.—El Alcalde Municipal MANUEL ZEA; V.º B.º: MIRÓ QUEZADA, prefecto.—Al jefe de las fuerzas expedicionarias de Chile sobre Puno”.

Ella fué contestada:

“Señor: la misión del que suscribe y de las fuerzas que comando es de paz. Sírvase Ud. anunciarlo así al H. Cuerpo que Ud. preside y al pueblo de esa capital.—DIEGO DUBLÉ ALMEIDA, coronel del ejército de Chile.— Al señor Alcalde Municipal de Puno, don Manuel Zea”.

La población de Puno se compone de una cuarta parte, y tal vez quinta, de nativos de raza blanca y mestizos de españoles e indios, y el resto de indios de pura raza, que hablan el quichua, y que de español saben lo indispensable para darse a entender, y sólo los que deben tratar con criollos; pues los que se dedican a la agricultura y pastoreo sólo hablan quichua.

---

El lago Titicaca es majestuoso e imponente, un verdadero mar interior, con oleaje más o menos suave ordinariamente, y de vez en cuando con bravesas y hasta tempestades.

Había dos vapores que hacían la travesía de Puno, puerto peruano, a Chililaya, puerto boliviano.

Tiene varias islas grandes y muchas pequeñas, casi todas habitadas por indios, y entre ellas una bastante grande, que se denomina Taquila, actualmente prisión de reos políticos.

Surcan también el lago infinidad de embarcaciones hechas de totora, dispuestas en forma ingeniosa para evitar filtraciones, en las que viven familias indias que se dedican a la pesca; y digo viven, porque allí residen meses y hasta me aseguraban que en ella nacían los hijos de los pescadores.

---

Tanto las autoridades peruanas como la población nos trataron muy bien, conociéndose que deseaban hacérsenos gratos, sentimientos que eran compartidos por los oficiales y tropas que fraternizaban con los habitantes.

A poco de llegar se reanudó la monótona vida de guarnición; ejercicios diarios, academias, etc.

Pero a medida que pasaba el tiempo, la vida se



fué haciendo muy pesada con la inacción forzosa en que nos encontrábamos.

Para distraer los ratos de ocio, que eran muchos y largos, los oficiales y hasta clases, y soldados, nos dedicamos a criar gallos, y los Domingo había animadas ruedas, donde las pobres aves peleaban a veces hasta morir, y en las cuales se cruzaban apuestas.

Los oficiales del cuerpo teníamos mesa común, siendo nuestro cocinero uno de los soldados, y jefe del rancho un sargento, el cual tenía por principal obligación pedir y recibir del encargado por la municipalidad lo necesario para la mesa de los oficiales. Diariamente recorrían los puestos del mercado, el empleado municipal y el sargento haciendo las compras.

Y no supe que hubiera tenido dificultades porque se recomendaba al sargento que no fuera exigente, y al empleado municipal que fuera asequible a lo que el sargento pedía.

Como el sargento ranchero y soldado cocinero variaban poco los platos, convinimos que uno de los oficiales se encargase de la alta dirección del rancho.

---

Cuando me correspondió a mí este servicio quise lucirme especialmente en los postres.

Recuerdo que un día propuse al sargento hacer dulce de camotes, pensando en lo delicioso que encontraba las raspaduras de la paila, por las que peleaba con mis hermanos, cuando mi madre, que hacía este dulce exquisito, sacaba el contenido para depositarlo en las dulceras.

Pero resultó que ni el sargento ranchero ni el soldado cocinero sabían prepararlo.

Pensé desistir de darme ese placer en atención a

que no sabían hacerlo; pero, reflexionando en los manipuleos que mi madre hacía, creí recordarlos, y con resolución les dije que yo les enseñaría a hacerlo.

Costó encontrar el cedazo para pasar los camotes cocidos, pero al fin se encontró, y un día haciendo yo de jefe y el sargento ranchero y soldado cocinero de ayudantes, emprendimos la tarea de hacer ese dulce. Y a medida que avanzaba en su preparación iba recordando lo que mi madre decía a mis hermanas cuando lo hacía: "hay que pesar igual cantidad de camote cocido y pasado por el cedazo y de azúcar; y revolver sin descanso para que no se pegue, etc."... Todas las recomendaciones de mi madre, las puse en práctica, y yo mismo me encargué de revolver la paila para que no se pegara...

El dulce fué encontrado delicioso y yo fuí ovacionado...

Pero no estuvo en eso mi mayor deleite...

Lo tuve cuando raspé la paila y cuchareaba las raspaduras calientes, recordando a mi madre, a mis hermanas mayores y a mis menores hermanos...

Y después hice manjar blanco... y también resultó bueno...

---

Acordándome del consejo del coronel Robles, cuando en Chiclayo me corrigió una palabra mal dicha, dos y más horas pasaba en la biblioteca de la prefectura, muy regularmente provista, leyendo y escribiendo.

Leí íntegra la historia universal, por Cantú, de la que sólo tenía nociones muy elementales, varias obras sobre Napoleón; y con gran interés algunas sobre historia sudamericana de la que nada sabía.

Me impuse la tarea de escribir con gran cuidado



una hora diaria, por reloj, copiando algún libro; y cuando creí que mi ortografía era pasable, llamé a un sargento para que me dictara un libro que trataba sobre las campañas de Bolívar, diciéndole que me había propuesto copiarlo y que prefería me dictara para terminar pronto.

Cuando el sargento se iba cotejaba lo escrito con el libro, y mi satisfacción era grande cuando encontraba pocas faltas.

---

A mediados de Enero del 84 se ordenó a la división alistarse para dejar la ciudad. En el primer momento el gusto fué grande, por imaginar que por fin se daría la orden de tomarnos La Paz.

No fué así.

Se nos sacaba de la ciudad para que los peruanos pudieran efectuar elecciones de senadores y diputados.

Nos fuimos a la ciudad de Chucuito, distante de Puno seis a ocho leguas, es decir, a la ex-ciudad de este nombre, pues lo que encontramos eran sólo ruinas de una que había sido populosa ciudad.

Chucuito fué fundada por los españoles durante la conquista en la ribera del lago, y tuvo gran auge durante la colonia. Había allí casa de moneda, catedral y varios edificios de importancia.

¶ Pero cuando la ocupamos todo estaba en ruinas. Sólo una pequeña parte tenía casas con techos que eran ocupadas por indios, y estaban alrededor de una viejísima iglesia, también techada, y con imágenes y feos cuadros, que decían eran <sup>v</sup>de mérito por su antigüedad.

Todo el resto de la ex-ciudad estaba destechado,

las lluvias habían desmoronado las murallas y por todas partes crecían las malezas.

Cuando llegamos nos recibieron algunos indios, precedidos por una banda de músicos, todos los cuales venían desnudos, pintarrajeados, con vistosas plumas en la cabeza y bailando.

Daba lástima verlos por lo grotescos y por la ignorancia y envilecimiento que demostraban.

Estuvimos en esas ruinas ocho a diez días, de los cuales la mitad, más o menos, llovió, y un día con tal fuerza que fué una verdadera tempestad de agua, viento y de granizos tan grandes como avellanas.

Los truenos y relámpagos y hasta rayos, formaban un espectáculo de una magnificencia extraordinaria, y al resplandor de ellos se divisaba el lago que parecía hervir.

Regresamos a Puno a pie como habíamos venido, y fué viaje que a todos hizo bien, pues tantos meses de inacción nos tenían displicentes.

---

Acostumbraba el coronel Dublé Almeida reunir semanalmente a los oficiales de la guarnición por una o dos horas en tertulia de compañerismo y camaradería.

Se charlaba sobre los pequeños incidentes que ocurrían en la guarnición, se recordaba la patria, se comentaba las pocas noticias que de ella teníamos y, principalmente, del regreso que suponíamos próximo.

En una de ellas nos dijo que sería obra muy honrosa para Chile si fundáramos una escuela primaria para enseñar a los indiecitos, aunque fuera a leer y escribir.

Se acogió la idea con entusiasmo y la escuela fué



fundada, y funcionó los cuatro o seis meses que todavía en Puno permanecimos.

Y la idea del coronel Almeida sugirió no sé a cuál oficial o jefe la de enseñar a leer y escribir a los soldados que no supieran.

Y varios oficiales aceptamos ser maestros de primeras letras, y una o dos horas diarias dedicábamos a tan pesada, aunque grata tarea, y logramos éxito, pues varios soldados que no sabían leer ni escribir llegaron a Chile sabiendo.

---

La imprudencia de un oficial del Coquimbo ocasionó un enojoso incidente en la guarnición que pudo haberse agravado y ser causa de fatales resultados, a no mediar la prudencia de los jefes para aminorar sus efectos.

El Coquimbo tenía un hermoso perro y una perra, queridos de los soldados de ese batallón, tanto como lo era "Lautaro" en el nuestro.

Un día ambos perros se trabaron en pelea por causa de la perra del Coquimbo, encontrándose los tres en una plaza donde hacían ejercicios varias compañías de ambos cuerpos. A poco "Coquimbo" (así creo que se llamaba el de este batallón) comienza a batirse en retirada en dirección a su cuartel. Al acercarse a él los soldados de la guardia procuraron apartarlos sin conseguirlo, porque "Lautaro", como perro de presa, no soltaba a "Coquimbo". El oficial de guardia, sin pensar en las consecuencias, sin mal espíritu y tal vez ignorando que el perro agresor de ellos era de mi batallón, hirió a "Lautaro" con su espada.

Este soltó a "Coquimbo" y se retiró a una de

las compañías de mi cuerpo, que hacía ejercicios cerca de donde lo hirieron.

Fué conducido a nuestro cuartel y murió poco después.

La indignación que produjo en mi cuerpo este acontecimiento fué tal que los soldados y hasta algunas clases comenzaron a desafiar a pelear a los del Coquimbo y hubo varias riñas por esta causa.

Los jefes pusieron a ellos término dando puerta franca en diferentes días y horas; y, sobre todo, haciendo comprender a la tropa lo injusto y anti-patriótico que era la enemistad entre ambos cuerpos.

A "Lautaro" le hicieron los soldados conmovedores funerales, se le sacó el cuero y rellenó con paja, y fué traído a Chile.

---

Para distraernos un poco, como a los cinco o seis meses de nuestra estada en Puno, que era desesperante por lo aburrida, solicitamos el teniente Raigada y yo, permiso para ir a cazar al lago, que nos fué concedido por dos días.

Alquilamos una lancha a vapor que tenía un inglés, y vestidos con traje civil y llevando a un asistente, nos internamos en el lago.

Al pasar la isla Taquila, que está relativamente cerca de Puno e impide ver el lago en toda su extensión, pudimos admirar su imponente belleza. A enorme distancia de nuestra derecha e izquierda se divisaba costa y al frente sólo agua limitada por el cielo.

Surcaban el lago numerosas embarcaciones pesadoras, de esas que parecen balsas, que he dicho



son de totora, donde va toda una familia y en las cuales se tiene constantemente fuego en la cocina, sobre un brasero colocado en cierta forma que impide pueda haber incendio, y bajo una especie de toldo.

Nos acercamos a una y entablamos conversación que no fué sostenida, porque el indio que la manejaba no hablaba sino una que otra palabra en español, y la mujer ninguna.

Se ocupaba el indio en ese momento en sacar los peces de la red que recién recogía. Nos llamó la atención que a muchos del tamaño de un pejerrey pequeño, les daba un pellizco y los tiraba al lago.

Preguntamos al inglés, conductor de la lancha, el por qué de esa operación y nos explicó que era obligación de todos los pescadores proceder así, pues eso que creíamos simple pellizco era la operación de castrar a los machos, lo que permitía después volverlos a pescar mucho más grandes y sabrosos.

Nos llamó la atención, también, cierta operación que la india hacía a otros peces más grandes. Era a los castrados y vueltos a pescar; y ella consistía en cortarles la cabeza e ir sacando después la carne sin romper la piel, la que quedaba como una pequeña bolsa.

Nos explicó también el inglés que esas bolsas las curtían y se usaban como tabaqueras.

Tuve ocasión de adquirir después algunas, y traerlas a Chile para obsequiarlas a diferentes personas.

Otras veces sacan las pieles a ese pescado, par-

tiéndolos por el vientre, y entonces se aprovechan después de curtidas para calzado de niños.

Tiene la piel aprovechable como veinte por diez centímetros.

Fuimos a una islita, donde había tan gran cantidad de aves acuáticas que al internarnos nos hacían sombra, y pudimos matar muchas con los remos de un botecito que iba en la lancha, y al desembarcar en la isla recogimos varias docenas de huevos, y podríamos haber tomado varios cientos sin esfuerzo, y con un poco de trabajo algunos miles.

Fuimos a otra isla donde decían que el cacique de ella era santo y que tenía más de doscientos años.

Costó que nos recibiera, pero lo logramos.

Era un indio de color un poco más claro que la generalidad, con los ojos muy capotudos, abundante y larga cabellera, absolutamente blanca, lo que es raro en los indios, pues casi ninguno encanece por más años que tenga, muy chico y excesivamente gordo. Un ser grotesco que nos inspiró repulsión.

No hablaba ni una palabra en español y se nos presentó apoyado en dos indias viejas, que decían eran sus nietas. ¿Sería verdad lo de la edad que llegaba a los doscientos años?... Viejo, muy viejo era, pero doscientos años...

Continuando nuestra acuática excursión llegamos a la ribera boliviana.

Desembarcamos Raigada y yo, dejando en la lancha al asistente y al inglés.

Caminamos a pie, y haciéndonos pasar por brasileros, alquilamos en una choza dos caballos



para ir a La Paz, acompañándonos como guía el indio propietario de los caballos. Y llegamos hasta el alto de La Paz... y vimos en el fondo la ciudad capital de Bolivia; pero nos dió miedo seguir, no porque temiéramos que nos hicieran daño en la ciudad, sino por el castigo que nuestros jefes nos impondrían si sabían que habíamos hecho esa calaverada; y desde ahí regresamos y tomamos nuevamente la lancha y regresamos a Puno.

Nos excedimos dos días en el permiso que se nos había dado, pero nuestros jefes nos creyeron la explicación que dimos por la tardanza, que la inventamos naturalmente, y no nos castigaron.

---

Yo sabía que entre el Perú y Bolivia había serias controversias sobre cuestiones territoriales, pero ignoraba las tuvieran también relacionadas con el lago, y hay una bastante seria.

Cierto día conversando con un peruano sobre el original nombre Titicaca me dijo: "Como pertenece el lago a las dos naciones que lo limitan, es natural que a los peruanos, que somos de la nación más importante, nos corresponda lo primero, esto es: Titi; y que para los bolivianos sea lo otro".

Algunos días después, hablando con un boliviano sobre esta cuestión, argumentó en esta forma: "Cuando hay que referirse a varias naciones se las nombra por orden alfabético, y siendo así es incuestionable que Titi es para los bolivianos y el resto para los peruanos".

Como no era cuestión que afectara a los chilenos, no hice entonces estudios para saber a quie-

nes debía pertenecer lo primero y a cuales lo segundo ¡que ellos lo diriman!

---

A mediados de Junio el batallón Coquimbo partió a Arequipa para seguir a Chile.

Ellos, naturalmente, estaban felices, y la pena de nosotros sólo se aminoraba pensando en que probablemente pronto también volveríamos a la patria.

---

Tema de las conversaciones de la oficialidad y tropa era la que creíamos segura expedición a La Paz. Y como los meses pasaban sin dar la orden de marcha nos admirábamos de que no se diera, pues estábamos seguros que la habríamos tomado sin disparar un tiro.

Sabíamos por otra parte que los jefes proponían la medida y aseguraban éxito, y que el comandante de nuestro batallón don Fidel Urrutia, llegó hasta La Paz y que informó aconsejando la expedición.

Creo que es la única ocasión en que oí murmuraciones entre los oficiales, y hasta acerbos críticas, pero no contra los jefes, ni por el pesado servicio; sino contra los gobernantes que no sacaban el fruto que a Chile correspondía por las victorias obtenidas por sus ejércitos.

¡Si con haber dado orden al Lautaro, a sólo mi batallón, nos habríamos tomado La Paz sin disparar un tiro y obligado a firmar la paz que hubiéramos querido en la misma Paz! . . .


---



En Julio esperábamos orden de regresar a Chile de un día a otro; pero pasó algún tiempo todavía y sólo a principios de Agosto dejamos Puno y nos trasladamos a Tingo, cerca de Arequipa, donde permanecemos pocos días. En esa pequeña población pasamos la revista de comisario de Agosto; y algunos días después tomamos los trenes que debían conducirnos a Mollendo para embarcarnos con rumbo a Chile.

El Lautaro fué el último batallón que evacuó la zona sur del Perú.

---



## CAPÍTULO XXX

### TERMINO DE LAS VACACIONES

Aunque el trayecto de Tingo—Arequipa—Mollendo lo recorrimos en tren, fué fatigoso por lo largo, como 400 kilómetros, y porque el equipo ferroviario era poco y malo.

En Arequipa, evacuada por el ejército chileno, y en varias estaciones del trayecto, sólo nos deteníamos el tiempo necesario para comer lo que las autoridades peruanas nos habían preparado; y los dos días y noches que duró el viaje permanecimos en los vagones.

Como casi todos los puertos peruanos, Mollendo es pésimo; y los medios de embarque eran entonces muy deficientes. Costó bastante trabajo embarcar el batallón en el vapor que nos condujo a Valparaíso, pero nada nos parecía malo, ni siquiera pasar amontonados durante los ocho o más días que duró la navegación.

¡Si nos acercábamos a la patria!...

¡Y llegamos por fin a Valparaíso!...

Una vez más debo lamentar mi falta de dotes para describir lo que entonces ví; y, sobre todo, las emociones que experimenté...

He hecho esfuerzos para ver modo de hacerlo, y no encontrando manera de expresarlos con galanura he desistido de forzar mi pobre caletre, y escuetamente lo haré.



El vapor fondeó poco después de amanecer y una enorme cantidad de embarcaciones menores circundaron al vapor, pero sin que ninguna se acercara.

La de la capitanía estaba haciendo la visita reglamentaria.

Terminada que fué, las otras se acercaron y comenzó a subir mucha gente, pero yo a nadie conocía.

Un momento después oigo gritos llamándome. Acudo, y me dicen que un joven me espera en la cámara y me lo señalan.

Le hice una inclinación de cabeza y él lo mismo...

“¿No preguntaba por el teniente Arturo Benavides?” le dice al joven uno de los oficiales “es el que tiene en su presencia”.

“¿Usted es Arturo Benavides?” me pregunta sorprendido. Sí, le respondí, ¿a quién tengo el honor de hablar?...

“Soy Florencio”, me contestó abrazándome...

“Imposible conocerte, tan alto estás”...

Y tú, le repliqué con pena y envidia, siendo un año menor que yo, ya tienes bigotes y patillas y yo todavía no... (1).

Le pregunté por nuestra madre y me dice que ha venido con él de Santiago, y que espera que la chalupa que ocupa pueda atracar para subir a bordo.

Nos acercamos a la borda para divisarla, y al verla en una de las más lejanas embarcaciones que circundaban el vapor, no resistí el impulso de ir a

---

(1) Entonces los jóvenes se dejaban crecer los pelos de la cara; y hasta algunos se hacían remedios para que les salieran pronto y abundantes.

abrazarla; y saltando de una lancha a un bote y de éste a una chalupa, llegué hasta la ocupada por mi madre, que agachaba la cabeza, y la estreché en un fuerte abrazo...

Tampoco me había conocido; y cuando me vió saltando de una a otra embarcación dijo a la amiga que la acompañaba: "Ese militar por dár-selas de valiente se va a caer al agua, no quiero mirarlo". Y cuando salté a su bote y la abracé, creyó en el primer momento que quería hacerle una broma...

La encontré muy delgada y pálida...

Durante un incendio que hubo en casa, en el que perdí el libro que me había obsequiado como premio el intendente señor Altamirano, mi madre enfermó gravemente por efecto de la impresión que le produjo creer que mi hermano Ambrosio había en él perecido.

Y por esa causa la familia cambió de residencia de Valparaíso a Santiago.

Eso fué lo que se me dijo, pero yo siempre he creído que minó su salud la consideración constante de que dos de sus hijos estaban en la guerra; y que esa misma causa la llevó a la tumba poco después...

Cuando ya estábamos en el muelle tuve otra alegría. Varios oficiales riéndose y en broma, me dicen que una señora preguntaba por su hijito Arturito Benavides. Acudo y me encuentro con mi nodriza que increpaba a un oficial porque no le creía que el teniente Arturo Benavides era su hijito.

Agradó tanto a los oficiales mi buena "mama" que varios le hicieron diferentes obsequios.



Tuve también el placer de saludar y darme ante ellos cierta importancia, a varios compañeros de colegio, que me miraban con envidia, aunque procurando disimularla.

Y aproveché un instante para ver a una de mis hermanas, religiosa entonces del Sagrado Corazón, por la que tenía especial cariño, pues ella fué quien me enseñó a leer y las nociones elementales de varios ramos, como ya antes lo he dicho.

Al día siguiente se nos ordenó seguir viaje a Santiago porque en Valparaíso no había cuartel apropiado. A mi madre y hermano se les permitió viajar en ese tren.

Al pasar por Quillota llovía muy fuerte, pero acudieron a aclamarnos muchas personas, especialmente mujeres.

---

Y lloviendo torrencialmente llegamos a Santiago al entrar la noche.

Aquí casi nadie esperaba al Lautaro y muy pocos lautarinos conocían Santiago.

La impresión que a mí me produjo fué mala. . .

Y chapoteando en los charcos formados en los pésimos pavimentos de las calles que recorrimos, y calados hasta los huesos por la fuerte lluvia que no cesó un momento de caer, marchamos desde la estación Alameda hasta el camino de Cintura, hoy Avenida Matta, entre San Diego y Arturo Prat; y alojamos en una casa vieja y fea, cuyas piezas se llovían y donde no había muebles, ni siquiera camas.

Cerca de la media noche se dió rancho a la tropa. No lo tenían preparado; y hubo que comen-

zar a hacerlo cuando el comandante Urrutia, indignado, lo reclamó.

Y con una lluvia persistente y repartidos en las húmedas piezas de la fea e incómoda casa que se nos destinó para cuartel, y apenas alumbrados por unas pocas lámparas de parafina, pasó el Lautaro, después de más de cinco años de campaña, la primera noche en Santiago.

¡Ya de la guerra muy pocos se acordaban!...

Y no se murmuró, pero todos los semblantes tenían un tinte de amargura.

Al día siguiente conseguí pasar gran parte del día con los míos y expandirme... y fachendear un poco...

Y visité a mi hermana, la casada al comenzar la guerra con el que en plena luna de miel fué subteniente del Lautaro, don Guillermo Gordon, madre entonces de dos preciosos vástagos; no de los actuales mayor y capitanes Gordon Benavides, que todavía no nacían.

Algunos días después, el 28 de Agosto, en fiesta familiar a la que se invitó a varios de mis compañeros, se celebró en mi hogar el 20 aniversario de mi nacimiento.

Ese día yo no conseguí disipar la tristeza que me dominaba...

Me apenaba pensar en el término de mis vacaciones.

---

El 18 de Septiembre se nos repartió en el Parque Cousiño las medallas que, por ley de la República, se discernieron a los que hicimos las campañas de la guerra y nos encontramos en acciones de guerra declaradas tales. Por esa, u otra ley, no



lo recuerdo, se declaró que habíamos comprometido la gratitud nacional.

Fué opinión unánime que la presentación del Lautaro fué irreprochable.

Casi todos los soldados que formaban en las primeras filas de las columnas y las clases ostentaban en sus pechos dos medallas, varios de los de segunda fila lucían una, y casi todos los oficiales dos; y aseguro, sin jactancia, que el Lautaro, por ser el más bizarro cuerpo que a la revista se presentó, fué el más aplaudido por todos los que presenciaron el desfile.

---

A poco se decretó la disolución del cuerpo, debiendo efectuarla el 4 de Noviembre de ese año.

Se ajustó previamente los haberes insolutos, se recogió el armamento, vestuario y equipo, hasta los queridos ponchos de castilla, y se nos gratificó con tres meses de sueldo para comprarnos traje civil.

La disolución del Lautaro, término de mi prolongada vacación, fué para todo su personal muy triste...

Formaron las compañías con traje civil, con los oficiales a su cabeza también de civiles.

Un coronel se presentó y preguntó si alguien tenía quejas por el ajuste de sus haberes.

Como nadie reclamara, dijo al comandante Urrutia que podía disolver el batallón...

Este, de uniforme porque continuaba en el ejército, le dirigió una corta alocución y ordenó a los capitanes hacer romper filas en la calle.

A mi compañía correspondió ser la primera.

Mi capitán don Rómulo Correa, de elegante tra-

je de chaquet, con sombrero de copa y bastón, ordenó desfilar, y al llegar a la calle, alto. Yo, también de chaquet y sombrero de copa, iba a la cabeza.

Quiso el capitán Correa a su vez dirigir la palabra a su compañía y comenzó a hablar, pero una contracción de su rostro le impidió continuar y sus ojos se humedecieron...

Tras un instante hizo un esfuerzo y con vibrante voz ordenó: "Compañía... rompan... filas"....

Y ellas fueron rotas y en la calle se despedían unos de otros con abrazos...

Y como mi compañía así continuaron las demás...

Así se disolvió el Lautaro...

Así terminaron esas mis largas vacaciones...

---

Cuando llegué a casa me esperaban en ella varios de mis ex-soldados. Me llevaban de obsequio una torta y pasteles....

Quisieron manifestarme su afecto, y recordando probablemente lo aficionado que era a las golosinas eligieron ese obsequio...

Han pasado más de cuarenta años y cada vez que recuerdo ese regalo me enternezco...

---

Poco después reanudé mis estudios; no ya por cierto para aspirar al bachillerato y pasar después a la Universidad para ser abogado, como deseaba mi madre, y después Presidente de la República, puesto con que mi hermana me tentaba; ni arquitecto como a mí me gustaba, sino desordenadamente y sólo a fin de adquirir los indispensables co-



nocimientos para encarar con probabilidades de éxito la batalla por la vida; ocupándome en el comercio al año siguiente y logrando ejercer de arquitecto, aunque sin título algún tiempo después.

¡La batalla por la vida!...

Algunos sin gran esfuerzo la ganan....

Otros, con mucho, la pierden...

¡Influyen tantos factores!....

¡Hasta la blandura del espinazo!

No obstante, yo aconsejo a mis jóvenes lectores que procuren tenerlo siempre duro; y que utilicen de preferencia los factores honradez y estudio, esfuerzo y perseverancia.

Usadas con un poco de estrategia estas armas dan ordinariamente la victoria. Y se experimenta gran placer, os lo aseguro, marchando erguido; pero doblando, naturalmente, rodillas y espinazo ante Dios.

FIN

**NOMINA DE LAS ACCIONES DE GUERRA EN  
QUE ESTUVO EL REGIMIENTO LAUTARO.**

- Rendición de Iquique, 22 Noviembre de 1879.  
Toma de Pacocha, 31 Diciembre de 1879.  
Sorpresa de Moquegua, 1.º Enero de 1880.  
Batalla de Tacna, 26 Marzo de 1880.  
Asalto y toma de Arica, 7 Junio de 1880.  
Combate de Tarata, 21 Julio de 1880.  
Combate Manzano, 27 Diciembre de 1880.  
Combate de Ate, 9 Enero de 1881.  
Batalla de San Juan, 13 Enero de 1881.  
Batalla de Chorrillos, 13 Enero de 1881.  
Batalla de Miraflores, 15 Enero de 1881.  
Combate de Motupe, 10 Abril de 1881.  
Asalto de Guadalupe, 21 Noviembre de 1881.  
Siniestro de Huaripampas, 2 Febrero de 1882.  
Combate de Pucará, 5 Febrero de 1882.  
Combate de Ñahuimpuquio, 5 Abril de 1882.  
Combate de Chupaca, 20 Abril de 1882.  
Combate de Tarma-Tambo, 15 Julio de 1882.  
Combate de San Juan Cruz, 16 Julio de 1882.  
Combate de Lunahuaná, 5 Julio de 1883.  
Rendición de Arequipa, 29 Octubre de 1883.  
Rendición de Puno, 2 Noviembre de 1883.
-



## NOMINA DE LOS PUEBLOS Y CIUDADES DONDE ESTUVO EL REGIMIENTO LAUTARO

Año 1879.—Quillota, Valparaíso, Coquimbo, Serena, Antofagasta, Carmen Alto, Tocopilla, Pisagua, Iquique, Pacocha.

Año 1880.—Moquegua, Jazpampa, San Antonio, Dolores, Santa Catalina, Angelita, Pacocha, Ite, Yaras, Tacna, Chacayuta, Arica, Pocollay, Calana, Pachía, Caliente, Yarapalca, Pallagua, Turacachi, Estique, Tarata, Ticaco, Curayaco, Lurín, Pachacamac, Casablanca.

Año 1881.—Picapedrero, Ate, San Juan, Chorrillos, Miraflores, Lima, Callao, Salaverry, Moche, Trujillo, Huanchaco, Guañape, Eten, Monsefú, Chiclayo, Lambayeque, Ferriñafe, Motupe, San José, Casajal, Olmos, Pimentel, Pacasmayo, San Pedro, Guadalupe, Chepén, Yonán, San Pablo, Chongayape, Isla de Lobos, Callao.

Año 1882.—Lima, Matucana, Chicla, Casapalca, Morococha, Pachachaca, Saco, Oroya, Mollobamba, Tarma, Jauja, San Lorenzo, Huaripampa, Concepción, San Jerónimo, Huancayo, Pucará, Pasos, Ñahuimpuquio, Acastambo, Pichichaca, Chongos, Huayucachi, Puente "Lautaro", Pillo, Chupaca, Sicaya, Ingahuasi, Pilca-Pilca, Vilca-Bamba, Colca, Tongos, Sapallanga, Chongos, regreso pasando por casi todos los pueblos nombrados hasta Lima y Callao, Cerro Azul, Tambo de Mora, Chíncha Baja, Pisco, Ica.

Año 1883.—Santiago, Chimba Alta, San José, El Carmen, San Juan, Huasquina, Topará, Larán, Cerro Azul, La Quebrada, Pueblo Nuevo,

Pueblo Viejo, Hualcará, Ungará, Lunahuaná, Pacarán, Chavin, Cuello, Osma, Mala, Pacocha, Alto de la Candela, Hospicio, Rinconada, Moquegua, Alto de la Villa, Samegua, Torata, Otorá, Hajuel, Moromoro, Huasacachi, Omate, Puquina, Chacahuayo, Pocsi, Molloballe, Paucarpata, Arequipa, Vincocaya, Yura, Puno, Chucuito, Titicaca.

Año 1884.—Arequipa, Tingo, Mollendo, Valparaíso, Santiago.

Recorriendo por mar 2,017 leguas o sea 90,765 kilómetros.


Recorriendo por ferrocarril 948 leguas o sea 42,585 kilómetros.

Recorriendo a pie 1,106 leguas o sea 49,770 kilómetros.

Total 4,071 leguas o sea 183,120 kilómetros.

---





## INDICE

	Página
DEDICATORIA.....	5
PROLOGO.....	7
CAPITULO I.—ANTES DE VACACIONES.— El Intendente Altamirano. — Escuela Superior de Valparaíso.—Perspectivas de alegres vacaciones.....	9
CAPITULO II.—LA GUERRA. — Rumores de guerra.—Entusiasmo por la declaración de guerra.—Combate del 21 de Mayo.— Mi hermano soldado.— Infructuosas gestiones para yo serlo.—Soldado del Lautaro .....	13
CAPITULO III.—QUILLOTA.—Mi situación.— Militares de mi familia.—Instrucción militar.—Un amorcito.— Picarones.— “Lautaro”, precioso perro. — Confesiones y escapulario del Carmen.— Toma del “Huáscar”.—Partida de Quillota .....	21
CAPITULO IV.—DE PASO POR VALPARAISO.—La llegada.—Desfile por sus principales ca-	

- lles. — Mis ex-condiscípulos desorganizan el desfile.—Despedida de mi padre.—“Camaradas”.—A bordo del “Toltén”.— Mi madre.—Zarpamos rumbo al norte..... 29
- CAPITULO V.—SERENA. — Lluvia a bordo.—Agasajos en Serena y Coquimbo.—Asciendo a cabo 1.º—Congojas temiendo ser azotado.—Enfermedades vergonzosas.—Partida de La Serena..... 34
- CAPITULO VI.—ANTOFAGASTA.—Plaga de pulgas.—Entre el techo y la tierra.—Carmen Alto.—“Como pa Renca”.—Nuevamente a bordo. .... 40
- CAPITULO VII.—TARAPACA.—Ocupación de Iquique.—Tumba de los héroes del 21 de Mayo.—En las salitreras ..... 44
- CAPITULO VIII.—PACOCOA-MOQUEGUA.—Expedición a Ilo y calaverada a Moquegua.—El chino Aján.—En Pacocha.—Plaga de moscas y zancudos.—Asciendo a sargento 2.º—Procesado por ebriedad, desertión y desacato.—Rápida expedición a Mollendo-Chancaca. .... 48
- CAPITULO IX.—DE ITE A YARAS.—Desembarco en Ite.—Se emprende la marcha.—Arrastrando artillería. — Por el de-



sierto.—Sed; mucha sed.—Rezagado en el desierto.—Salvado por el coronel Barboza.—Arrojaron hasta los rifles.—Continúa la penosa marcha.—Agua y un caballo.—Suicidas enloquecidos por la sed.—Un baño, cazuela de chanchito y 24 horas durmiendo . . . . . 56

**CAPITULO X.—YARAS.**—El campamento.—Comunidades denominadas “Carretas”.—Asados y cazuelas de burro.—Piojos.—Sin tabaco.—Llegan víveres.—Todo regularizado.—Secretario de alfabetos.—Fallecimiento del Ministro Sotomayor.—Organización del Ejército.—Vísperas de la batalla.—Confesiones.—Cartas y encargos . . . . . 67

**CAPITULO XI.—BATALLA DE TACNA.**—Salida del campamento.—La noche víspera de la batalla.—Al amanecer.—Entramos en acción.—“Lautaro” persigue y mata un zorro.—Lo que ví en la batalla.—La derrota del enemigo.—Muertos y heridos de mi regimiento.—La noche. . . . . 76

**CAPITULO XII.—ASALTO Y TOMA DE ARICA.**—En Pochochay.—Campamento de Chacalluta.—Las defensas de la plaza.—Un reconocimiento.—Sigilosa marcha.—El comandante Robles.—Cerca de los fuertes.—Al ser asaltado explotan los

- fuertes.—El Manco Capac.—Muertos y heridos.—Prisioneros..... 86
- CAPITULO XIII.—TACNA.—Llegada a Pachía.**  
 —Alojado en casa del comandante Robles.— Oficiales prisioneros. — Expedición y combate de Tarata.—Un pique.  
 —Asciendo a subteniente.—Grave incidente en mi primera guardia.—“Lautaro” asciende a cabo.—El general Baquedano me reconviene.—Estado del campamento.—El 18 de Septiembre.—Instrucción Militar.—Academias de oficiales... 95
- CAPITULO XIV.—A BORDO, RUMBO A LIMA.—**  
 Estibados en el buque a la vela “Mateo Murzi”. — La navegación. .... 113
- CAPITULO XV.—LURIN.—El Campamento.—**  
 Oficiales prisioneros.— Dos agradables sorpresas.— Me dormí de guardia ante el enemigo.—Combate del Manzano.—Combate de Ate.—Partida al encuentro del enemigo... .. 118
- CAPITULO XVI. — BATALLA DE CHORRILLOS. —**  
 Opípara cena durante un descanso.— En la nocturna marcha dormí a caballo.— El coronel Barboza ordena atacar.— La batalla de San Juan.— Carga de los granaderos.—Un prisionero afligi-



do.—Hacia Chorrillos por el campo de batalla.—Ataque a Chorrillos . . . . .	125
<b>CAPITULO XVII.—DESPUÉS DE CHORRILLOS.—</b> Un sueñecito. — Cena y reposo. — El vivac. — Escapada buscando un entierro.	134
<b>CAPITULO XVIII.—BATALLA DE MIRAFLORES.—</b> La mañana del 15.—La traición.—La batalla . . . . .	140
<b>CAPITULO XIX.—ENTRADA A LIMA.—Después de Miraflores.—Me proporciono caballo y silla. — Ayudante del coronel Barboza.—Entrada a Lima. . . . .</b>	146
<b>CAPITULO XX.— EN LIMA.—Servicio de guardación.—Servicio religioso por los muertos. — Teatro chino.—Asaltado yendo con un compañero.— La policía. — Conducta irreprochable del Ejército.— Caridad.— Peso chileno y sol peruano. . . . .</b>	154
<b>CAPITULO XXI.—TRUJILLO.—Llegada a Salaverry.—En Trujillo. — Asesinado y fusilamiento.— Retorno a Chile de parte del Ejército . . . . .</b>	160
<b>CAPITULO XXII.—LAMBAYEQUE.—En Chiclayo. — Aniversario del 21 de Mayo.— Una lección de gramática. — Se reorganiza el regimiento haciéndolo batallón.—</b>	

Vida social en Lambayeque.—Con una aceituna se rellena una ternera.—Apremiamiento de un buque.—Al mando de una pequeña expedición.—Montoneros.—Combate de Montupe.—Combate de Guadalupe.—Otra vez embarcados. . . . . 166.

CAPITULO XXIII.—¡A LA SIERRA!—En el Callao.—En Matucana.—A “Lautaro” se le rebaja y dan 25 azotes.—Solo y helado.—Se me envía a Lima.—En el hospital “Dos de Mayo”.—Vuelta a la sierra.—Siniestro de Huaripampa.—Combate de Pucará.—Puente Lautaro.—Combate de Ñahüenpuque.—Combate de Chupaca.—Combate de Vilca.—Expedición a Incahuasi.—Arriando ovejas.—Epidemia de tifus.—Entretenimientos.—Muerte de mi asistente. . . . . 185.

CAPITULO XXIV.—¡DE LA SIERRA!—Preparando el regreso.—El subteniente don Anastasio Pérez.—Orden de marcha.—Los enfermos.—Combate de Marcaballe.—La hecatombe de la Concepción.—Continúa el repliegue.—Combate de Tarma-Tambo.—Combate de San Juan Cruz.—En Tarma.—Sigilosa salida de Tarma.—Hacia la Oroya.—Caminata del 3.º de línea, por las altas cumbres nevadas.—Defensa del puente de la Oroya.—De la Oroya a Chicla.



—Muertos helados en la travesía. —  
Nace un chileno en la nieve.—Ascen-  
sos.—“Lautaro”, cabo 1.º ..... 207

**CAPITULO XXV.**—OTRA VEZ EN LIMA.—De Chi-  
cla a Lima por ferrocarril.—Llegada a  
Lima.—Honras fúnebres por los muer-  
tos en la sierra. —Cartas amorosas a diez  
o doce.—“Orfeo en los infiernos”.— La  
hermana Gertrudis.—Habría podido ser  
boxeador.— La vida en Lima ..... 234

**CAPITULO XXVI.**—PISCO-ICA.—A Pisco de  
teniente.—Pisco Alto y Bajo.—Deplora-  
ble aventura amorosa.—Misa de noche  
buena. — El 18 y 19 de Septiembre.— A  
Ica arrestado.—Comandante del Lau-  
taro ..... 241

**CAPITULO XXVII.**—CAÑETE. — Jefe político  
y militar de Cerro Azul. — Una fiesta  
social. — Pescado y choros.— Combate  
de Lunahuaná. — Una solitaria. — A  
Taltal en comisión de enganche.—Otro  
combate en Lunahuaná..... 246

**CAPITULO XXVIII.**—AREQUIPA.— El Ejérci-  
to expedicionario — La marcha.— Una  
horrible bajada. — La rendición de la  
plaza.—En Arequipa. — Encuentro  
con un pariente peruano... ..... 259

<b>CAPITULO XXIX.—PUNO.—Llegada a Puno.</b>	
—La ciudad. — El lago Titicaca.—Des-	
cansada pero aburrida vida.—Riñas de	
gallos. — Oficial ranchero.—Leo y escri-	
bo mucho. — Chucuito.—Fundación	
de una escuela.—Paseo por el lago y	
escapada a La Paz.—Grave cuestión	
Perú-boliviana.—Muerte de "Lautaro".	
—Regreso del Coquimbo.—Crítica a los	
gobernantes. —Evacuación de Puno y	
del Perú. ....	265
<b>CAPITULO XXX.—TÉRMINO DE LAS VACACIONES.—Llegada a Valparaíso.—Llegada a Santiago. — 18 de Septiembre de 1884.</b>	
—Reparto de medallas.— Disolución del	
cuerpo.—Los soldados ciudadanos vuel-	
ven a sus hogares.—Regalo de una tor-	
ta y pasteles.—Reanudo mis estudios.	279
Nómina de acciones de guerra del Lau-	
taró. ....	287
Nómina de pueblos donde anduve. ....	288